

Sinopsis

Girando en torno a ese punto difuso en el que determinadas situaciones de angustia se acercan peligrosamente al ridículo, los nueve relatos que conforman *Autoayuda* presentan la misma cohesión subterránea de *Pájaros de América*

Sus protagonistas, que acusan una anomalía profunda en las relaciones con sus seres más próximos, sean padres, maridos, amantes o amigos, se encuentran sedientos de una dosis de autoayuda que les permita curar sus heridas y protegerse contra nuevas decepciones.

Título Original: *Self-help*

Traductor: Pareja Rodríguez, Alejandro

©1985, Moore, Lorrie

©2002, Salamandra

Colección: Narrativa

ISBN: 9788478887316

Generado con: QualityEbook v0.72

Lorrie Moore

AUTOAYUDA

El propósito de este libro es presentar los diversos modos a través de los cuales se reproducen los animales invertebrados [...]. Algunos animales invierten los sexos, otros se arrojan dardos estimulantes y finalmente algunos pierden un brazo al aparearse.

La vida sexual de los invertebrados

HAIG H. NAJARIAN

Si va a dar la mano a una persona que ha perdido un brazo, dele la otra mano. Si ha perdido los dos brazos, sacúdale la punta de la mano ortopédica (hágalo con rapidez y sin dar muestras de apuro).

El libro completo de la etiqueta de Amy Vanderbilt

Écheles algunos huesos a los perros y entierre el resto alrededor de los frutales...

Cómo hacer la matanza en casa

PHYLLIS HOBSON

Cómo ser la otra mujer

Os conoceréis con gabardinas caras de color beis, una noche espesa como el caldo. Igual que en una película de detectives. Primero, quédate delante del escaparate de Florsheim, en la calle Cincuenta y siete, pega la cara al cristal, mira los Hummels de terciopelo falso que giran alrededor de los zapatos de piel; algunos son blancos como los que lleva tu padre y están apoyados en guirnaldas sobre un montoncito de nieve sintética. Todas las tiendas han cerrado. Ves tu aliento en el cristal. Dibuja un símbolo de la paz. Esperas un autobús.

Él surge de la nada, se parece a Robert Culp, la niebla se espesa, luego se abre, después es como si se volviera a cerrar a su espalda. Te pide fuego y, sorprendida, te sobresaltas levemente, pero le das tus cerillas del Lucky's Lounge, «donde el ocio es cosa seria». Tiene una risita agradable, uñas agradables. Enciende el cigarrillo protegiendo la punta con las manos y le da una calada honda, como si se muriera de hambre. Al soltar el humo sonrío, te devuelve las cerillas, te mira a la cara, te dice: «Gracias».

Después se queda no muy lejos de ti, esperando. El mismo autobús, quizá. Intercambiáis miradas furtivas, moviendo los pies. Finge que contemplas la nieve sintética. Sois dos espías que miráis rápidamente los relojes, escondéis el cuello entre los hombros, lleváis subida la solapa de la gabardina y cortáis lentamente como aletas de tiburón la niebla iluminada por las tiendas y los taxis. Empezáis a hacer círculos, os calibráis el uno al otro con olisqueos primigenios, os miráis, con movimientos furtivos, tan penetrantes como Basil Rathbone.

Llega un autobús. Va abarrotado, todos contemplan sin humor las axilas de los demás. Baja una mujer rubia con pinzas en el pelo y los zapatos en la mano.

Os subís juntos, os agarráis a barras cromadas contiguas y cuando el autobús suelta su resoplido y se pone en marcha con estruendo, sacas un libro. Pasado un minuto, te pregunta qué lees. Es *Madame Bovary* con el forro de una biografía de Doris Day. Intenta explicarle lo de los forros de los libros. Te sonrío, interesado.

Vuelve a tu libro. Emma abre su ventana pensando en Ruán.

—¡Qué tiempesito! —le oyes suspirar con un acento levemente británico o de la clase alta del estado de Delaware.

Levanta la vista. Di:

—No es apto para ningún bicho viviente.

Parece una tontería. No tiene sentido.

Pero así es como os conocéis.

• • •

En el cine es tierno, te acaricia la mano bajo el asiento.

En los conciertos es encantador y atento, te invita a copas, te busca el tocador de señoras cuando no lo encuentras.

En los museos es sabio y cariñoso, te acompaña despacio entre las urnas cinerarias etruscas con gestos afectuosos y una diplomatura en Historia del Arte de la Universidad de Columbia. Es amable; se ríe de tus bromas.

Después de cuatro películas, tres conciertos y dos museos y medio, te acuestas con él. Te parece el número adecuado de actos culturales. Pones en el tocadiscos tu música favorita de arpa y oboe. Te dice el nombre de su mujer. Se llama Patricia. Es una abogada especializada en propiedad intelectual. Te dice que le gustas mucho. Te quedas tendida boca abajo, desnuda y todavía demasiado acalorada. Cuando te pregunte «¿Qué te parece?», no digas «ridículo» ni «lárgate de mi apartamento». Apoya la cabeza en una mano y responde:

—Depende. ¿Qué es la legislación de la propiedad intelectual?

Te sonrío.

—Ah, ya sabes. Cuando el ocio es cosa seria.

Échale una sonrisita apretada y tensa.

—Es que no quiero que te sientas incómoda con esto.

Di:

—Eh. Yo soy una persona muy tranquila. Soy dura.

Enséñale el bíceps.

• • •

Cuando tenías seis años te creías que «amante» significaba algo molesto, como ponerse un zapato en el pie equivocado. Ahora eres mayor y sabes que puede significar muchas cosas, pero que esencialmente significa ponerse el zapato en el pie equivocado.

Caminas de manera diferente. No te reconoces en los escaparates; eres otra mujer, una loca escaparatista con gafas que tropieza frenética y

preocupada entre los maniqués. En los servicios públicos te sientas aplastada peligrosamente en el asiento del retrete, como un extraño helado de carne desesperada y regocijante, y murmuras a tus muslos, que adquieren un color azulado:

—Hola, soy Charlene. Soy una amante.

Es como tener un libro prestado de la biblioteca. Es como tener constantemente un libro prestado de la biblioteca.

Quedáis a menudo para cenar, después del trabajo, compartís litros enteros del tinto de la casa, después recorréis a trompicones las dos manzanas hacia el este, las veinte manzanas hacia el sur hasta llegar a tu apartamento y os tumbáis en el suelo del cuarto de estar con las gabardinas caras de color beis todavía puestas.

Es analista de sistemas (ya habéis agotado las bromas al respecto), pero te revela que lo que quiere ser de verdad es actor.

—Bueno, ¿y cómo te hiciste analista de sistemas? —le preguntas, qué gracia tienes.

—Como se hace uno cualquier cosa —responde pensando en voz alta—. Estudié y envié currículos.

Una pausa.

—Patricia me ayudó a preparar un currículum estupendo. Demasiado estupendo.

—Ah.

Piensa en los estudios para amante, el título, los currículos. Puede que no estés cualificada.

—Pero el trabajo de análisis de sistemas no se me da demasiado bien —explica, mirando el techo agrietado y más allá, mucho más allá—. Calcular la eficiencia en función de los costes de doscientas personas que se pasan quinientas páginas de un lado a otro de un escritorio nuevo de metro por metro y medio... No soy una persona organizada, como lo es Patricia, por ejemplo. Es increíblemente ordenada. Hace listas de todo. Es impresionante.

Di con voz inexpresiva, apagada:

—¿Qué?

—Que hace listas.

—¿Que hace listas? ¿Y eso te gusta?

—Bueno, pues sí. Ya sabes, de lo que va a hacer, de lo que tiene que comprar, los nombres de los clientes que tiene que ver, etcétera.

—¿Listas? —murmuras tú desanimada, desangelada, con tu cara gabardina beis todavía puesta.

Hay un silencio largo, cansado. ¿Listas? Te pones de pie, te limpias el polvo de la gabardina, le preguntas qué quiere beber, y después vas directa a la cocina sin aguardar su respuesta.

A la una y media se levanta en silencio, salvo por el roce suave que hace al vestirse. Se marcha antes de que te hayas quedado dormida del todo, pero antes se inclina sobre ti con su cara gabardina beis y te besa las puntas del pelo. Ah, te besa el pelo.

CLIENTES QUE VER

Fotos de cumpleaños

Rollo de celo

Cartas a TD y a mamá

En teoría sigues siendo secretaria de Karma-Kola, pero llevas al cuello la llave de la asociación de estudiantes Phi Beta Kappa colgada de una cadena de oro barata, con la esperanza de que alguien se fije en ti a la hora de un ascenso. Por desgracia, has perdido el respeto de todos tus compañeros excepto uno, y también el de muchos de tus superiores, que trabajan para poder enviar a sus hijas a la universidad para que no tengan que ser secretarias, y que por lo tanto te miran con desprecio por ser una fracasada a pesar de tener una licenciatura. Es como ser licenciada en fracaso. Pero Hilda te aprecia. Eres joven y le recuerdas a su hermana, la patinadora profesional.

—Pero si a mí no me gusta patinar —le aclaras.

Y Hilda sonrío, asintiendo con la cabeza.

—Ajá, eso es exactamente lo que ella me dice a veces, y lo dice de la misma forma que tú.

—¿De qué forma?

—Ah, no lo sé —responde Hilda—: con el flequillo con raya en medio, ese aire.

Pregúntale a Hilda si quiere salir a almorzar contigo. Mientras os coméis unos bocadillos de carne con chucrut, pregúntale si ha tenido alguna vez una aventura con un hombre casado. A medio bocado,

mientras intenta completar la coreografía de su masticar, le chorrea salsa rusa en las manos.

—Una vez —explica—. Fue el último amante que he tenido. Hace más de dos años.

Di «Ay, Dios» como si fuera algo horrible y trágico, e intenta después mitigar la grosería carraspeando y añadiendo:

—Bueno, supongo que no es tan terrible.

—No —suspira ella de buen humor—. Su mujer tenía la enfermedad de Hodgkin, o eso creían todos. Cuando le hicieron el diagnóstico correcto y no resultó tan negativo, volvió con ella. ¿Tú lo entiendes?

—Supongo —contesta dubitativa.

—Sí, puede que tengas razón. —Hilda sigue limpiándose carne con chucrut del dorso de las manos con una servilleta—. Bueno, de todas formas, ¿con quién te has liado?

—Con uno que tiene una mujer que hace listas. Tiene la enfermedad de Hacelistas.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé.

—Sí —replica Hilda—. Típico.

CLIENTES QUE VER

Tomates en lata

Pasta de dientes ecológica

Desodorante ecológico

• • •

Vitamina C de oferta, Rexall

Ver: otro zapatero, calle 32

—La verdad es que Patricia ha tenido una vida muy interesante — comenta él, fumándose un cigarrillo.

—¿Ah, sí? —contestas, aplastando otro en el cenicero.

Haz una lista de todos los amantes que has tenido.

Warren Lasher

Ed Catapano *Cabeza de Goma*

Charles Deats o Keats

Alfonse

Mézetela en el bolsillo. Déjala por ahí, a la vista. No sabes cómo, pero la pierdes. Tómate el pelo diciendo que eres «una perdida». Haz otra lista.

Susurra «No te vayas todavía» cuando se deslice de tu cama antes de salir el sol y tú estés allí, tendida boca arriba, refrescándote, desnuda entre las sábanas y oliendo a un sudor de almizcle, de cebolla. Siéntete gris como una toalla abandonada en unos vestuarios. Míralo mientras se vuelve a poner los pantalones, el suéter, los calcetines y los zapatos. Extiende la mano y agárralo del muslo mientras se inclina y te besa rápidamente, diciéndote que no te levantes, que ya cerrará la puerta al salir. En la oscuridad cargada de humo lo ves esbozar una sonrisa débil, culpable, e intentar despedirse desde la puerta con un gesto falso y desenvuelto de la mano. Vuélvete de costado, hacia la pared, para no tener que ver cómo se cierra la puerta. Oyes el ruido, no obstante, el tintineo de las llaves y el chasquido de la cerradura, las pisadas fuertes que después se van perdiendo por la escalera, el golpe de la puerta de la calle, después nada, todos sus ruidos se mezclan con la ciudad, su cara pasa sin nombre hacia el barrio alto en un autobús o en un taxi con mala calefacción mientras las ventanas del dormitorio, de todo el edificio en que vives, se estremecen cuando pasa un camión escandaloso hacia el puente de Queensboro.

Pregúntate quién eres.

—Hola, soy Atila —dice con una voz falsa y grave cuando coges el teléfono en la oficina.

Suelta una risita. Como si fueras tonta. Di:

—Ah. Hola, huno.

Hilda se vuelve para mirarte con una expresión de qué-mosca-te-ha-picado. Encógete de hombros.

—¿Comemos juntos más tarde?

Di:

—¿Carne? Ya sabes que la carne no puedo ni verla, soy vegetariana.

—Qué graciosa, qué gracia tienes —observa, sin reírse, y durante el almuerzo te da sus tomates.

Bébetete dos vasos enormes de vino y sonríe con todas sus anécdotas de la oficina y de su suegra. Eso hace que le chispeen los ojos y le salgan arrugas en las comisuras, que la cara se le ponga satisfecha y brillante.

Cuando la camarera retira los platos, hay un silencio en el que los dos bajáis los ojos y los volvéis a alzar.

—Cada día estás más guapa —te dice mientras sostienes la copa de vino sobre la nariz y el borgoña te cae a raudales por la garganta.

Deja la copa. Sonrójate. Sonríe. Juguetea con tu llave de Phi Beta Kappa.

Cuando os levantéis para marcharos, respira hondo. Enfrente del restaurante, de donde partiréis en direcciones opuestas, no le des un beso entre la multitud del mediodía. El despacho de Patricia está cerca y ella tiene la costumbre de ir al banco más o menos a esa hora; a él se le pondría rígida la espalda y movería los ojos de un lado a otro como un loco. En lugar de eso, haz un rápido movimiento de pies, como si llevaras una cadena y una bola, como viste hacer a Barbra Streisand en una película. Haz un gesto ampuloso con el brazo y di:

—Hasta que volvamos a vernos para comer.

El ascensor de la oficina va despacio y está lleno de gente; te olvidas de bajar en el décimo piso y lo tienes que hacer desde el diecinueve. Cinco minutos después de llegar mareada a tu escritorio, suena el teléfono.

—Espérame mañana a las siete, delante del Florsheim —dice—, y te llevaré a mi castillo. Patricia va a una convención sobre derechos de autor.

Espera helándote delante del Florsheim hasta las siete y veinte. Aparece, por fin, corriendo, jadeando entre disculpas (acaba de volver del aeropuerto), con la gabardina abierta, y tira de ti a paso vivo hacia la parte alta de la ciudad, rumbo a los museos de arte. Vive cerca de los museos. Pregúntale qué es una convención sobre derechos de autor.

—Un lugar donde el ocio es cosa seria y así se toma —explica con voz tranquila, alargando las palabras y sonriendo, avivando su paso y el tuyo.

Te besa la sien, te retira el pelo de la cara.

Llegas a su edificio en veinte minutos.

—¿Ya estamos aquí?

El portero del castillo lleva la bragueta abierta. Sonríele con educación. En el ascensor, di:

—No vale la pena subir una bragueta que nadie mira.

El ascensor traquetea a lo largo de los ocho pisos de manera peculiar, como si alguien estuviera carraspeando obsesivamente.

Cuando abre por fin la puerta del apartamento, te hace pasar a un cuarto de estar en forma de ele, repleto de plantas y carteles con marco dorado que anuncian exposiciones a las que hace ya seis años que es demasiado tarde ir. La cocina está a un lado: pequeña, digital, austera, con un pequeño ejército de utensilios cromados que cuelgan de la pared beligerantes y limpios como espadas. Da vueltas por allí, nerviosa como un perro que olisquea la casa. Asómate al dormitorio: en el centro, como una flor gigante, hay una cama tamaño reina con una colcha holandesa de Pensilvania. En una mesilla de noche hay un marco con peana con una foto de una mujer vestida de esquiadora. Te asusta.

Cuando vuelves al cuarto de estar, te lo encuentras preparando unos combinados con whisky escocés.

—Ya estamos aquí —repites, con una sonrisa forzada y una agitación extraña en el tórax.

Enciende uno de sus cigarrillos.

—¿Te guardo el abrigo?

Muéstrate rara y difícil. Di:

—El beis me gusta. Creo que es práctico.

—¿Qué te pasa? —pregunta cuando te da la copa.

Intenta decidir qué debes hacer:

1. Abrirte de un tirón la gabardina, enviando los botones al otro lado de la habitación como torpedos, para que caigan en la esparraguera con una serie de golpecitos.
2. Ir al baño y hacer gárgaras con agua caliente del grifo.
3. Bajar a la calle y parar un taxi para que te lleve a casa.

Te pone la boca en el cuello. Rodéalo tímidamente con los brazos. Susúrrale al oído:

—Mm..., hay una mujer, otra mujer en tu cuarto.

Cuando esté totalmente dormido encima de ti, en plena noche, alarga el brazo izquierdo hacia la mesilla, despacio, como un brazo mecánico programado para realizar una misión secreta de espionaje, a oscuras

acércate a la cara la foto de la esquiadora e intenta estudiar sus rasgos por encima del hombro de él. Parece que tiene una sonrisa bonita, el pelo corto, no hay cejas, las aletas de la nariz abiertas, un cuerpo indescifrable envuelto en nailon, plumón y lana.

Sal de debajo de su cuerpo dormido deslizándote con cuidado, como un calzador (él suelta un gruñido soñoliento), y ve al armario empotrado. Ábrelo con el mínimo de crujidos y contempla la ropa de ella. Unos pocos trajes sastre. Parece que tiene blusas beis y muchas cosas marrones. Enciende la luz del armario. Mira los zapatos. Están alineados en pares ordenados, casados, en el suelo del armario. Zapatos negros, zapatillas azules, mocasines marrones, sandalias marrones. Han ido a una universidad privada de las caras, pongamos que en Massachusetts. Mira dentro de sus zapatos. Tiene los pies mucho más grandes que los tuyos. Como pequeños misiles intercontinentales.

Dentro de las cuevas de esos zapatos se forman ojos que abren los párpados, te miran desde abajo, te observan, te hacen guiños desde las plantillas. Son semiamistosos, enigmáticos, les resulta gracioso que les pases revista como a hombrecitos que sonrían desde las escotillas abiertas de una flota de submarinos militares. Apaga la luz y cierra la puerta enseguida, antes de que se pongan a hablar, a bailar o algo así. Escabúllete a la cama otra vez y esconde la cara en su axila.

Por la mañana te prepara el desayuno. Algo con champiñones, huevos y salsa picante.

Usa su cepillo de dientes. El rojo. Mira en el espejo una cara que parece demasiado hinchada para ser la tuya. Imagínate que por error te cepillas con el de ella. Imagínate que una esposa y una amante comparten un mismo cepillo de dientes para siempre jamás, sin saberlo. Mira en el botiquín:

Midol

Hilo dental

Tilenol

Mertiolato

Paquete de ocho limas de esmeril

Maquinillas de afeitar y recambios

Dos tubos de pasta de dientes apretados por el medio: Crest y Sensodine

Tiritas

Crema para las manos

Alcohol para friegas

Tres jaboncitos de Cashmere Bouquet robados de un hotel

En la calle, en todas partes, te parece ver a la sosa ladrona de jabón de hotel. Todas las mujeres son ella. Hueles Cashmere Bouquet por todas partes. Ésa es ella. Una que está esperando cerca de ti el autobús directo al centro: sí, ella. Una mujer que está detrás de ti en la cola de una tienda de comida preparada, cerca de Marine Midland, que tiene las manos suaves de crema y pinta de esquiar: por Dios, y tanto que es ella. Ten ataques de sudor frío. Observa fijamente, con curiosidad clínica y terror desbocado, todas las narices con aletas abiertas. Escruta los pies. Mira de reojo los zapatos. Después aparta la vista, como una mujer, como otra mujer, que está perdiendo el juicio.

Sola, a la hora del almuerzo o después del trabajo, sigue mirando fijamente la nariz y los zapatos de todas las personas de sexo femenino de doce años para arriba. Siente que te tiembla la cara y sal corriendo dos veces del Bergdorf's —un acto irracional— porque estás segura de que es ella la que está en los percheros de faldas rebajadas, eligiendo de nuevo una marrón, con un frasco de Tilenol que le asoma por una esquina del bolso. Siéntate en un muro de granito en la plaza GM y recobra el aliento. Escucha a un viejo que canta *Frosty, el muñeco de nieve*. Pierde la noción del tiempo.

—Llegas tarde —te susurra Hilda, volviéndose hacia ti—. Carlyle ha venido dos veces preguntando por ti y si ya estaba pasado a máquina el estudio de mercado.

Murmura:

—Mierda.

Sólo vas por la T: Tennessee, consumo de Karma-Kola por kilómetro cuadrado-dólar de inversión en el mercado. Cifras de julio de 1980 a octubre de 1981.

Texas - Año fiscal 1980

Texas - Año fiscal 1981

Utah

Es como pasar a máquina una guía de teléfonos. Que te asomen lágrimas en los ojos.

CLIENTES QUE VER

1. Enamorada (¿?) Descontrolada. ¿Quién es ése? ¿Quién soy yo? ¿Y quién es esa esposa con esquís, nariz con aletas y Tilenol? ¿Tiene orgasmos?
2. Regéntrate. Se te han caído algunos trozos.
3. Todo lo que haces es un acto masoquista. ¿Por qué?
4. ¿No te aprecias a ti misma? ¿No mereces algo mejor?
5. Necesitas: algo que te lleve al cielo, algo que haga que te vuelvan a gustar las cosas pequeñas, que te siga las curvas de las orejas y te revuelva el pelo y te llame todos los días.
6. Una droga.
7. Un hombre.
8. Una religión.
9. Un buen trabajo. Revisar y enviar currículos.
10. Acuérdate de lo que le dijo la señora Kloosterman a la clase en segundo: alegraos de tener piernas.

—¿Qué vas a hacer en Navidad? —pregunta, tendido boca arriba en tu sofá.

—No lo sé. Iré a Nueva Jersey a ver a mis padres, supongo.

Una pausa.

—¿Quieres venir a conocerlos?

Una sonrisa amable, paternal, indulgente.

—Charlene —ronronea, incorporándose para darte una palmadita en la mano, en tu mano pequeña, estúpida y ridícula.

Te regala un par de zapatillas de piel. Eran lo que querías.

Tú le regalas un libro de coches.

—Mamá, abre primero el rojo. El otro va con éste.

—Un molinillo de café, vaya, gracias, cariño.

Te da un beso húmedo en la mejilla con un velo navideño en los ojos. Cree que eres maravillosa. Es, sin duda, tu mayor admiradora. Está envejecida y menopáusica. Se empeña en creer que eres directora

adjunta de departamento en Karma-Kola. Desea ser tú con muchas ganas, con mucha insistencia.

—Y este paquete es de un café exótico de Colombia, y éste es un descafeinado con sabor a chocolate.

Tu padre se revuelve inquieto en el rincón, mirando su reloj, preocupado porque tu madre debería echar un vistazo al asado.

—Café descafeinado en grano —dice—. ¿Es para mí?

—Sí, papá —responde—. Para ti.

—¿Quién es? —pregunta tu madre más tarde en la cocina, cuando ya has fregado los platos.

—Un analista de sistemas.

—¿Y a qué se dedican éstos?

—Bueno..., se casan mucho. Siempre suelen estar casados.

—Charlene, ¿tienes una aventura con un hombre casado?

—¿Lo tienes que decir así, mamá?

—Te estás buscando un lío —dice despacio, y sigue sacando brillo a la plata con una energía vehemente.

Pregúntate por qué siempre saca brillo a la plata después de las comidas.

Apóyate en la nevera y juguetea con los imanes. Di suavemente, con cuidado:

—Ya lo sé, mamá, tú no harías una cosa así.

Alza los ojos para mirarte y le tiembla la boca; mechones de pelo castaño grisáceo le cuelgan por delante de los ojos salados, tiene restos secos de crema rosa para limpiar la plata en las manos, en la alianza. Se detiene, deja una cuchara, aparta la vista y te vuelve a mirar con desesperanza, como una muchacha muy joven, sacude la cabeza y rompe a llorar.

—Te he echado de menos —asegura, casi gritando, bullicioso y adolescente, mientras pasea por el cuarto de estar con una especie de expectación, como un niño que ya debería haberse ido a la cama y quiere preguntarte algo—. ¿Qué has hecho en tu casa?

Te frota el cuello.

—Bah, lo normal de las Navidades con mis padres. En Nochevieja fui a una discoteca de Morristown con mi prima Denise, pero elegí mal la ropa. Me puse el jersey de cuello cisne y la falda de tablas que me había regalado mi madre porque le quería dar ese gusto, y no paraba de enseñar las bragas.

Él sonrío y te besa en la mejilla, pues eso le parece encantador.

Sigue:

—Había tres tipos, los tres con camisa morada y sombreritos de papel, que no hacían más que sacarme a bailar. No creo que estuvieran juntos ni que fueran hermanos ni nada de eso. Pero bailé, y cuando tocaron *New York City Girl*, esa canción que habla de lo quemadas que están las mujeres de ciudad y de lo competentes que son, me puse a bailar como una loca y se me cayeron las bragas al suelo. Intenté subírmelas, pero al final tuve que quitármelas y metérmelas en el bolso. Cuando dieron las doce, me eché a llorar.

—Estoy seguro de que lo pasaste muy mal —te dice, pasándote las manos por la parte baja de la espalda.

—Sí, sin duda —replica.

—Estoy pensando en contarle a Patricia lo nuestro.

Muéstrate escéptica. Pregunta:

—¿Qué le dirás?

Él prosigue, seguro:

—Le diré: «Cariño, tengo que contarte algo».

—Y ella te mirará levantando la vista del maletín lleno de documentos y murmurará: «¿Hummmmmm?».

—Y yo diré: «Cariño, creo que me estoy enamorando de otra mujer, y sé que estoy teniendo relaciones sexuales con ella».

—Y ella responderá: «Ay, Dios mío, ¿qué has dicho?».

—Y yo aclararé: «Relaciones sexuales».

—Y se echará a llorar desconsolada, y ¿qué harás tú entonces?

Se produce un silencio, estático como la luna. Cambia de postura las piernas, parece confundido.

—Le... diré que estaba de broma.

Te aprieta la mano.

Aféitate las piernas en el lavabo. Filósofa: eres una amante, formas parte de una gran tradición histórica, digo histórica. Las esposas son como las cucarachas. También forman parte de una gran tradición histórica. Te sobrevivirán después de un ataque nuclear (son duras y resistentes y se desplazan en manadas), pero ahora mismo no lo están pasando nada bien. Y cuando miras en el espejo del baño las ves escabullirse por detrás de ti, por arriba, donde no las alcanzas.

Una hora de cócteles de ginebra con lima después del trabajo, una ojeada rápida por Barnes and Noble, y él mira el reloj, te da un besito y dice:

—Buenas noches. Te llamaré pronto.

Sal con él. Quédate allí de pie, tiritando, pero no hagas pucheros. Di:

—Habría sonado mejor «te llamaré luego» que «te llamaré pronto». «Pronto» significa siempre lo contrario.

Te sonrío débilmente.

—Te llamaré dentro de pocos días.

Y cuando se haya marchado, subiendo deprisa por la Tercera Avenida, mírate los pies, da una patada a una colilla y di con tu mejor murmullo juvenil:

—Que te jodan, tío.

Algunas noches dice que intentará ir, pero que no te lo garantiza. Esas noches, sólo por si acaso, pásate dos horas duchándote, vistiéndote, maquillándote hasta dejarte irreconocible, como un hombre que se viste de mujer, y después, como es tarde y tienes que trabajar al día siguiente, métete en la cama tal cual, perfumada y con un albornoz embarazoso, largo, ondulante, con lacitos, que más que una bata es un «salto de cama». Con la vela esmaltada que se consume junto a la cama, quédate dormida a ratos, dispuesta con meticuloso cuidado sobre las colchas, la lámpara de la ventana encendida en el cuarto de estar, la puerta cerrada sin llave por si llega y, con las prisas de la pasión, aquélla se le olvida. A seis manzanas de la calle Catorce: te juegas la vida por él, tendida sobre la cama como una tarta ridícula, lo esperas con la puerta cerrada sin llave, te parece oírlo por la escalera, pero no. Deberías llevar un ramillete, piensas para tus adentros. Deberías llevar una maldita orquídea prendida de la pechera del salto de cama largo y ondulante, así estarías tan absurda como debes. Piensa: ¿Qué me ha pasado? ¿Por qué estoy tumbada de esta manera sobre la colcha con

tanto Jontue, tanto rímel y tantas joyas, sin darle importancia, haciendo como si me acostara siempre así, cuando un perverso con seis cuchillos de trinchar nuevos va a colarse por mi puerta sin cerrar? Recuerda: en el instituto de secundaria de Blakely Falls, Willis Holmes habría hecho cualquier cosa por estar contigo. No tienes por qué aguantar esto: quedaste segunda finalista en el concurso de belleza del baile de tercero.

Se oye pasar un camión.

Unos chicos sordomudos, que seguramente habrán salido de un baile del colegio próximo, se encuentran bajo tu ventana, soltando chillidos y aullidos, haciendo ruidos peregrinos. Supones que se están riendo y divirtiéndose, pero ellos no se escuchan y, de noche, los ruidos son terribles, bestiales.

Tu radio despertador marca la 1.45.

Pregúntate si te estás volviendo vieja, desesperada. Créete que te has convertido de verdad en otra mujer:

en tu tía solterona Phyllis;

en una camarera hipocondríaca de un bar de copas;

en un travesti esplendoroso que se ha perdido y ha subido desde el Village.

Cuando pasan siete días seguidos sin tener noticias de él, envíales postalitas ingeniosas a todos tus amigos de la universidad. El octavo día, cuando te llama por fin a la oficina murmurando cosas lascivas en alemán, sigue lacónica. Di: «*Ja... nein... ja*».

En el almuerzo, mira tu crema de coliflor con la boca fruncida y pregúntale qué demonios hacen su mujer y él cuando están juntos. Muéstrate irritada. Él se encoge de hombros y dice:

—Quitar el polvo, comer, reñir por la cortina de la ducha. ¿Por qué lo preguntas?

Responde:

—No lo sé. Qué pregunta tan escandalosa, ¿eh?

Te echa una mirada comprensiva que podría resucitar a un gato muerto.

—Estás molesta porque no te he llamado.

Extiende la mano sobre la mesa para tocarte los dedos. Retírala. Di:

—No te lo creas tanto.

Aparta ligeramente la vista. Cúbrete los ojos con la mano como si tuvieras dolor de cabeza. Di:

—Dios, lo siento.

—No importa —añade él.

Y tú piensas: Aquí hay algo que retrocede. Que va para atrás. Un error. Como los errores de «Las ocho diferencias» en las revistas para niños que hay en las consultas de los dentistas. Dolores de muelas. Dolores de estómago. Dios, la crema. Pide disculpas y corre al tocador de señoras. Cierra la cabina dando un portazo. Apoya la espalda en la puerta. Observa el agujero del retrete.

Hilda está preocupada por ti y piensa que con un primo suyo de Brooklyn puede arreglar tu situación. Pregúntale con voz cansada:

—¿Cómo se llama?

Te mira arrugando el entrecejo.

—Mark. Es banquero. ¿Y qué actitud es ésa, coño?

Mark te invita a una cerveza en un café griego que está cerca del cine.

—Así que eres secretaria.

Muéstrate violenta y haz una broma: «Sedentaria, más bien», y míralo con sorpresa y horror cuando suelte una carcajada y un resoplido excesivos.

Di:

—La verdad es que debería haber sido bailarina. Todo el mundo me lo ha dicho siempre.

Mark sonrío. Le gusta imaginarte como bailarina.

Míralo con frialdad. Añade:

—No, nadie me lo ha dicho nunca. Me lo acabo de inventar.

Pasa toda la película olvidándote de leer los subtítulos, pensando en cambio si deberías acostarte con Mark el banquero. Échale miradas de reojo. A oscuras, su perfil parece importante y misterioso. O algo así. Te pillá mirándolo, se vuelve y te guiña un ojo. Dios santo. Parece como si

estuviera invirtiendo algo en todo esto. Esos banqueros... Suspira. Mira al frente. Llega a la conclusión de que no tienes energía, interés.

—He salido con otro.

—¿Cómo?

—Con un banquero. Fuimos a ver una película de Godard.

—Vaya... Bueno.

—¿Bueno?

—Quiero decir que es bueno para ti, Charlene. Debes hacer cosas así de cuando en cuando.

—Sí. Es muy rico.

—¿Lo pasaste bien?

—No.

—¿Te acostaste con él?

—No.

Te besa en la oreja casi con agradecimiento. Revuélvete. Ten una contracción nerviosa. Miente. Di:

—Digo, sí.

Él asiente con la cabeza. Aparta la vista. No dice nada.

Recorta un calendario viejo haciendo una tira por semana. Colócalas en el suelo de tu cocina, como una especie de gráfico de barras sobre el linóleo, representando el número de semanas que has sido una amante: trece. Señala con una equis todas las fiestas nacionales.

Sal a darte un paseo por el frío. Tres niñas que matan el rato en el rellano de la entrada se ríen y gritan a los desconocidos que pasan por la calle. «¡Eh! ¡Eh, señor!». Rodéalas. Piensa: No han tenido nunca un orgasmo.

Una mujer rubia con pinzas en el pelo pasa a tu lado en calcetines, con los zapatos en la mano.

Hay cosas que tienes que decirle.

CLIENTES QUE VER

1. Esta relación es humillante.
2. Va en contra de la decencia. ¿No soy más que una vulgar ramera, una zorra vulgar?
3. Ni el más mínimo apoyo emocional.
4. ¿Por qué no me dices nunca «te quiero», o «quédate en mis brazos para siempre, renacuajo mío», o «tus ojos me hacen arder, cachito mío»?.

Cuando te vuelve a llamar por teléfono, te dice:

—Estaba soñando contigo y me he despertado de pronto con una sensación inquieta y pesada.

Di:

—Sí, a mí no me gusta nada despertarme con un pesado al lado.

Se ríe con una risa suave, hermosa y de tenor que hace que sientas un calorcillo en los huesos. Y entonces te das cuenta; puede que todo se reduzca a esto: la gente es capaz de hacer lo que sea, lo que sea, a cambio de una risa verdaderamente agradable.

No pierdas la decisión. Busca tu lista a tientas. Suelta las cosas de la manera más convincente que puedas.

Di:

—Sufro humillaciones en tus manos. Y suplicios en tus pies. No sé por qué hago bromas. Me duele.

—Por eso es.

—¿Qué?

—Por eso es.

—Pero a ti no te importa, en realidad.

Haz una mueca. Resulta penoso.

—Pero sí que me importa.

Por algún motivo, eso te deja sin habla.

Sigue diciendo:

—Ya conoces mi situación..., o puede que no. —Pausa—. ¿Qué puedo hacer, Charlene? ¿Quieres que haga el pino, maldita sea?

Susurra:

—Por favor. Haz el pino, maldita sea.

—Son las diez —señala—. Voy para allá. Tenemos que hablar.

Lo que tiene que decirte es que Patricia no es su mujer. Está separado de su mujer, se llama Carrie Porta. Te acuerdas de un chiste que oíste una vez: ¿cómo se apellida una mujer que se casa con un hombre que no tiene brazos ni piernas? Porta. Patricia es la mujer con la que vive.

—¿Quieres decir que no soy más que otra de la jodienda?

Te mira, perplejo.

—Charlene, lo que siempre he admirado de ti, desde que te conocí, es tu fuerza, tu independencia.

Di:

—Esa frasecita es más vieja que andar a pie.

Dile que no fume en tu apartamento. Dile que se vaya.

Al principio protesta. Pero despacio, despacio, se va, subiéndose el cuello de su gabardina cara de color beis, como un Robert Culp viejo y macilento.

Da un portazo a lo Bette Davis.

El amor se te escurre, se lleva consigo una buena parte del azúcar de tu sangre y del agua de tu peso. Eres como una casa que va perdiendo poco a poco la electricidad; los ventiladores se van parando, las luces se amortiguan y parpadean, los relojes se paran, andan y se paran.

En Karma-Kola los días pasan cojos y desnortados, se derrumban unos sobre otros con el tedio cómico de los payasos viejos, no van a ninguna parte.

En abril te suben el sueldo. Celébralo invitando a Hilda a almorzar en el Plaza.

Escribe pidiendo solicitudes de matrícula para hacer cursos de posgrado.

Envíale a Mark el banquero una tarjeta de felicitación por su cumpleaños.

Da largos paseos de noche, en el frío. La rubia con pinzas en el pelo sigue correteando a tu lado eternamente, todavía con los zapatos en la mano. Se ha cortado el pelo.

Él te llama a la oficina de vez en cuando para preguntarte cómo estás. Tú dibujas números y garabatos en las esquinas de las fichas Rolodex. Juguetea con tu llave de Phi Beta Kappa. Mira por la ventana. Siempre, siempre, di:

—Bien.

De lo que se apoderan

Mi madre se casó con un hombre frío. No es que no fuera capaz de hacerla reír, que sí lo era: hacía tonterías en la sala de estar (cantaba canciones de cuna con acento italiano, se prendía una aceituna de la solapa con un imperdible, contaba chistes de gallinas, de elefantes o de tontos). Y como actuaba todas las primaveras y otoños con el grupo de teatro musical y le solían dar los papeles graciosos, practicaba a veces en la cocina mientras ella hacía cosas; la hacía sonreír sin que ella quisiera, la hacía soltar risitas sobre el bol de la masa para rebozar. Mi padre era profesor de clarinete y matemáticas en la escuela secundaria del pueblo. Por lo visto sabía ganarse el aprecio de la gente, hacer locuras con los muebles o resolver problemas a contrarreloj. De esas cosas yo solía enterarme de oídas. Al parecer, la gente de Crasden lo consideraba sorprendente. Decían que era especial. Que tenía talento. Pero cuando hacía el amor con mi madre, tenía los ojos cerrados y la cabeza retirada; después le dirigía una mirada dura, airada, se volvía a su lado de la cama, rígidamente, se quedaba cara a la pared y se la quitaba de encima con un estremecimiento o una mueca de disgusto si le besaba el hombro, le acariciaba el brazo o le ponía la palma de la mano en la espalda desnuda. Mi madre me lo contó antes de morir. Apartó la vista a un lado, hacia las cortinas, y me lo explicó.

Vivíamos a orillas de un lago y oíamos cómo el agua azotaba y lamía los postes del embarcadero por la noche. Al final, amarrado y a flote, teníamos un bote de remos que chocaba contra la madera cuando el agua se agitaba. «Viejo bote, viejo bote», cantaba a veces James para hacer gracia, en lugar de *Viejo río*, una canción que nos había enseñado mi madre. James y yo compartíamos la cama grande de la habitación del piso de arriba que daba al lago; por la mañana nos despertábamos a menudo mirándonos a los ojos y por la noche pasábamos horas enteras escuchando cómo cobraba vida por arte de magia el mundo subacuático del lago, cuando no lo contemplaba nadie, cuando todo estaba absolutamente oscuro e inmóvil, salvo por una ligera oscilación; los peces buenos, tímidos, se ponían chaquetas rosas y anaranjadas, sonreían e iban al baile, con violines y abanicos orientales.

James era mi hermano adoptivo, mitad hindú y mitad católico de Pensilvania. Sus padres se habían conocido en la universidad. En 1958 su padre volvió definitivamente a una ciudad pequeña al norte de Calcuta y su madre sufrió una crisis nerviosa y vino a vivir a Crasden, pero más tarde se puso enferma y murió. James quedó al cuidado de las autoridades y se vino a casa cuando tenía cinco años y yo cuatro; nunca hablábamos de su pasado. Tenía el pelo negro y liso y una ancha sonrisa blanca. A mí me parecía curioso que tuviera los labios morenos y que se rascara todas las noches la lengua con un rascador de madera.

—Sé amable con James —me decía mi madre—. Ahora es tu hermano.

James lloraba de vez en cuando, pero no con mucha frecuencia.

Las habitaciones de casa eran como canciones. Cada una tenía su propia disposición rítmica y su desorden, de modo que, si cerrabas los ojos, se convertían en una especie de notación musical, en una partitura: grupos de corcheas, montones de tresillos y la redondez de las puertas de madera, como claves, todo ello combinado en una especie de concierto. O a veces, como sucedía en el baño, con su cenefa de margaritas y su plástico rojo, creaban una especie de cancioncilla publicitaria, breve, agradable, funcional. Lo que parecía especialmente sinfónico era la librería del cuarto de estar: los libros hacían buenas migas los unos con los otros, un coro enorme que cantaba por lo bajo; estaban apiñados tras puertas de cristal con tiradores de metal sueltos. En el estante inferior de la librería mi madre guardaba también álbumes de fotos, libros de recortes, anuarios, además de libros grandes y pesados como *La historia del mundo* de Smith y el *Tesoro dorado de cuentos infantiles*. Dentro de un libro tenía fotos suyas en blanco y negro que empezaban con retratos de cuando era pequeña. Los días grises y vacíos yo sacaba ese libro y lo miraba. A los nueve años ya me sabía de memoria todas las fotos. Me daba la impresión de que mirarlas, conocer esos atisbos, era conocerla a ella, convertirme en ella, hacer de mi madre una mujer con aventuras, la mujer de un cuento, de un libro, de una película. Las fotos, de alguna manera, me parecían llenas de fuerza. Todavía las miro a veces, con una taza de café, con el televisor encendido.

En una foto aparece a los seis años con un flequillo aclarado por el sol. Lleva un vestido blanco de playa, está de pie junto a un triciclo grande, mira a la cámara entrecerrando los ojos y frunciendo el entrecejo. Cara de cangrejo. Así lo dijo mi madre:

—Ah, sí, aquí estoy yo, la cara de cangrejo, haciendo pucheros porque quería una gaseosa.

A mi madre le gustaba cantar, pero esperaba a que no estuviera delante mi padre porque le corregía el tono y la hacía ponerse más recta y se empeñaba en que usara mejor los pulmones y el diafragma.

—No cantes como una mula sin cuerpo. Debes usar todo el tórax.

Y ella, sentada en el taburete del piano, miraba con cara de póquer la partitura que tenía delante; tocaba una y otra vez desde el do de la octava superior hasta la octava media con un solo dedo, en una especie de hipnosis.

—Vete a cortar la hierba del jardín, Enrico —decía a veces.

Y era una broma, porque en realidad mi padre se llamaba Sam y no teníamos jardín, sólo una ladera pedregosa y llena de agujas de pino

que bajaba desenfrenadamente desde la carretera hasta el lago. Al otro lado de la casa había un riachuelo lento que goteaba y se deslizaba sobre las rocas con precaución, como con miedo de hacerse daño.

Por la noche, con las luces apagadas, después de habernos oído rezar, mi madre nos cantaba a James y a mí y nos parecía estupenda. Cantaba *En el arroyo del viejo molino* o algún otro éxito de Cole Porter que se sabía de la universidad. Le encantaba Frank Sinatra. Se ponía de pie junto a nuestra cama, haciendo imitaciones ante una de las patas como si se tratara de un micrófono, y después la aplaudíamos a oscuras hasta que nos escocían las manos. (Si cantaba *Peniques del cielo*, al acabar dejaba un centavo en cada pata para que los encontrásemos a la mañana siguiente.) Susurraba «Gracias, gracias» con una risa suave, maravillosa, sonreía y se inclinaba sobre nosotros para darnos besos húmedos en las mejillas, con el pelo suelto, largo, negro, que me rozaba el pecho y la barbilla y que olía a jabón y a seco. Y si había luna, ésta iluminaba el lago y la luz del lago entraba en el cuarto por las ranuras de la persiana y le cubría de rayas el pelo y la cara o la manga del suéter. Y al moverse (para besar a James, para remeter las mantas) las rayas subían y bajaban por ella. Cuando se marchaba, siempre dejaba la puerta un poco entornada, y la lámpara del pasillo enmarcaba la puerta en rendijas de luz sólo interrumpidas por las bisagras. Decía, siempre con un susurro: «Buenas noches, mis dulces gorriones», una expresión que sólo me pareció tonta, indulgente o absurda en una época posterior de mi vida. Y James se quedaba muchas veces tendido boca arriba a mi lado; tarareaba, hasta bien entrada la noche, invisible en la oscuridad, la letra de *Vieja y malvada luna* cuando la recordaba o, a veces, susurraba simplemente: «Eh, Linnie, ¿cómo era?», y sacudía las piernas bajo las sábanas.

Una foto con ocho años y tiene el pelo más oscuro, más ondulado, y ya empiezan a crecerle por dentro los huesos de su cara de adulta, a despertársele los pómulos tras la piel. Sonríe en camisa a rayas rodeando con el brazo al tío Don, su hermano pequeño de rostro inexpresivo, delante de una casa donde vivían a las afueras de Siracusa; una casa blanca con porche delantero cerrado y una chimenea de ladrillo pintada del mismo color, dos alerces grandes a cada lado, con las ramas extendidas sobre el tejado, curvadas y protectoras, como bigotes grandes. El tío Don le llega a la barbilla.

Mi padre interpretó el papel del padre de Liza Doolittle en *My Fair Lady* y el del caballero del perro en *Camelot*. Los domingos por la tarde, mi madre nos llevaba al auditorio del instituto de secundaria de Crasden para ver los ensayos; en 1956 todavía estaba nuevo, fuerte, marrón, aterciopelado, y no había perdido su brillo. A mí me encantaba su pendiente oscura y galopaba a lo largo de las filas de asientos plegables vacíos como si fueran pasillos particulares míos. El director se paseaba por delante del escenario, a pocos palmos del foso de la orquesta. En los primeros ensayos sólo contaban con una pianista, una mujer regordeta llamada señora Beales que hacía muchas visitas al servicio. El director siempre estaba gritando: «Toda la acción a la derecha y más al frente,

más al frente», mientras agitaba las dos manos como un telégrafo óptico. Tenía un pelo espeso, blanco, como las crines de un caballo, que se peinaba desde la frente hacia atrás pero que le caía, no obstante, de vez en cuando sobre los ojos. Llevaba zapatos blancos y solía combinarlos con alguna prenda de seda azul clara. Entre escena y escena, mi padre solía decir en el escenario cosas que no oíamos pero que hacían reír a todos con una risa desenfadada, teatral, de grupo, con mucho «ja, ja» y «oh, no», silbidos y pateos afectuosos. El director llevaba a veces gafas de sol y se las ponía en lo alto de la cabeza y decía: «Ay, mierda, vamos a hacer una pausa». Y entonces se encendían las luces y los actores se encaminaban a la cafetería que estaba a dos largos pasillos de mármol de distancia, y como el instituto estaba vacío e iluminado como una bolera se oía el eco de sus pasos y su charla sonora, a la mujer que hacía de Liza Doolittle que seguía chillando «au» y añadía: «¿Has llamado por teléfono a la canguro, Ron?», y el profesor Higgins no iba con ellos sino que se quedaba sentado al borde del escenario mientras se comía un bocadillo que se había llevado, con las piernas colgando y las zapatillas golpeándose entre sí, como si fuera un jugador de la liga infantil de béisbol. En esas pausas, James y yo subíamos corriendo al escenario para ver a mi padre y, si se trataba de un ensayo general, nos reíamos de su cara anaranjada o de su peluca o de sus cejas postizas, que le subían hasta muy arriba. Pero nos llenábamos de timidez cuando luego decía «hola, chicos» sin mirarnos, fijando la vista por encima de nuestras cabezas, se volvía y se retiraba afanosamente entre bastidores para ocuparse de algo. Allí de pie, en el escenario, nos girábamos, mirábamos la ladera de butacas del auditorio, localizábamos a mi madre en la décima fila, donde la habíamos dejado leyendo un libro, nos saludaba con la mano, le devolvíamos el saludo y regresábamos deprisa a su lado, como si volviésemos corriendo a casa, y nos subíamos con ansia a su regazo como buscando algo. A veces jugábamos con los pasadores que llevaba en el pelo, que usaba para atarse la trenza, y le hacíamos antenas, cuernos: mi madre nos lo consentía todo.

—Vuestro padre es un hombre de talento —nos aseguraba, hablando como mis profesores, que me decían cosas similares, al advertir lo desilusionados que nos quedábamos porque él no nos dedicaba demasiado tiempo—. Los hombres de talento tienen la cabeza muy ocupada. A veces pueden parecer poco amables.

Y yo después me ponía a pensar en eso un buen rato, me mordía las uñas y escribía cartas.

Una foto con nueve años, vestida para una clase de ballet con malla negra entera de manga larga, en el cuarto de estar, delante de la chimenea. Está haciendo un *arabesque* con un brazo doblado ligeramente sobre la cabeza, el otro hacia un lado; como la foto está tomada de frente, sólo se le ve una pierna y tiene cierto aspecto de minusválida; la punta de la zapatilla de ballet apenas asoma sobre el perfil del hombro, todo su cuerpo se inclina hacia la cámara y los ojos se le desvían a un lado, con expresión entre afligida y cómica.

—Parece una mulata —comentó una vez James, sentado a mi lado, observando cómo tenía recogido el pelo, tenso y húmedo, en un moño en la nuca.

—Tú sí que eres mulato —contesté yo, albergando fantasías de ser yo también bailarina, y le di un puñetazo en la pierna.

Él se cambió de sitio en el sofá, se apartó un poco de mí y se limitó a masticar su chicle con más fuerza. Cuando reñíamos, unas veces yo le pedía perdón y otras me pedía perdón él. También le gustaba mirar las fotos.

«Los hombres fríos destrozan a las mujeres —me escribió mi madre años más tarde—. Las cortejan con algo llamativo de lo que presumen, algo que llevan unido a su alma como un falso invernadero; te hacen pasar y te crees que ves vida, optimismo, sol y verdor, y cuando los amas, te hacen pasar a su alma verdadera, un salón de baile vacío, cavernoso, lleno de corrientes de aire, con arcos y cúpulas inexorables y que se burla de ti con sus ecos; oyes cómo se hunde con un estrépito sonoro todo lo que has sacrificado, todo lo que has entregado. Cierran con llave el invernadero y te ves tan minúscula como una figura humana en el dibujo de un arquitecto, una mancha sin rostro, un borrón de palotes abandonado en un voluminoso desierto de piedra».

Querida mamá —le respondí—, vuelvo a casa el 23, así que estaré el domingo para la misa del gallo. Espero que todo vaya bien. Los exámenes son implacables. Hasta pronto.

Una foto de mi madre a los catorce años cuando ya muestra por fin los huesos de adulto: líneas marcadas, reforzadas, alarmantes como las curvas de una carretera de montaña, que van del ojo a la mandíbula; su piel no tiene arrugas y, aunque no sonrío, no se aprecia tristeza en su cara; sólo curiosidad, una amplia mirada de escrutinio, una mirada de espera, de preparación.

Mi madre era la única que conocía con el pelo largo. A veces se lo peinaba en una sola trenza que le colgaba como una cola oscura, jaspeada, con reflejos castaños del sol, por el centro de la espalda; otras veces se hacía dos trenzas laterales que al inclinarse se le movían hacia atrás y hacia delante.

—Pareces una india con plumas en la cabeza —le decía James.

Por entonces empezaban a explicarle la diferencia entre los indios de la India y los que salían por la televisión.

—Jau —respondía mi madre en broma, y levantaba la mano.

Y James, que no la entendía, le tiraba de las trenzas con impaciencia y decía:

—Por éstas, por éstas.

Tiene quince años y se ha quemado las puntas del pelo dejándose unos mechones sueltos que le bailan, oscuros y frenéticos, lejos de las pinzas que se pone para sujetárselo. Está sentada en un banco de algún parque, comiéndose un helado de cucurucho, con los vaqueros remangados hasta la mitad de la pantorrilla, las piernas muy abiertas y los pies con los dedos hacia adentro, los tobillos hacia afuera; está un poco inclinada sobre su cucurucho, pone cara de loca, saca la lengua y bizquea.

Mis padres reñían algunas noches, nos despertaban con sus discusiones; James se tapaba la cara con la almohada y yo me quedaba tendida con los ojos muy abiertos, aterrorizada y paralizada por los gritos de mi padre, los portazos, el ruido de algo metálico que caía siempre al suelo, los golpes en las paredes y mi madre que decía: «Ay, Dios, ay, Dios, márchate, por qué no te marchas».

Una tarde, el día después de una de esas peleas nocturnas, me traje a casa en autobús a mi amiga Rachel. Entramos por la puerta de la cocina y le recordé que se limpiara los pies. Por el pasillo que conducía al baño, vi de repente a mi madre, sentada en el retrete con la puerta abierta de par en par, las piernas y las caderas desnudas y blancas, las bragas enrolladas en los tobillos, el pelo largo destrenzado, una melena de ondas sin cepillar que flotaban hacia fuera y a los lados y le bajaban hasta la cintura. No se movió cuando entramos. Se quedó allí sentada con la camisa negra y vieja, como una estatua obscena, la cabeza apoyada en las manos, inmóvil, los codos apoyados en las rodillas.

—¿Esa es tu madre? —susurró Rachel.

Y le contesté que quizá sí, quizá no.

Mi madre no llegó a vernos, siguió mirando como borracha algo que había en el suelo por delante de ella.

—Vamos —dije, y acompañé a Rachel a mi cuarto en el piso de arriba, donde James, en la cama, estaba leyendo una enciclopedia sobre pájaros: tordos negros, estorninos, cuclillos.

—Mirad éste —señaló—. Una salga patiazul.

Y miramos y vimos que sólo se trataba de un pájaro tonto con la cara negra. Y después los tres jugamos a las profesiones, Rachel se compró una granja y mucha felicidad, pero yo fui el primer hombre que pisó la luna, cogí un cargamento de estrellas y lo gané todo.

Su foto de la graduación en el instituto. El pie del anuario dice «Segunda de la promoción» y «Estudiante más completa». Sus amigos le escriben cosas como: «Hermosa Anna, te echaremos de menos

cuando te vayas a Chicago, vuelve a visitarnos», «La Ciudad del Viento va a recibir un buen regalo. Buena suerte», «Sigue siendo tan encantadora. Acuérdate del baile del Pájaro Azul. Lo pasamos bien. Buena suerte en la *uni* de Chicago. Con cariño, Barbara».

Aquella misma noche, o puede que fuera otra, mi madre entró en nuestro cuarto cuando ya hacía rato que nos habíamos acostado y nos dejó los libros de texto en el suelo junto a la cama; después se quedó un rato de pie en la puerta con aire espectral, en silencio, con un largo camisón blanco sin mangas, un brazo desnudo colgando a un lado, el otro doblado hacia arriba, la mano alrededor de la nuca, pensativa, la cabeza ladeada hacia el brazo suelto, el pelo negro sin recoger oscureciéndole un hombro como si fuera la capucha de una capa. Y fuera, en el lago, había un pájaro que piaba, que cantaba; era el único sonido y James murmuró soñoliento: «Es un somorgujo, un somorgujo de cuello rojo»; mi madre se volvió y desapareció hasta la mañana siguiente.

—Tu padre también componía música, ¿sabes?, pero nunca la compartía con nosotros —explicó mi madre, un poco falta de aliento, mientras yo le estiraba las mantas—. En último extremo, la música lo dejaba impasible. Como a un dios irritado por sus propios juegucitos. A pesar de su talento, o quizá a causa de él, sólo oía la maquinaria, el ruido de ruedas dentadas y motores. No sentía nada. No tenía compasión. —Tosió—. Cabría pensar que crear algo debería ser necesariamente un acto de amor o de compasión.

—Mamá —dije yo, recordando las instrucciones de la enfermera—. Quizá deberías tomarte ya la pastilla.

Deja atrás a todos sus amigos, entre ellos a Barbara. Una foto de eso, con serpentinas, tarta y botellas de vino. En la universidad se enamora de un estudiante de segundo curso llamado Jacob Fish y estudia para la licenciatura de Bellas Artes. Al cabo de cuatro años, lo abandona, vuelve a casa inexplicablemente, pinta y diseña decorados para un grupo local de teatro de Siracusa. *Kismet. Pacífico Sur*. Mira los decorados. También canta en el coro: ésa de ahí es ella.

Recuerdo que una vez oí por casualidad un breve fragmento de una discusión que tuvieron mis padres. O, más bien, que mi madre lloraba y le costaba explicar el porqué a mi padre, ya que parecía enfadado y distante, según ella, y al cabo de poco rato le gritaba que se dejara de tanto maldito lloriqueo y que por qué no hacía algo de ejercicio para variar. Al oír eso mi madre lloró todavía más y mi padre salió de la casa hecho una furia. Pero al día siguiente, y unas cuantas veces por semana durante varios años a partir de entonces, mi madre salió a correr por la orilla del lago en chándal y con unas zapatillas viejas que no le importaba que se mojaran. Yo la acompañaba de vez en cuando, trotaba a su lado, veía cómo le subían y le bajaban los pechos bajo la sudadera, imitaba el modo en que tomaba aliento y lo soltaba con bufidos cortos. Vimos dos veces aves muertas que el agua había llevado a la orilla y nos

detuvimos a observar sus cadáveres empapados, sus ojos ya llenos de bichos negros y pequeños.

—Se apoderan de lo que es hermoso —comentó mi madre—. Mi abuela lo solía decir.

Pegado con cinta adhesiva al libro de recortes de mi madre hay un visor de diapositivas de color lila, del tamaño de un pulgar, que cuando lo pones delante de una luz y miras por él aumenta una foto minúscula donde salen ella y Jacob Fish en Nochevieja, en un hotel grande de las Catskills. El visor tiene grabado por fuera y en letras doradas *Lago Kiamesha, Nueva York*, y lleva una cadenita dorada para que lo cuelgues de alguna parte o te lo enrosques entre los dedos. Al mirar en su interior ves dentro a mi madre de pie junto a Jacob Fish, los dos arreglados como reyes del baile de salón, mi madre con un vestido de baile color melocotón sin hombreras, el pelo recogido sobre la cabeza, sujeto con alfileres y una rosa pálida, y Jacob Fish, bajito y con pelo de estopa, apenas de la misma altura de ella, con una pajarita azul marino, una amabilidad y una benevolencia en la cara que, lo noto, hacían feliz a mi madre, la hacían sonreír, siempre cogida del brazo de él dentro de la cajita lila.

Los sábados eran días sin madre (iba de tiendas a Crasden) y mi padre a veces preparaba tortitas, jugaba a las cartas con nosotros, a «vete a pescar» y a «la guerra». A veces hacía trucos de magia: cogíamos un naipe sin que él supiera cuál era y después lo metíamos en el mazo; barajaba, hacía montones, filas y columnas y por fin descubría nuestra carta. Todos sus trucos de magia eran variaciones sobre el mismo tema. A veces parecía que éramos nosotros los que la encontrábamos, como cuando sosteníamos el mazo en la mano y él le daba un golpe de kárate y el único naipe que nos quedaba en la mano era milagrosamente el que habíamos elegido.

—Ay, ¿cómo lo haces? —preguntaba James, que se apoderaba de las cartas e intentaba descubrirlo mientras mi padre sonreía exagerada, enigmáticamente, se encogía de hombros y se cruzaba de brazos.

—No lo diré nunca, ¿verdad, Lynnie? —decía mi padre, y me guiñaba un ojo.

Yo no quería saberlo nunca. Me bastaba con sentarme en el cuarto de estar en pijama, oler a tortitas y tener la confirmación de que mi padre era especial. Sabía que descubrir o desvelar el mecanismo oculto de los trucos de magia significaría oscurecer los sábados y la perdición de mi padre. Si su talento, su magia, sus juegos de manos, dejaban de ser inimitables, incomprensibles, si no se protegían y se preservaban, ¿qué sería él ante nosotros, para nosotros, qué podía hacer?

Una foto de mamá y Jacob Fish en la playa. El bañador de mamá es negro como su pelo, el agua es gris y la arena blanca. Hay cubos, una palita y una manta. Jacob Fish sujeta un puñado de arena sobre la

cabeza de mamá. Ella se ríe con los ojos cerrados, un cerrar de ojos momentáneo, la única manera en que se puede reír uno a veces.

El otoño en que cumplí los diez años mi padre interpretó el papel de Billy Bigelow en la versión de *Carrusel* de la compañía de Crasden. Hacia la mitad de la obra, Billy Bigelow canta una canción sobre los planes que tiene para su futuro hijo y entona una optimista serie de promesas de amor paterno. Mi madre nos llevó a los ensayos del domingo por la tarde (decía que la sesión de verdad era demasiado tarde para nosotros) y escuchó la canción rígida, con cara cansada, mirando con ojos entrecerrados a mi padre, que la cantaba mientras andaba, siguiendo las instrucciones del director, que le decía dónde debía poner los pies («Maldita sea, Sam, cantas divinamente, pero no sabes bailar»). A un lado, dos tramoyistas pintaban un tiovivo de rojo y verde.

—Malos colores —comentó mi madre, sacudiendo la cabeza con aire crítico.

Una mujer rubia que estaba a pocos asientos de distancia intervino:

—Alguien robó toda la pintura buena la semana pasada. Tenemos un presupuesto muy limitado.

—Se apoderan de lo que es hermoso —murmuró mi madre, y la mujer rubia la miró de una forma muy rara y añadió:

—Sí, supongo. —Y al cabo de unos minutos se levantó y se marchó.

Años más tarde, mi madre me diría:

—Esa canción que cantaba tu padre en *Carrusel*... Qué mentiras tan maravillosas. Nunca pasaba tiempo con vosotros, nunca os cantaba ni os llevaba a ningún lado.

Y cuando lo dijo, se hizo realidad. Pero sólo entonces, al decirlo. Hasta ese momento había parecido que papá era simplemente papá, que de alguna manera no era más que lo que tenía que ser.

Una foto de Jacob Fish de pie junto a un río, con una maleta en una mano y un sombrero en la otra. Aquél era el río de la ciudad, pasaba por delante de la estación del ferrocarril, me dijo mi madre. La maleta era de ella. El sombrero también. Quería parecer digno, un hombre de mundo, y había pedido complementos.

• • •

Llora, hundida sobre la mesa de su tocador, y sueña que llega alguien por detrás y se inclina para abrazarla, gemir y llorar sobre su cuello, para hacer que se vuelva y levantarle la cara, besarle los ojos, la boca empapada, en la mejilla, en el pelo. Pero no hay nadie, sólo mi padre,

sentado al otro lado del cuarto, muy lejos de ella, en una silla tapizada de blanco con rosas (un mueble que más tarde se llevó a mi habitación de la universidad, que yo miraría, en el que me sentaría), con una ira helada oculta detrás de la cara, cerrada como una tienda por la noche, una cara prieta como un zapato. Tiene los brazos cruzados tras la cabeza como un hombre de vacaciones, pero no está relajado. Los rasgos de su semblante forman líneas rectas, afiladas.

—Quizá no puedas evitar tu insensibilidad —dice mi madre llorando en voz baja—. Es lo que te ha hecho el mundo a ti. Pero tu frialdad... Es lo que tú le haces al mundo.

Él coge un pastillero de porcelana de la mesita, lo arroja contra la pared y lo hace pedazos.

—Eso es lo que te digo —replica—. No estoy dispuesto a seguir tus jueguecitos.

Y se marcha dando un portazo.

Esas cosas las escuchaba a medias. Ella me contó el resto años más tarde, cuando se estaba muriendo y pasaba horas enteras cepillándole el pelo una y otra vez. A ella le gustaba que le cepillara el pelo, siempre conseguía sonreír y se hundía en la almohada.

—Las piernas, Linnie. ¿Me puedes hacer hoy las piernas, querida? —me preguntaba.

Y sacaba la maquinilla Norelco del cajón de la mesilla, apartaba las sábanas desde el pie de la cama y le deslizaba la maquinilla arriba y abajo por las pantorrillas. Le gustaba tener las piernas suaves y sin vello, y creo que disfrutaba con el roce metálico y el zumbido. Eso también la hacía sonreír.

Una foto de mis padres en bicicleta antes de casarse. Están en una gasolinera, donde se han parado para hinchar las ruedas. Mamá sonríe. Papá pone cara de tontorrón, con las dos manos en el manillar. Llevan pantalones cortos bastante largos, al estilo de Jamaica. Detrás de ellos hay un letrero de Esso al que le falta la O. Lo que queda significa «comer» en yiddish, según me dijo una vez mi madre.

—Quieren apoderarse de las cosas y destruirlas —suspiró mi madre el mismo mes de su muerte, cuando hablábamos de nuestra casa del lago; primero se la había vendido a una funeraria y después la había comprado el gobierno federal, que la había derribado por vagas razones militares que nadie se molestó nunca en explicar.

—Quieren mi pelo —dijo otro día, haciéndome un débil guiño cuando una enfermera con tijeras entró y le propuso un corte de pelo.

Mi madre negó con la cabeza, pero la enfermera parecía decidida.

—No creo que quiera —respondí, y la enfermera me miró con estupor y se marchó con pasos acolchados por las silenciosas suelas de goma que llevan siempre los que rodean a los moribundos.

Mi madre, que entraba en nuestro cuarto por la noche. Mi niñez, a veces una simple serie de imágenes tuyas, asomando a la puerta como un torbellino, vestida de blanco, una y otra vez, que viene a oírnos rezar, a cantarnos canciones, a susurrarnos que nos quiere, a darme un beso húmedo en la boca, con el pelo colgando, formando una tienda de campaña en la que nuestras caras, la tuya y la mía, vivían y respiraban para siempre solas. Me acariciaba la nariz, y también a James, y murmuraba: «Hasta mañana», y, en la puerta: «Buenas noches, gorriones míos».

Sueña que él la quiere matar. Que tiene un rifle y la llama para que salga del cuarto de baño. Mi madre tiene cuchillos y hachas dentro. Se despierta bruscamente y él la está mirando, frío, indiferente.

—Qué cara tienes —comenta ella—. Dios mío. Es la cara de un asesino.

—¿De qué demonios estás hablando? —contesta él.

El año después de *Carrusel* le tocó a *The Music Man*, y la mujer que hacía de Marian la bibliotecaria solía pasar por casa con bastante regularidad; hablaba con un ronroneo como el que dirigen las mujeres mayores a los niños recién nacidos. Me preguntaba si papá estaba en casa.

—Mi padre no está —respondía yo casi siempre, aun cuando sabía que preparaba sus clases arriba.

Creo que de todo lo que hice de pequeña, eso fue lo más atrevido.

Me pedía que le diera el recado de que había venido Marcia. Yo se lo daba a veces. Llamaba a la puerta de su estudio, entraba y decía:

—Ha venido Marcia. Me ha pedido que te lo dijera.

Y él se volvía y me miraba con aire distraído, como si no tuviera muy claro de quién le hablaba, y añadía después:

—Ah, sí. Por los ensayos. Gracias.

Y me daba la espalda y seguía trabajando en su escritorio; me quedaba allí de pie en la puerta, observando la espalda de su jersey. Parecía que cuando corregía trabajos y cosas así llevaba siempre el mismo jersey noruego: verde con una cenefa de renos dorados por la parte de arriba, que le cruzaba la espalda y los hombros.

—¿Querías algo más? —preguntaba, volviéndose otra vez en su asiento y bajándose las gafas.

Y yo respondía:

—No. Digo sí.

—¿Qué?

—Se me ha olvidado —contestaba, y me giraba y huía.

En las fotos de boda están de blanco sobre la oscuridad tenebrosa de los árboles. Se los ve delgados y elegantes. Con sonrisas plácidas. La boca del padre de la novia dibuja una breve línea recta. No sé quién sacó estas fotos. Supongo, en cierto modo, que son mentiras que revelan por omisión, por indirectas, por pistas tales como los zapatos o las nubes. Pero dicen la verdad de la única manera que pueden hacerlo las mentiras. Como sólo las mentiras pueden decirla.

Otra mañana oí a mis padres temprano en el baño; mi padre se afeitaba, se preparaba para salir camino del colegio.

—Mira —suspiró fuertemente—. La verdad es que no puedo decir que no os abandonaré nunca a ti y a los chicos, ni que no haré nunca el amor con otra mujer..

—¿Por qué no? ¿Por qué no lo puedes decir? —le preguntó mi madre.

Hasta su enfado era delicado, ingenuo.

—Porque no lo siento.

—Pero... ¿no lo puedes decir, a pesar de todo?

Prefiero imaginarme que en ese momento mis padres se miraron a los ojos reflejados en el espejo del botiquín y que se sonrieron de pronto. Pero más tarde, en la cama del hospital, mientras me cogía de la mano y me tocaba despacio cada una de las uñas con su dedo índice, mi madre me dijo:

—Tu padre. Estaba metido en un baile. Y no sabía bailar.

Antes, aquel mismo año, me había escrito: «Eso es lo malo que tienen las personas frías. No el hecho de que tengan hielo en el alma (todos tenemos un poco), sino que se empeñan en que ese hielo se refleje en todas y cada una de sus palabras y sus actos. No aprenden nunca lo que es la belleza ni el valor de los gestos. Su necesidad emocional. Para ellos, la sinceridad va siempre por delante de la amabilidad, la verdad por delante del arte. El amor es arte, no verdad. Es como pintar decorados».

Son las cosas que una recibe de las madres. Naturalmente, cuando se mueren, te quedas con el collar de perlas, la colcha azul, algunos de los antiguos regalos de boda (una bandeja lacada con la invitación, una tostadora vieja y oxidada), pero los contactos, las palabras, los sollozos de la noche en que se muere son de lo que te apoderas, lo que guardas, lo que llevas en sobrecitos invisibles que abres deprisa, como un buhonero de feria, echando al mundo una ojeada. No se quedan quietos. Por mucho que lo intentes. Por mucho que les pases la lengua. Los sobres no se quedan cerrados.

Querida mamá, estoy muy atareada por la carga de asignaturas, pero creo que me estoy acostumbrando. Las vacaciones de primavera empiezan el 19. Genial. Tengo mucho que hacer antes de marcharme. Hasta entonces.

Cuando yo tenía trece años, mi madre dejó el arroz en el fuego y medio intentó ahogarse en el lago. A las siete de la tarde, mi padre no había regresado a casa todavía y James se había quedado hasta tarde en el Club de Ajedrez; salí por la puerta trasera y la llamé. Era el mes de marzo y el lago ni siquiera se había deshelado del todo: un verde pizarra brillante con un centro blanco muy sucio, como una herida monstruosa. Caminé hasta el embarcadero; ella a veces bajaba «a tomar el aire» antes de preparar la cena. La encontré en la orilla (en realidad no teníamos playa, sólo un pedregal para correr y hacer botar piedras en el agua). Estaba tendida de espaldas, con la blusa empapada y transparente, el pelo negro pegado a la cara a mechones, el agua la lamía como un gato indiferente. Cogía puñados de gravilla y se los echaba por las mejillas, por encima del cuerpo, con las piernas inmóviles pero abriendo y cerrando la boca sin ruido, torcida y estirada; ésa fue la primera de las dos ocasiones en que vería aquella expresión suya. Era incapaz de moverme. Seguía encontrando su cara incluso años más tarde: en la mía, en las fotos, en los espejos, que esculpían severamente aquella angustia tras la mía, contra la mía, contra mis huesos menos marcados y mi boca gruesa, más bien cuadrada, forcejeando por salir a la luz. Grité. No sabía qué hacer. Volví corriendo a la casa, irrumpí en la cocina y vi a mi padre, que acababa de llegar y rascaba con enfado arroz negro humeante del fondo de la cazuela.

—Mamá, es mamá —dije jadeando, y señalé hacia el lago.

Y él gritó:

—¿Qué? —Y salió aprisa de la casa y bajó por el camino.

A las ocho llegó una ambulancia y se la llevó. Pero volvió a la mañana siguiente, un poco pálida y con ojos de mapache, y subió la escalera apoyándose con dificultad en el brazo de mi padre. Me echó una mirada que me pareció de disculpa.

• • •

Mi padre pasó el día siguiente en el embarcadero, cantando de cara al lago algo italiano, una aria de Puccini o algo similar. La verdad es que, durante mi infancia, lo hacía unas dos veces al año; mi madre decía que debía de ser un medio de liberarse de lo que tenía dentro sin molestar a los vecinos (que estaban a cuatrocientos metros de distancia a cada lado). De cuando en cuando miraba por el cristal de la puerta trasera y veía su perfil, unas veces sentado, pero con más frecuencia caminando por las tablas del embarcadero, mientras su voz subía hasta la casa. No era la voz del colegio ni la voz del teatro: era otra cosa, un vibrato palpitante, dolorido, como de alguna criatura que viviera dentro de él y que no entendía, que lo turbaba, con la que no sabía muy bien qué hacer. Salía a veces de la casa y me iba a dar un paseo en la dirección contraria; subía por el otro lado de la carretera, por el bosque, y cruzaba la antigua vía del tren. Había un edificio clausurado, una fábrica pequeña, y una vieja carretera intransitable bordeada de farolas de gas antiguas con los quemadores arrancados, vacías como ojos de esqueletos; James y yo subíamos algunas veces a buscar moras y a inventarnos cuentos y desafíos. A que no vas corriendo hasta la puerta y vuelves. A que no arrancas el cartel de PROPIEDAD PRIVADA. A que no entras por la ventana. A que no tocas la cerca eléctrica. Sigue siendo para mí un misterio lo que había dentro de aquel sitio y cuál había sido su función primitiva. Todo claveteado y cerrado con tablas y cubierto de letreros de PROHIBIDO EL PASO. A veces jurábamos que habíamos oído ruidos dentro: James decía que eran gruñidos, pero yo pensaba siempre que era como mi padre en el embarcadero, bloqueado y solo, cantando en su extraña lengua extranjera, con la necesidad de explotar de alguna manera, con la necesidad de soltar un aria sobre el lago. Por fin, llegaron unos hombres de la ciudad y volaron aquel sitio. Lo cargaron de dinamita y reventaron sus ángulos, su azotea, sus ventanas de cristales rotos; su interior negro quedó visible y humeante a la luz del sol; los vecinos lo oyeron a bastante más de cuatrocientos metros mientras desayunaban, los chicos lo comentaban en el colegio y encontramos después trozos de clavos y de yeso incrustados como metralla en los postes de las farolas, como en una guerra, como si hubiera habido una guerra.

Otra foto de mi madre con su vestido de novia, de pie junto a su madre, que lleva una sonrisa y un sombrero demasiado grandes para su cara; casi parece que no tiene ojos, que no tiene nariz. Y su hija no mira a la cámara sino hacia algo que está a un lado.

Tenía quince años cuando mi padre nos abandonó y a mi madre le hicieron la mastectomía. Las dos cosas pasaron de pronto, calladamente, sin previo aviso. Como si hubiera entrado de golpe un viento extraño y se hubiera llevado las cosas y hubiera vuelto a salir; sólo dejó lo que dejó.

Cuando tus padres se separan, también tú te bifurcas. Te partes, crujes y te divides en dos, vives dos vidas: una mitad de ti que llora todas las mañanas en el embarcadero al salir el sol, con pelo negro que se destiñe hasta un gris oscuro, una parte de ti que se marcha a otra ciudad donde

eres maestro de escuela y cuentas chistes con acento italiano en un bar y haces reír a la gente.

Y cuando tu madre empieza a perder la cabeza, tú también. Empiezas a tener miedo de la gente que ves por la calle. Vuelves a ver formas (viejos y arañas) en el papel de la pared, como cuando eras pequeña y estabas enferma. El reflejo de la luna en el lago te empieza a parecer un pez muerto que flota con el vientre dorado hacia arriba. Pregúntaselo a cualquiera. Pregúntaselo a cualquiera cuya madre esté perdiendo la cabeza.

Cuando tenía dieciséis años, volví a casa desde el colegio y me encontré a mi madre borracha, en albornoz, tirada sobre la mesa de centro del cuarto de estar, desparramada sobre las revistas. Reía sin control, le caían lágrimas histéricas de borrachera de los bordes hinchados de los ojos.

—Ven al piso de arriba, mamá. Deja que te lleve a la cama —propuse, dejé mis libros y la ayudé a subir.

Se apoyaba en mí, seguía riéndose sin poder parar.

—Dios mío —exclamaba—. Me han cortado los pechos, ¿verdad que es increíble? Me los han cortado sin más... —E hizo un movimiento rápido con la mano en el aire.

La arropé y la besé en la cara y lloró sobre el cuello de mi blusa.

—Tengo frío. Tengo sed. No me dejes, cielo. Estás caliente. Si te marchas, me tendré que poner un jersey.

—Duerme un poco —le aconsejé en voz baja; le subí la colcha azul, cerré las contraventanas, me quedé de pie en la puerta, sólo un momento, para ver cómo se quedaba dormida mientras el lago palpitaba contra el embarcadero como un inmenso corazón acuoso.

Se da duchas largas, silenciosas, apoyada en la pared de azulejos, los constantes chorros de agua le rebotan en un hombro, salpicando la cortinilla de plástico; la espuma del champú le entra en la boca como llovizna.

—Hasta sus «te quiero» eran como dagas pequeñas, como agujitas o imperdibles pequeños —comentó—. Desconfía de un hombre que te dice que te quiere pero que es incapaz de hacer una confesión apasionada, de fundirse en un sollozo.

La arropo. La beso.

Aquí, una serie de imágenes de madres e hijas que intercambian sus puestos: mujeres que intercambian sus puestos para cuidarse unas a otras. Tú, la hija, te conviertes en la madre, la Ceres, y ella en la hija,

raptada y arrastrada al infierno, y vagas por el mundo para encontrarla, para llorarla, dejando que los árboles y los granos se marchiten, sin paz, no están en paz.

—Se apoderan de lo que es hermoso —aseguró mi madre por última vez, hablando de mi padre, que, según decía, había quedado destrozado por demasiadas mujeres: un corazón picado, arañado, tomado, perdido.

—Volvió a mí cubierto de vendas gruesas, parecía mucho más gordo de lo que era.

Mi madre, delgada y gris en camisón, mirando a un lado, lejos, no a la cámara.

«Llega un momento —me escribió una vez— en que ya no puedes llorar, miras a las personas que conoces, a las personas de tu edad, y tampoco lloran. Les han quitado algo. Y están más vacías. Y están agradecidas».

Cuando murió mi madre, sus sollozos despertaron a la anciana de la cama de al lado, a quien iban a operar del páncreas al día siguiente. «¿Qué pasa?», gritó la anciana, desvelada y muy turbada. Algo se había apoderado de mi madre por la espalda: se le arqueaba, le ponía rígidos los miembros; su boca era una cuchillada que le cruzaba la cara, que sólo dejaba ver sus dientes, con un color amarillo como las teclas de un viejo piano. Un asombro tremendo impregnaba sus rasgos, sus huesos, como si en realidad no hubiera creído nunca que la muerte fuera así, una paliza entre tubos y contracciones y, cuando las enfermeras respondieron a mis gritos y llegaron corriendo (sólo tardaron un minuto), el sudor y la orina que empapaban las sábanas ya parecían fríos y antiguos, mi madre tenía los ojos abiertos como huevos y estaba muerta. Cogí las cosas (su bata, una jarra de plástico, una taza), miré a un lado y a otro, por la habitación, por la ventana, y me pregunté adónde habría ido, debía estar todavía, tenía que estar cerca, en alguna parte, y la señora del páncreas, tras el biombo que estaba junto a la cama, lo había oído todo y lloraba con fuerza, inconsolablemente; le dieron una pastilla para dormir aunque intentó rechazarla, diciendo:

—Oh, Dios, por favor, no.

No se movía nada. Me incliné sobre la cama.

—Mamá —susurré, y le besé los labios mientras circulaban por el pasillo carritos ruidosos con material quirúrgico; una voz en el techo llamaba al doctor Davis, doctor Davis, a la sala de enfermeras; figuras de blanco se iban reuniendo poco a poco a mi alrededor, las manos en mis hombros, duras, falsas como ángeles.

—Mamá —suspiré.

Jacob Fish vino al funeral con una mujer guapa y morena que parecía una profesora de francés de instituto. De alguna manera se veía que era

un hombre agradable. Cuando terminó el entierro, acompañó a la mujer al coche y después se encaminó solo hasta un árbol y se pasó las manos por el pelo. En realidad no tuve ocasión de charlar con él, aunque no estoy segura de qué habríamos hablado. Luego se metió las manos en los bolsillos, se reunió con la mujer en el coche y se marchó.

Mi padre no vino con nadie. Llegó hasta mí y me abrazó con fuerza y por un momento a ambos se nos subió el rojo a los ojos.

—Lynnie —dijo, y me hice a un lado. Aparté la vista de él. Le miré los zapatos. Miré las nubes—. La quería más de lo que piensas —añadió, y escuché por si se oían las agujas, los imperdibles.

James, que había venido de la facultad de Medicina y estaba de pie a mi lado, dio la mano a mi padre y después lo abrazó rápidamente. Todo el mundo iba vestido de negro. «Cuánto negro, cuánto negro», repetía yo como una mina enorme y nerviosa.

Aquella noche, James y yo dejamos todas las cazuelas y los guisos que la gente había traído al velatorio de mi madre, salimos y nos emborrachamos en un bar de la cadena Howard Johnson's. James consiguió hacerme sonreír recordándome cuando era pequeña y me empeñaba en que si estabas en el bosque y tenías muchas ganas de hacer tus necesidades, sólo debías comerte un trozo de pan: lo absorbería todo y ya no tendrías ganas.

—James —le pregunté con prudencia—. ¿Piensas alguna vez en tu otra madre?

—No —contestó enseguida, como un médico. Lo miré consternada, confusa—. No sé —suspiró, e hizo una seña al camarero—. Supongo que no es esencial para mí. Dios, no puedo liarme con todo eso. ¿Por qué voy a hacerlo?

—No estoy segura.

Me miré las rodillas, los zapatos. Metí la mano bajo la mesa para coger mi bolso.

—Pago yo —dije.

Querida mamá. Gracias por las galletas. Las recibí ayer. Lamento lo del hospital. Espero que te encuentres mejor. ¡Tengo un montón de exámenes! Con cariño, Lynnie.

• • •

Al volver en coche después de dejar a James en el aeropuerto, percibo un atisbo de mi cara en el retrovisor. Parece vieja, con demasiado maquillaje. Me siento atascada, ya no estoy en la universidad, hago trabajos sueltos, como alguien que medita con el sombrero en la mano

en una antesala y que espera al futuro como si fuera una beldad con miriñaque que debe recogerse las enaguas, adelantarse flotando y presentarse ante mí. Me pregunto qué otra cosa podría haber escrito en esos inviernos, mientras miraba por la ventana y veía la nieve que cubría la chopera como una artritis, sin encontrar palabras. No mentí: había muchos exámenes; tuve muchos exámenes.

Las carreteras están vacías y conduzco deprisa. Pienso en mi padre, me lo imagino hace mucho tiempo, por la noche, separando tranquilamente las piernas de mi madre con la indiferencia mecánica de quien abre un armario.

Y me digo a mí misma: Dejaré a todos los hombres fríos, a todos los hombres para los que la música es como una física privada y el amor una danza imposible de seguir. Procuraré hacer que se arrepientan. Hacer que se entristezcan. Vuelvo en el coche camino de mi mesita de cocina para escribir esto: El perdón vive solo y lejos, carretera abajo, pero la amargura y el arte son vecinos próximos, chismosos, que comparten un mismo tendedero, que tienden sus cosas y confunden las piezas de su colada.

—Eso es lo que cuesta, señorita —indica el encargado de la gasolinera donde paro, y me quedo mirando más bien absorta el precio que marca el surtidor.

—Ah —digo, y busco torpemente mi monedero.

Las latas de aceite alineadas ante una rueda vieja de camión son mudas, duras, cómplices. Pero los banderines triangulares de plástico que cuelgan en un extremo de la isleta y ondean al viento, brillan intentando captar mi atención, mi compasión, como cosas que parece que quieren cantar pero no pueden, cosas que casi se destrozan a sí mismas intentando volar, como aves de color irisado, colgadas de un hilo y de sus propias patas.

Guía de divorcio para niños

Pon más sal en las palomitas porque tu madre dirá que la necesita, pues, en la parte en la que Inger Bergman está a punto de morir y hay trucos de cámara para alargarle el torso, nunca puede evitar emocionarse.

Piensa: Jo, ya está otra vez con los kleenex.

Te dirá «Gracias, cariño» cuando llegues despacio, poco a poco, rodeando la esquina en bata y zapatillas, al cuarto de estar con el viejo bol (antes ensaladera) de la abuela lleno a rebosar. Las he hecho yo misma, recuérdale, y deja caer accidentalmente unas cuantas palomitas en el suelo. *Manoplas* las empujará de un lado a otro con las zarpas.

Mmmmm, qué gusto da reponer las sales, comentará, mientras mastica, con una sonrisa pastosa.

Dile que la enfermera del colegio explicó una vez, después de que pasaran una película sobre la pubertad, que la sal es mala para el corazón.

Bah, dirá ella. Lo hace latir, nada más. Pum, pum, pum. ¡Ay, mira!, hablará con la boca llena de palomitas. Cary Grant la va a sacar de allí. ¿Has desenchufado la palomitera?

Haz como que no la oyes. Mira a Inger Bergman con aspecto alargado; pregúntate qué significa.

Más vale que lo compruebes, te dirá.

Gime. Haz un ruidito como una *ch* con la lengua en el paladar. Corre todo lo que puedas porque el próximo anuncio va a ser el último. Desenchufa la palomitera. Tráete a *Manoplas*, que maúlla junto a la nevera. Te dejará pelos en el albornoz. Descárgalo sobre el regazo de tu madre.

Eh, niño, dirá arrullando al gato, y le rascará las orejas. Acurrúcate junto a tu madre, que extenderá la mano, te rascará también una oreja y te besará la mejilla. Entonces se inclinará de pronto hacia delante y extenderá la mano hacia el cuenco de la mesa de centro, con cuidado para no alterar al gato. Siempre creo que se dará cuenta antes, dirá tu madre entre bocado y bocado, con una mano que no para de ir y venir de la otra mano a la boca. Qué cerrados y frustrantes pueden ser los hombres. Te guiñará un ojo.

Mira la pantalla con desconfianza. Todos los malos dejarán que Cary Grant se lleve a Inger Bergman en el coche negro. Habrá mucha música anticuada. Ponte de pie y extiende el albornoz hacia los lados. Saca la lengua y finge danzar como una retrasada mental en un baile. Pon los ojos en blanco. Baila el vals por el cuarto de estar con movimientos exagerados, de un lado a otro, date con los muebles. Tu madre hará como que no te presta atención. Dirá por fin con voz inexpresiva: Qué bonito, vaya, la verdad es que me haces flotar.

Cuando termina la música, te preguntará qué quieres ver. Te pasará la *Guía de televisión*. Mírala. Di: La película de «Terror de madrugada». Te mirará levantando una ceja, pero di «por favor, por favor» con voz suave y junta las manos como si rezaras. Te devolverá una sonrisa y suspirará, vale.

Cambia de canal y vuelve al sofá. Métete debajo de la manta afgana azul con tu madre. Dile que lo que más te gusta son los dibujos animados del principio, cuando sale la momia del ataúd y ruge: ¡¡TERROR!! Súbete a un brazo del sofá y haz una imitación, con las manos como garras, los codos rígidos, la cabeza caída a un lado. Tu madre te dirá que te vuelvas a sentar. Vuelve a refugiarte bajo la manta a su lado.

Cuando te pregunte cuál te gusta más, la momia o el hombre lobo, dile que el hombre lobo mete miedo porque sale de noche y hace cosas que nadie sospecha porque de día trabaja en un banco y no tiene pelo.

¿Y la momia?, te preguntará mientras acaricia a *Manoplas*.

Encógete de hombros. Muérdete los labios. Di: La momia no es más que la momia.

Quítate con la punta de la lengua un trozo de palomita masticada que se te ha quedado en una muela. Intenta tragártela, pero atragántate y ponte a jadear y a hacer unos ruidos horribles, como si fueras a vomitar. El gato huirá, asustado.

Dios mío, ten cuidado, dirá tu madre dándote unas palmadas en la espalda. Toma, bebe agua.

Intenta gruñir cerveza, cerveza, como un vaquero moribundo que viste una vez en un anuncio, pero de todas formas bebe el agua. Cuando ya no estés atragantada, cuando tengas la cara menos roja y puedas respirar de nuevo, pide una Coca-Cola. Tu madre dirá: Creo que no, el doctor Atwood dijo que tenías los dientes fatal.

Dile que el doctor Atwood es un médico de poca monta.

¿Qué quieres decir con eso?, exclamará ella.

Mira al frente.

Responde: No lo sé.

La momia derribará postes de teléfono, los levantará y los arrojará como si fueran troncos de juguete de un juego de construcciones.

Vaya, tan vestidita y sin plan, dirá tu madre.

Acurrúcate junto a ella y suelta un largo «qué ingenioso» de admiración, en voz baja.

La policía busca a un monstruo en el cementerio. No sabrán si es la momia o el hombre lobo, pero por allí habrá andado alguien dejando montoncitos humeantes de huesos y carne que asustan y hacen lloriquear hasta a los perros policía.

Di algo así como qué asco y cierra los ojos.

¿Estás segura de que quieres ver esto?

Insiste en que no te da miedo.

Hay un concierto de rock en el Canal 7, ¿sabes?

Piénsalo. Decide probar el Canal 7, sólo por tu madre. Saldrá un tipo con el pelo grasiento que se parece al tío Jack y dirá algo aburrido.

Tu madre estará de acuerdo en que se parece al tío Jack. Un poco.

Un grupo con sombra de ojos negra se pondrá a tocar la guitarra. Ponte de pie y da botes como viste hacer una vez a Julie Steinman.

Dios, ¿por qué siempre tocarán las guitarras a la altura de la ingle?, preguntará tu madre.

No respondas, límitate a imitarlos; échate el pelo hacia atrás y tócate de una manera rara la ingle, por encima del pantalón del pijama. Tu madre te dará un cachete y te dirá que eres una grosera.

Hazte la ofendida. Finge una depresión. Coge una revista y haz como si leyeras.

El gato volverá a reunirse con vosotras. Mira las fotos de comida.

Tu madre intentará animarte. Dirá: ¡Mira! ¡Pat Benatar! Vamos a bailar.

Dile que Pat Benatar te parece estúpido y cutre. Pásate cinco minutos enteros sin decir nada.

Cuando sale B-52, dile que esos sí que te parece que están bien.

Saca una sonrisa tímida. Entonces os levantaréis las dos y bailaréis como locas alrededor de la mesa de centro, hasta que empecéis a sudar, mientras coreáis los u-a-us, saltáis como si estuviéseis encima de un saltador, os movéis como robots del espacio. Menea las manos como tu madre alrededor de la cabeza. Durante un anuncio, pide un refresco de naranja.

Agua o leche, dirá ella, casi sin aliento, y volverá a sentarse.

Di mierda, y cuando te pregunte qué has dicho, suspira: Nada.

Después sale Rod Stewart cantando en un tejado, en alguna parte. Tu madre dirá: Es bastante mono.

Dile que Julie Steinman lo vio una vez en una tienda y que parecía muy viejo.

Hmmmm, dirá tu madre.

Estudia cuidadosamente a Rod Stewart. Pregúntate si serías capaz de mover las piernas de esa manera. Piensa en hacer una imitación para que la vea Julie Steinman.

Cuando se acaben las palomitas, bosteza. Di: Me voy ya a la cama.

Tu madre parecerá desilusionada, pero dirá: Muy bien, cielo. Apagará el televisor. Por cierto, te preguntará, titubeante como siempre: ¿Qué tal te ha ido en estos tres días?

No menciones lo de la mujer ni lo de la cerveza. Dile que te ha ido bien, que tiene una diana de dardos plateada y nueva, que salisteis a cenar y que un tipo llamado Hudson contó una anécdota bastante divertida sobre uno que se meó en la cesta de la comida. Pídele un Seven-up.

Cómo

Así pues, todas las cosas se juntan a trompicones para formar lo único posible.

Murphy, BECKETT

Empieza conociéndolo en una clase, en un bar, en un mercadillo benéfico. Puede que sea profesor de instituto. Encargado de una ferretería. Capataz de una fábrica de cartonajes. Será buen bailarín. Llevará el pelo perfectamente cortado. Se reirá de tus chistes.

Una semana, un mes, un año. Siéntete descubierta, consolada, necesitada, amada, y empieza, a veces, en cierto modo, a sentirte aburrida. Cuando estés triste o confusa, date un paseo por el centro, ve al cine. Compra palomitas. Esas cosas vienen y se van. Una semana, un mes, un año.

Intenta organizarte de una manera menos restrictiva. Observa cómo farfullan tus intentos y se deshinchán como globos. Te pedirá que te vayas a vivir con él. Hazlo con titubeos, con ambivalencia. Aclara: Los alquileres están altos, nada a largo plazo, amor y todo eso, cielo, pero somos libres. Expón las reglas con mucha elocuencia. Insiste en la apertura, no en la exclusividad. Haz sitio en su armario ropero, pero no cambies los muebles de sitio.

Y, sin embargo, de cuando en cuando lo mirarás a la cara o a las manos y no querrás nada más que a él. Sentirás oleadas pasajeras de dependencia, de devoción y de sentimentalismo. Una semana, un mes, un año, y se ha convertido en parte de la familia. Digamos que tu verdadera madre es bruja. Tu padre, hechicero. Tus hermanos, jorobados gemelos de Notre-Dame. Todos viven juntos en una cueva, en alguna parte.

Su nombre significa salvador. Se acurruca en tus brazos como Ozzie y Harriet, como toda la genealogía de los Nelson. Él es cuartos de estar y pavo y repisas de chimenea y Vicks; un mordisquito en la clavícula y te hundes lenta y melosa en esos brazos como un hogar, en esos cuartos de estar, hola, Mary Lou.

Digamos que trabajas en una oficina pero que tienes planes más ambiciosos. Quiere ir contigo. Quiere ser lo mismo que tú. Pongamos que aspiras a ser arquitecta. Dramaturga. Pintora. Te enseña sus bocetos. Son espantosos. ¿Qué te parecen?

Pon algo de jazz. Quítate la ropa. Con cuidado. Es un arte. Se quedará tumbado desnudo en el suelo, mirando, con los brazos cruzados detrás

de la cabeza. Camisa: los golpes de la escobilla sobre el tambor, regulares. Falda: el habla inconexa de las teclas del piano, que oscilan despacio, divagan. Bailad juntos a oscuras, aunque aún sea de día.

Ve a una boda. Parientes suyos. Todos compararán pérdidas y ganancias de peso. Se dirá que las primas solteras han engordado vergonzosamente. Su madre será contable o técnica dental. Él te presentará como su chica. Procura no protestar. Habrán oído hablar mucho de ti. Sus tíos se lo llevarán aparte y le preguntarán: «¿A qué esperas, muchacho?». Incómoda, en todas partes mujeres de rígido tafetán azul te echarán miradas de lástima, después apartarán la vista rápidamente. Todos bailarán la polca. Alguien enseñará un billete de cincuenta para bailar con la novia, y ella se remangará el vestido y enseñará a su vez: unas piernas recién afeitadas y una sonrisa ancha como un barril que han sacado rodando. Observa todo aquello de lo que te estás librando. Creía que vosotros dos estaríais haciendo lo mismo a estas alturas, vuelve a oír. Sonríe. Encógete de hombros. Escurre el bulto y ve por más ensalada de patata.

Te ataca con más insistencia. Una inquietud. Un virus de insatisfacción. Cuando te cruces con otros hombres por la calle, sonríe y míralos fijamente a los ojos, fijamente a la hebilla del cinturón.

• • •

De alguna forma (en un restaurante o en una tienda), conocerás a un actor. De Vassar o de Yale. Sabe citar a la madre de Coriolano. Un punto a su favor. Acuéstate con él una vez y vuelve a casa a las cinco de la madrugada, en un taxi, llorando. O bien no te acuestes con él. Despídelo con un beso en Union Square y huye a todo correr.

De nuevo en casa, días más tarde, siéntete quisquillosa y cansada. Siéntate en el sofá y dile que es imbécil. Que apuestas a que no sabe quién es Coriolano. Que desde que te has ido a vivir con él, has notado que no suele leer. Te echará una mirada dolida, de sed de cultura, con sus ojos de James Cagney. Intentará besarte. Aparta la cabeza. Siéntete ahogada.

Cuando se suba a la colcha, desnudo y caliente para ti, descarga tu irritación en ráfagas breves y entrecortadas. Enséñale tu libro. Tus aspirinas. Tu reloj en la mesilla, que marca las 12.45. Se dejará caer otra vez en su lado de la cama, exasperado. Puede que diga algo así como: «Dios, ¿qué pasa?». O quizá no lo haga. Si está demasiado tiempo metido en el baño, no le preguntes nada.

La cuestión más delicada será siempre ésta: ansia tener una familia, un nido ordenado de cuencos humanos; quiere ser padre de tus hijos. En la calle, les da palmaditas en la cabeza. En el supermercado, se reúnen a su alrededor junto a los productos. Forman un racimo apiñado de mejillas, sonrisas y esperanzas. Parecen uvas. Será todo para ti, nena; tambaléate, inclínate sobre los congelados. Se te escapará de los labios

un suspiro inconsciente, como si fuera gas. Te empezará a hablar de una cámara de vídeo y de enciclopedias infantiles, en las tiendas cogerá un zapato de la talla uno e indicará con un agudo silbido de asombro lo maravillado que está. Evita ir de compras con él.

Tendrá un sobrino llamado Bradley Bob. O quizá una sobrina llamada Emily que siempre va vestida de rosa y huele a leche, a polvos de talco y a pañales sucios, aunque ya tiene tres años. En las visitas, correteará y berreará. Se le agarrará a la pierna izquierda como si fuera un tronco y no la soltará. Lo llamará tío. Él sabrá hacer trucos de magia: le sacará monedas de diez centavos de la nariz, monedas de veinticinco centavos de las orejas. La niña soltará chillidos de gozo, agitará las manos ante sí. Cuando le haya soltado la pierna, la levantará, la llevará en brazos como si fuera un trofeo. Es el mejor tío de la ciudad.

Piensa en marcharte. En llenar una bolsa de viaje y deslizarte, salir por la puerta.

Pero ahí fuera hace calor. Y sequedad. Y en cierto modo él te parece bien, como Robert Goulet en traje de baño.

No, no sería en verano.

• • •

Refúgiate en los libros. Cuando te pregunte qué lees, enséñale el libro sin hacer comentarios. Al día siguiente, echa una mirada hacia la silla marrón y lo verás a él leyéndolo también. Un ejemplar que ha sacado de la biblioteca esa misma mañana. Tiene siete días. Se asomará por encima del libro y te guiñará un ojo, diciéndote: Te he ganado.

Aparentará estar escuchando la emisora de música clásica, te echará una rápida mirada para recibir tu aprobación.

En el cine masticará ruidosamente galletas Necco y se quejará de la cabeza que tiene delante.

Te preguntará qué significa «petulante».

Te preguntará quién es Coriolano.

Tal vez quiera enterarse de dónde se encuentra Cerdeña.

¿Qué es un «croissant»?

Empieza a planear tu huida. Imagina posibilidades educadas. No son más que posibilidades.

• • •

Una semana, un mes, un año: dile que has cambiado. Ya no te gusta la misma música, no comes la misma comida. Vistes de manera diferente. Los dos sois incompatibles. Cuando te dice que él también está cambiando, que le encantan tus discos, tus infusiones, tu falafel, tus zapatos, dile: Lo ves, ése es el problema. Procura desconcertar.

Da vueltas por la cocina y di que no eres feliz.

Pero yo te quiero, dirá con voz suave, perpleja, removiendo la salsa de los espaguetis pero sin lograr removerte a ti, mirando fijamente la cazuela como si esperara que fuera a salir algo de ella, un pez mágico que dijera: Eso siempre es suficiente, ¿por qué no ha de ser siempre suficiente?

No recordarás quién fue el que dijo que no te fíes nunca de un pensamiento que no se te haya ocurrido mientras caminas. Pero aférrate a ello. Los apartamentos pueden encogerse como charcas que se secan. Jadearás. Di: Voy a dar un paseo. Cuando te siga hasta la puerta, zumbando a tu lado como una mosca junto a una mujer ensangrentada, añade: Sola. Parecerá sorprendido y dolido, y lo odiarás. Pega un portazo, sal, baja, corre, hará más frío del que pensabas, pero cerca habrá un bar lleno de humo, oscuro, pringoso de cócteles de limón derramados. El camarero se llamará Rusty o Max y te conocerá. En una llamativa máquina tocadiscos sonará Jimmy Webb a todo trapo. A tu izquierda, un hombre calvo, de camisa morada, intentará que te fijas en él; moverá los labios, cantará borracho. A tu derecha alguien sorberá al ritmo de la música. Presta atención a tu vaso. Espera tras tu cabellera. El hielo verde, dulce, fluirá hacia abajo. Fluirá, nena, como el Mississippi.

Después vendrán los disgustos de salud. Los riñones. Meará sangre. Di que no te lo crees. Cuando te lo enseñe, más tarde, será oscura, del color de lo que gotea de la carne. Un puño enorme, invisible, te pasará como un torpedo por las tripas, por la cara, por el corazón, que te palpita con fuerza.

No es el momento de marcharse.

Habrá visitas al médico, opiniones diversas. No hay nada concluyente, sólo una serie interminable de análisis. En la nevera, entre los huevos y la mantequilla de cacahuete, guardará muestras de orina en tarros. Algunas estarán en frascos de aliño para ensalada. Serán de distintos colores: unos verdes, otros morados, otros marrones. Pregunta cuál es el verdadero aliño para ensalada. Él te lo señalará y sonreirá impotente. Devuélvele la sonrisa. Se echará a reír y tú también. Dóblate de risa. Carcajéate. Desternillaos en el suelo hasta que ya no podáis más. Hunde la cara en el hueco de su cuello. No podrás hacer nada más. Esa noche, quedaos tendidos el uno junto al otro en silencio, rígidos, de color blanco plateado en la cama. Quedaos estirados, como agujas de coser.

Seguid de médico en médico. Esperad los informes. Mira tu reloj. Si pudieras dejarlo... Mira tu calendario. No sería en otoño.

Nunca hay nada definitivo, sólo una serie interminable de análisis.

Una vez por semana te sentirás de nuevo enamorada de él. Dale un masaje en la parte baja de la espalda cuando le duela. Apoya en él la mejilla, sintiéndolo, escuchándole los riñones. Quédate así toda la noche, sin llegar a quedarte dormida del todo, sin llegar a desear quedarte dormida.

Se te ocurrirá la idea de que estás esperando a que se muera.

Conocerás a otro actor. O puede que sea el mismo. Empieza a tener una aventura. Empieza a mentir. Cena con él y con su madre con cuello de Modigliani. Ella fumará puros, jugará con la *fondue*, debatirá la falacia del instinto maternal femenino. Después los tres os emborracharéis.

• • •

Nunca hay nada definitivo, sólo una serie interminable de análisis.

¿Y acaso podrías dejarlo saltando alegremente por la nieve?

Fantasearás sobre un funeral. Entonces podrías llorar. Sería un estudio de excesos posrománticos, vagamente wagneriano. Te consolarían sus lúgubres hermanas y su madre técnica dental. En el cementerio, las cuatro os arrojaríais al borde de su tumba, gemiríais y sollozaríais como viejas israelíes. Tú, en concreto, gritarías, te remangarías, desnudando las muñecas, amenazarías al cielo con los puños, echarías espuma por la boca. No habría vergüenza ni dignidad. Cogerías inmediatamente un avión a Acapulco y rondarías por los casinos, borracha y maloliente, hasta las tres de la madrugada.

Después de las cenas con el actor, vuelve silenciosa a tu casa. Al acercarte a la puerta se te revolverá el estómago, darás pasos más cortos. Los vecinos pondrán música que te recuerda a tu infancia, una ópera que trata de una señora guapa que era mala y le cortó el pelo a un hombre mientras dormía. Recuerdas, recuerdas que tu abuelo la tocaba con una especie de furia, la cara chapada con la rectitud del Antiguo Testamento, los violines que se calientan, el escenario que se descubre cuando ya estás delante de la puerta. Ray empañó mis diez vestidos; la canción suena como una cascada. Dolly-la, Dolly-la: es el lamento, el buen y penúltimo solo de un condenado.

Entra de puntillas. Dará igual. Estará sentado en la cama con expresión vacía. Bésalo, engatúsalo. Hazle el amor como nunca. A las cuatro de la mañana seguirás despierta, mirando al techo. Te horrorizarás a ti misma.

Se instalarán en casa las ideas de marcharte, acamparán en el cuarto de estar; tendrán ojos como roedores y te mirarán desde debajo del sofá, a oscuras, desde debajo de la pila, cuentas de vidrio luminosas dispuestas en parejas. Las plantas darán muestras de haber tomado partido. Algunas te arrojarán tallos como brazos airados. Parecerá que graznan como cuervos. Otras simplemente se quedarán mustias.

Cuando salgas, déjale el fregadero lleno de platos sucios. Los secará despacio con papel de cocina, con la piel roja, escaldada, bajo el vello mojado, pegado a sus antebrazos. Estarás tentada de decirle que los deje o que use el paño que hay en el cajón. Pero no lo harás. Te pondrás el abrigo y te marcharás apresuradamente.

Cuando vuelvas, te encontrarás la luz del baño encendida. Verás blusas tuyas que te ha lavado a mano. Estarán colgadas perfectamente, separadas por un centímetro, goteando, regañándote desde la barra de la cortina de la ducha. Estarán abotonadas con sus ojos de Cagney, levemente velados, ese brillo triste y apagado.

Deslízate en silencio bajo las sábanas; cógele la mano dormida.

Nunca hay nada concluyente.

En el trabajo estarás llorosa y distraída. Irás por el pasillo arrastrando los pies como una legumbre con patas. La gente lo notará.

Las pesadillas tienen sus temporadas, igual que los huracanes. Estate preparada. Soñarás que alguien te sigue por la ciudad con un estuche de violín. Se te acercan niños pequeños con sonrisas forzadas y granadas de mano. Puedes despertarte bruscamente con un espasmo, buscarlo a tientas y descubrir que no está allí sino perdido en su propio sueño, sonámbulo, que vaga por el apartamento como un viejo, balbuciendo una jerigonza, chocándose con las mesas y las lámparas, envuelto torpemente a modo de toga en una manta que ha arrancado de la cama. Levántate. Ve hasta él. Tócalo. Al principio te mirará con los ojos muy abiertos, sin verte. Rodéale la cintura con los brazos. Se despertará, se quedará boquiabierto y llorará en tu pelo. Sabrá dónde está al cabo de un minuto.

• • •

Soñarás con arco iris, con fugas, con brujos. Tu pasado volará por delante de ti, suceso a suceso, como el pueblo de Dorothy arrastrado por el tornado por delante de la ventana arrancada. Aerotransportados. Uno a uno. Salúdalos, despídelos con la mano. Practica.

Empieza a llamar a tu trabajo diciendo que estás enferma. Asegúrate de hacerlo cuando él ya haya salido. Siéntate en una mecedora. Recorre el apartamento con la vista. Será media mañana y estará inundado de una quietud de luz de sol. Rara vez lo ves así. Parecerá extrañamente desierto, premonitorio. En el alféizar de la ventana habrá melocotones

encogidos, pequeños como botones. Una mosca chocará estúpidamente con los cristales. La cama estará abierta, desvelada, como algo que supura; las arrugas de las sábanas marcarán el tiempo, marcarán el territorio igual que los capilares de un mapa. Mécete. Calla. Respira.

La noche que por fin se lo dices, llévalo a cenar. Tradúcele el menú, que está en francés. Cuando estéis en casa, acostados juntos, dile que te vas a marchar. Parecerá aterrorizado pero no sorprendido. Quizá te diga: Mira, no me importa con quién te estés viendo ni nada de eso, pero ¿cuál es el motivo?

No intentes cruzar palabras. Dile que ya no lo quieres. Lo hará llorar, arroyos tortuosos que le llegarán hasta los oídos. Empezarás a sentirte asqueada. Te dirá algo así como: Bueno, unas veces se pierde y otras veces también. Se supone que tienes que reírte. Espira. Suénate la nariz. Apaga la luz. Ten sentido del humor, te susurrará en la oscuridad. Ten corazón.

Prepárale el desayuno. Te preguntará adónde vas a ir. Responde: Con el actor. O: Con los jorobados. No se comerá lo que le has preparado. Lo mirará con rabia, dará vueltas a la comida en el plato con un tenedor y después lo arrojará contra la pared.

Cuando subas por la Tercera Avenida hacia el IRT, ve deprisa. Llevarás una bolsa llena. Dará la impresión de que la gente sabe lo que has hecho, adónde vas. Tendrán sus ojos, el mismo par que él, y pasan por la calle de cara en cara, como secretos, como los gemelos en la ópera.

Así es como estás.

Corriendo escaleras abajo para sumergirte en el río humeante del metro.

Incapaz de echar una mirada a un pordiosero.

No volverás a verlo nunca. O quizá estés sentada un día de abril en Central Park, comiéndote el almuerzo, y él pase rodando sobre unos patines en línea. Lo saludarás con un gesto de la mano y la boca llena de sándwich. Asentirá con la cabeza pero no se detendrá.

Habrá una serie interminable de análisis.

• • •

Una semana, un mes, un año. La tristeza morirá como un perro viejo. No sentirás nada más que indiferencia. El lamento perezoso de una armónica de vaquero, quejumbroso, cansado, se perderá lento entre las colinas, como una canción de Hank Williams. Un final de esos.

Irme de esta manera

Si un elefante tiene un percance y muere en un espacio abierto, la manada no lo deja allí...

Las vidas de la célula , LEWIS THOMAS

Ya he escrito antes. Tres libros para niños: *William*, *William sale de excursión*, *William vuelve* . Puede que te suenen. En el primero, William tiene un pato y le construye una casa con timbre en la puerta. En el segundo, William va al Bosque Silvestre y lo pasa bien. En el tercero, William se encuentra un ñu en el armario de la habitación. Se la desordena. La vida es dura para todos.

Tenía planes para escribir un cuarto libro, pero al final no sabía qué debía hacer William. De manera que, en lugar de ello, estoy escribiendo acerca del suicidio racional (no es ninguna contradicción). Evito todas las contradicciones y contrasentidos, todo lo que sea a rayas y a cuadros a la vez. Escribo como purista, como amante de la leche desnatada, como mujer que sabe qué muebles quedan bien juntos en el cuarto de estar. Hace un mes me dijeron que tengo cáncer. No era del tipo limpio, limitado, que me podría haber esperado, bien suspendido en el pecho, con sus pequeñas y resbaladizas circunvoluciones, retorcido tortuosamente sobre sí mismo, endurecido, marchito hasta convertirse en una nuez diminuta, extraíble. Ni siquiera dos. Se había extendido por mi cuerpo como un huésped torpe que se presenta sin que lo inviten, obeso, que come demasiado, que sigue encontrando habitaciones y ocupándolas. Probé la terapia durante tres semanas, me puse pañuelos, escondí los cepillos. Subía el volumen del equipo de música cuando corría al baño a vomitar. Blaine sólo oyó mis náuseas con fondo de Mozart dos veces. ¿Estás bien, mamá? Su voz tenía su propia forma de abrirse camino a través de la puerta, como una melodía leve, perdida, que se había extraviado y había acabado en una habitación llena de fontanería y de carne en descomposición, retozando inocentemente con el aerosol de falsa lila y el hedor miserable de la bilis y la comida sin digerir. Bien, cariño, estoy bien. Estoy bien, maldita sea.

El doctor Torbein dijo que muchas mujeres están así varios meses y mejoran. Que viven muchos años más. Salen a hacer las compras de Navidad, celebran los cumpleaños con tartas, todos esos placeres sencillos, seguro que le gustaría, ¿verdad, Elizabeth?

No soy una niña flacucha con tarjeta de crédito, respondí. No esperará sinceramente que me guste esto. Y, por favor, no me llame Elizabeth.

Se quedó consternado, vagamente molesto. Vaya, vaya, cosas desagradables dichas con libertad. No tenía preparada una respuesta

para estos casos. Se quitó las gafas, no, quizá habría que llamarlas anteojos, y me miró por encima de su carpeta con la mirada que se echa a un niño díscolo que se va a quedar sin helado. Esto no va a ser fácil, me aseguró. (Te quedas sin nueces de arce.) Pero hay mujeres que han sobrevivido a daños mucho mayores de los que ha sufrido usted, con posibilidades mucho menores, a dolores mucho peores que éste.

Bueno, hay que ver, exclamé con alegría. Bravo por ellas.

Basta, Elizabeth, me riñó. Empezó a levantar un dedo, pero cambió de opinión. Haga así, dijo en cambio, y me indicó que levantara el brazo sobre la cabeza todo lo que pudiera, para poder examinarme los tejidos, palpar por si había más bultos o algo así. Se puso a silbar *Clementina*.

¡Ay! Chillé. Dejé de silbar.

Lo siento mucho, murmuró, intentando hurgar con más delicadeza.

Intento no mirarme el pecho. Está asolado, apisonado, roturado por las vías de tren y los aparcamientos de la Vía Quirúrgica. Sé que hay ausencias, como si los huecos fueran las huellas subrepticias de la cuchara de un niño en el postre de mañana por la noche. El sitio donde, cuando tenía cinco años, creía que se alojaba mi alma ya no existe.

No llevaba sujetador con relleno desde primero de secundaria, le dije con una sonrisa al médico, con el futuro extendiéndose ante mí, un cementerio de Van Ruisdael. Gracias a Dios que ya no tengo que ir a clase de gimnasia, ¿me entiende, doctor?

Joanie, Joanie, amiga mía con pies de pato, ¿por qué pongo tan incómodo al doctor Torbein, no crees que ya debería estar acostumbrado a estas cosas?, debe de verlas constantemente, aunque no las vea todas constantemente, ¿me entiendes? (Joanie sonrío y se mira mucho los pies.) O sea, lleva las gafas tan abajo, por aquí, mira, que tiene que recogerse dos de sus papadas en las profundidades del cuello para leer la carpeta, que parece que le sale de las tripas como un extrarradio visceral y, a no ser que estemos hablando del nivel de hierro de la sangre, lo pasa fatal con la ironía y tiene tics, así, mira. (Humor horrible, débil.)

Joanie gime y levanta los ojos al cielo como Howdy Doody. Jesúsmaríayosé, Liz, suspira. (Eso sólo lo pueden decir los católicos.) Te estás poniendo tonta de verdad.

Hasta el ingenio se deteriora, digo, mientras a mis ojos se les agota el brillo rápidamente.

Me he decidido por el Día de la toma de la Bastilla. Es una elección simbólica y práctica. Elliott tendrá tiempo suficiente antes de empezar a dar clases otra vez en otoño. Blaine no irá este año de colonias y podrá pasar algún tiempo en el campo con los padres de Elliott. Como estoy

segura de que hará un calor insoportable, les pediré que todos lleven ropa clara. Ni ropa negra, ni corbatas, ni sombreros, ni abrigos. Los muertos son crueles cuando imponen esos sufrimientos en julio. Serán de rigor los zapatos de puntera abierta y los parasoles. (Ídem: los colores pastel, los tejidos indios, las petacas y los botellines de whisky, la cocaína.) No hará falta decírselo dos veces. Están ilustrados. Ya han visto marcharse a otros de esta manera. Leen los periódicos, ven las películas, ven los reportajes de la televisión. Saben cómo se hace. Saben para qué se hace. Es existencial. Es hemingwayano. Es familiar. Saben lo que tienen que hacer.

Cuando le hablé a Elliott de mi suicidio estábamos en la cocina chinchándonos el uno al otro por la grasa del horno. Es curioso, había pensado decírselo de modo algo diferente. Hace semanas que nadie limpia este jodido depósito de mierda, Elliott, tengo que decirte una cosa. No fui precisamente Edna Millay.

Me he acostado. En la cama. Tantas noches. Pensando qué pasaría cuando se lo dijera. Y haciendo planes, rumiando, recordando cómo se amaban nuestros cuerpos, se tocaban, bailaban el vals. Ahora mi cuerpo está en el rincón del gimnasio junto a las líneas de fondo y con papel crep de relleno y nadie lo invita a bailar. Amigo marchito, vencido, derrotado. Lo acuno, lo sujeto en brazos como a un niño enfermo; mi cuerpo y yo, solos, lloramos por las partes que faltan. No discuto nunca la falta de ganas de Elliott de tener relaciones sexuales conmigo. No es el mismo cuerpo para él, con su concepción sencilla, infantil, de lo físico. No importa, le digo yo, pero miro la curva de sus huesos, la piel pecosa de su espalda, todavía algo desenfrenadamente mágico, algo precioso. Siempre creo que es el primero que se queda dormido por la noche, pero muchas veces, al despertarme por la mañana, me he encontrado el frasco de crema de manos en el suelo, junto a su lado de la cama, de modo que sé que no siempre es así. Es como un canto grosero a mi estupidez, a ese espacio que se ha abierto entre nosotros. (Ay, Elliott, lo siento mucho.) A veces vuelvo a dejar la crema en el cuarto de baño para descubrirla otra vez junto a la cama a la mañana siguiente. No lo oigo nunca. (Elliott, ¿no puedo hacer nada? ¿Nada?)

Se quedó un poco pálido allí de pie, junto al horno. Me cogió la mano, me la besó, la sujetó entre las suyas, le dio unas palmaditas. Vamos a pensarlo un día o dos o el tiempo que sea. Después lo discutiremos más a fondo.

Después lo discutiremos más a fondo, repetí yo.

Sí, dijo él.

Sí, dije yo.

Pero no lo hablamos. La verdad es que no. Ah, fue entrando a trozos en algunos diálogos subsiguientes, como un cadáver que han arrojado al mar y que el agua lleva a la costa días más tarde, un zapato por aquí, un

dedo por allá, un esternón lleno de algas que golpea la arena movido por las olas. Pero no lo discutimos nunca de verdad, nunca de verdad. En lugar de ello, surgieron del mar de la noche, como en una película de ciencia ficción, alusiones, indicaciones, pistas, silenciosas pero palpables: se movían, negras y lentas, y se distribuían por el apartamento como plantas domésticas precoces que respiraban, como carroñeros.

• • •

Anoche oí a Elliott. Él creía que yo estaba dormida, pero vi sus movimientos bajo las sábanas y la caída de su tensa mandíbula. Pensé en Ivan Ilich, que, cuando se estaba muriendo, dejó a su mujer gorda en el dormitorio principal (¿con los trastos?) para dormir solo en un cuarto pequeño, junto al estudio.

Oscuridad. El cielo del final de la primavera se ha vaciado de una manera extraña. La luna se pasea por el callejón como la tía olvidada de alguien.

He invitado a nuestros amigos más íntimos a venir esta noche, los he sentado en el cuarto de estar y les he dicho que quería morir, que he calculado cuánto Seconal hace falta. Son gente tranquila, intelectual. No se quedan boquiabiertos ni murmuran entre ellos. Les digo que he elegido el suicidio como alternativa más racional y humana a mi cáncer, un acto no tanto de sacrificio como de belleza, de misericordia. Quería su apoyo.

Es evidente que lo has pensado bien, dice Myrna, la poetisa a la que he querido desde la infancia por la aspereza asmática, de arpillera, de su voz, que toma decisiones para toda una vida con la rapidez con que otros piden lo que quieren en la tienda de comida preparada. Es capaz de despedir a amantes, elegir telas para la tapicería, firmar en las líneas de puntos y tomar un avión para Olbian más deprisa que nadie que yo conozca. Es la determinación con un filo duro de obsidiana. Aquí estamos tratando, continúa, con una mente tan decidida como una cama hecha, como dice Williams. Tienes nuestro amor y nuestro apoyo, Liz.

Los miro e intento poner una sonrisa de agradecimiento, pues parece que Myrna habla en nombre de todos aun sin haber consultado con ellos. Es un milagro, esta mujer. Parece que no hay desacuerdo.

Digo: Bueno..., y tomo un trago de whisky y pienso en mi cama del cuarto de al lado, estrangulada entre el revoltijo de sábanas y mantas con los bordes que arrastran por el suelo. No tengo miedo a la muerte, decido añadir. Tengo miedo a las consecuencias que, si sigo así, tendrá esto para mí, para mi hija y para mi marido.

Elliott, situado junto a mí en el sofá, se mira los dedos, que, unidos por las puntas, forman una especie de campanario.

Voy cogiendo ritmo. Les digo que el cáncer está envenenando al menos tres vidas y que me niego a ser su cómplice. Les explico que no se trata de un acto de locura. La mayoría de ellos saben desde hace mucho tiempo que creo que el suicidio inteligente es preferible casi siempre a la estúpida lentitud de una muerte indigna.

Hay silencio, grandioso como Versalles. Parece respetuoso.

Shennan, princesa algonquina de trenzas negras y ojos tristes, se pone de pie y dice con la voz inexpresiva, de oratorio, de alumna de sexto que lee un trabajo sobre un libro: Creo que puedo hablar en nombre de Liz si digo que el suicidio puede ser, suele ser, la afirmación más definitiva que puede hacer una persona sobre su propia vida, es decir que tu vida es tuya y que no estás dispuesta a consentir que se marchite como algo olvidado en un cajón de la nevera. Así como la vida de Liz es suya para que haga con ella lo que quiera, también es suya su muerte. Desde que Liz y yo nos conocemos, creo que las dos hemos comprendido que ella probablemente acabaría suicidándose. No es una fantasía incoherente. Es una visión que tenía Liz desde antiguo, una manera de recibir la propia muerte cara a cara, con madurez. Es una afirmación de la vida, del propio yo.

(Ah, sí, Shennan querida, pero ¿acaso no dije yo siempre que sería mejor a los setenta y uno que a los cuarenta y dos?, enamorada como estoy de los números primos, esos curiosos demonios virginales, y siempre podrían decir, ah, sí, se murió en lo mejor de la vida —incluso a los setenta y uno—, Dios santo, me estoy poniendo fatal, Joanie, ¿qué te había dicho, nena?)

Shennan concluye diciendo que es la culminación de una filosofía vital, el triunfo del artista sobre el mundo físico, mortal.

Puede que sea el acto más creativo que haya realizado nunca Liz, añade mi marido. Quiero decir que podría considerarse de ese modo.

Traga saliva con cierta dificultad, su maravillosa nuez se le desliza garganta arriba y garganta abajo, un pequeño ascensor de carne. Pienso en las cervezas tibias, los libros sin terminar, las rebecas sin botones y los abortos del piso de arriba. Me pregunto si podría tener razón.

Creo que lo que está haciendo por mí es hermoso, añade Elliott como nueva declaración. Me aprieta el hombro. Busco lágrimas en sus ojos y creo que detecto el borde brillante de una, como una lentilla.

Bueno, digo.

A continuación nos levantamos todos y lloramos y comemos queso brie y galletitas de trigo. Joanie se acerca a mí con su marido, William. Hasta ahora nadie ha dicho nada de Dios.

Tengo miedo por ti, Liz. Está llorando. La abrazo. ¿Por qué no me lo habías dicho antes?, murmura. Ay, Liz, tengo miedo de que vayas al infierno. ¿Qué vas a hacer?

William no se anda con tonterías: Es una chorrada, Liz. El suicidio estético no existe. Después no serás capaz de contemplarlo y decir, caramba, qué bien me ha quedado. Saldrás en el *Post*, Liz, no te exhibirán en el Whitney. Esto huele a uno de esos perversos y criptocatólicos martirios tuyos. Es un engaño. Es un juego de poder.

(Soy capaz de carraspear más fuerte que nadie que conozca.)

Agradezco tu sinceridad, William.

¿Sabes?, sigue diciendo, una habitación llena de gente parece bonito, pero huele a chamusquina. Por debajo hay algo que no encaja.

Joanie, la estrella de la catequesis: Te queremos, Liz. Dios te quiere, por favor...

Si no podéis ayudarme a hacerlo, la interrumpo, lo comprenderé.

¿Ayudarte a hacerlo?, dicen a coro, horrorizados. Se marchan temprano, olvidándose los paraguas. La habitación da vueltas.

Frank Scherman Franck se tira del tupé, toma un trago de licor de cerezas. El tupé le vuelve a subir, vagamente obsceno. Eres una maravilla, Liz, dice con un arrullo. Lo que haces es una cosa valiente e impresionante. Nunca pensé que lo llevarías adelante, pero aquí estás.

(Licor de cerezas, pelo encerezado.) ¿Crees en Dios, Frank Scherman Franck?, le pregunto.

Bueno, es una larga historia, empieza a contar. Tenemos una especie de acuerdo mutuo: yo no creo en él y él no cree en mí. Así nadie se hace daño.

Yo todavía creo en Dios a veces, Frank Scherman Franck, admito, pero después la creencia se me va volando como un niño en un columpio, adelante y atrás, adelante y atrás, aunque en realidad esto no lo diga. (Tupé, tu pelo.) Advierto que William ha vuelto por su paraguas. Detiene a Elliott en el vestíbulo, le dice algo urgente, algo rojo. Oigo la respuesta de Elliott: Si yo viera o sintiera alguna ambigüedad, lo haría, William, pero no hay ninguna ambigüedad. Está segura. Es fuerte. Sabe lo que hace. Tengo que creer en ella.

Perdona, le digo a Frank mientras salgo corriendo a esconderme provisionalmente en el cuarto de baño. Cierro la puerta detrás de mí y entierro la cara en el albornoz de Elliott, que cuelga de la percha como un animal parecido a una oveja. Abrazo. Agarro. Aprieto. Lloro. Podría

perderme en él, en este enorme país blanco de rizo, su territorio contra mi cara, inseparable de los olores familiares y jabonosos de Elliott que me llenan, que me dan vueltas por la cabeza. Me vuelvo y me hundo apoyada en la puerta, apoyada en el albornoz. No miro el espejo. Este lugar es un mausoleo de pastillas, azulejos y luces fluorescentes que se encienden y se apagan tan deprisa que te crees que están encendidas todo el tiempo, qué demonios tan astutos. Pero somos más listos, ¿no es así? Éste es el lugar que corresponde a los muertos, y los moribundos corresponden a los muertos, que no corresponden a nadie. Esto no debía marchar así. Me estoy emborrachando. Creo que debíamos habernos quedado sentados con un aire más bien cortés, incluso rígido quizá, discutir este asunto, fríos como el té helado, una tertulia de pintores y poetas como en los salones de París, como en la televisión, y todos estaríamos de acuerdo (mi razonamiento sería impecable) en que mi vida, en último extremo, abarcaba también mi muerte, y que tenía el derecho tanto legal como humano a tomar cualquier medida que decidiera mi libre albedrío, tarará tarará, y me calificarían de genio y no me robarían las frases mejores y llorarían lo justo que podría llorar cualquiera por ser el Día de la toma de la Bastilla y nadie diría nada de Dios, joder, ni del infierno, y cuando saliera del baño no vería a Shennan echando el ojo al culo de Elliott mientras están solos en la cocina, la una cortando queso, el otro poniendo galletas saladas, ni tendría que sufrir la estupidez afásica de los que tienen el don de la palabra (y que por tanto no tienen perdón) y que, cuando se les ofrece el collar de topacios de una mujer moribunda, no saben qué decir (y Myrna, ésta no es Myrna, Myrna es una poetisa que va en avión a Olbia, despide a amantes, esculpe con palabras, sus poemas son como los mejores diamantes de los mejores Fabergés del mejor zar, no vacila, derrotada por el topacio). No me gusta ver a Myrna buscar palabras; no lo hace bien.

Soy algo putrefacto. Me pregunto si huelo, si me descompongo por dentro como la fruta a pesar de seguir siendo capaz de caminar entre ellos como los muertos entre los vivos, como Cristo, durante cierto tiempo, sólo durante cierto tiempo, hasta que las cosas empiecen a notarse, hasta que las cosas se pongan incómodas. Vuelvo al cuarto de estar, sonrío débilmente, me quedo de pie entre mis amigos. Soy algo incorrecto: un pelo en el requesón. Algo grosero: un pedo en el ascensor.

Ponte así; mi marido me empuja la cabeza para colocármela entre las piernas.

Uf, qué noche, digo yo, uh.

Chissst. Calla. Así sube más oxígeno a la corteza cerebral. Sabes que no debes beber de esa manera.

Inspiro cuatro veces con el dramatismo del primer anfibio. ¿Qué tal lo estoy haciendo de momento?

Ha salido el sol, me deprime como la sonrisa boba de una animadora deportiva. Tengo la cara del blanco azulado de los elefantes blancos.

Suena el teléfono.

Es Olga, sus discretos pómulos esclavos, pálidos y tranquilizadores incluso por cable, su voz en un inglés sibilante estudiado, afectado, como si hubiera visto demasiadas películas de Joan Fontaine de madrugada. Dice que lamenta no haberme hablado demasiado anoche. Se había quedado un poco desconcertada, tanto por mi anuncio como por la reacción de los demás. Dice que era como si ellos ya lo supieran de antemano y no tuvieran para mí más que afirmaciones preparadas clínicamente, convencidos como siempre de la solidez mental de Liz.

Bueno, los disidentes se marcharon temprano, digo, y se dejaron el paraguas.

Yo también disiento, dice despacio, como Jane Eyre. ¿Es que los demás no saben lo que puedes ofrecer aún, en lo que se refiere a tus relatos, en lo que se refiere a tu hija?

Olga, me repele que la gente me coloque las almohadas.

Olga se está poniendo descarada: Puede que haya llegado el momento de que aprendas a necesitar de la gente, Liz. Y a tener paciencia. Todavía no te has ganado la muerte. Quieres tener el orgasmo sin los juegos preliminares.

Mira, Olga, en estos momentos me conformaría con lo que me echaran. No te pongas demasiado sexual conmigo, ¿vale, cariño? (Siento que empiezo a ponerme ruin, con tono de envidia.)

Por favor, Liz. Estoy intentando decirte lo que te podría haber dicho tu hermana. Lo que quiero decir es que no consentiría que lo de anoche quedara así, con Shennan allí de pie como una sacerdotisa india que celebra la muerte con un engañoso aire filosófico, y Myrna... Bueno, Myrna es Myrna.

(Y a veces no, pienso. Dios, no estoy de humor para esto. Olga, querida, vuelve con los tuyos.)

Te aprecio mucho, Liz, sigue diciendo. (Oh, Rochester, llévatela, joder.) Es que... es como si tu muerte y tú os miraseis a la cara como dos solitarios en un bar de solteros, que apenas se han hablado. No os habéis besado ni tocado en realidad, pero estáis dispuestos a meteros en la cama juntos.

(Sexo otra vez. Menuda Jane Eyre.)

En serio, Olga. Tanto erotismo en domingo... ¿Es que ha vuelto Richard a dar clases de piano gratis, o algo así? (Soy cruel; un maestro de escuela con palmeta y taburete.) De verdad, tengo que ir a ver por qué grita Blaine, está abajo y lleva un rato llamándome. Puede que sea por una de sus tortugas o algo.

Mira, Liz. No quiero dejarlo así. Vayamos a almorzar un día.

(Planeamos vernos para planear algo.)

Pienso en lo que debería hacer William.

Elliott y yo tenemos un abono semanal para la Filarmónica. Este viernes estoy en la cama, no me siento con fuerzas.

Ve tú, le digo. Llévate a Blaine. Llévate a Shennan.

Liz, contesta él despacio, una reprensión leve. Se sienta en el borde de la cama, trajeado; huele a jabón danés, y pienso en la mujer de Ivan Ilich, que se iba al teatro mientras a su marido le flotaban los riñones por los ojos como cataratas y el criado le ponía las piernas en los pies de la cama... Ah, ¿adónde han ido a parar los criados?

Elliott, mira cómo me encuentro hoy. No puedo ir de esta manera. Ve sin mí, por favor.

Te sientes bastante mal, ¿eh?, dice él, mirándose el reloj al mismo tiempo. Me suelta eso de te traeré algo rico, cariño, como si fuera una jodida retrasada mental o algo así y se pudiese aliviar la monotonía infernal de mis noches con regalos de caramelos y tabletas de chocolate.

Que lo pases bien, que lo pases bien, so gilipollas, yo no digo ni pío.

• • •

Ya estamos en julio. Pronto saldrán las luciérnagas. Mi muerte pasa volando por mí tarde como una monja de blanco que corre, se desvanece, semejante a una aparición, como el calor que sube de los bulevares, el blanco de las velas abrasado por el cemento, que dobla la esquina, que huye del sol. Todavía no le he visto la cara, lleva capucha, quizá vendas, pero conozco su flujo, su paño, que se mueve siempre en diagonal, en olas hacia mí, y después vuelve a alejarse sin tocar el suelo.

Esta noche se lo hemos dicho a Blaine. Habíamos decidido decírselo juntos. Estábamos en el cuarto de estar.

Te vas a morir, ¿verdad?, ha dicho antes de que yo tuviera ocasión de decirle: Ahora eres joven y lo más probable es que no lo entiendas. Ha adquirido la costumbre de recogerse el pelo nerviosamente detrás de las

orejas cuando no quiere llorar. Es profética. Se recoge el pelo, por detrás.

Sí. Y le hemos explicado por qué. Y he tenido ocasión de decirle: Después de todo eres joven y lo más probable es que no lo entiendas, y ha podido mirarme con esa mirada revuelta de desprecio y dolor que sólo conocen los de último curso de primaria y, después, cerrar los ojos como un ángel y caer entre mis brazos, sollozando, y yo también he llorado en ese pelo recogido detrás de las orejas y he maldecido a Dios por este día, y Blaine ha preguntado, por supuesto, quién la llevará a las clases de clarinete.

Se ha recogido el pelo, por detrás. Ha puesto la cabeza en mi regazo como un huevo quebrado. Nos hemos quedado así una hora. Le he susurrado cositas, acariciándole el pelo, diciéndole cuánto la quiero, cuánta paciencia debería tener, cuánta fuerza. A las nueve y media se ha ido en silencio a su cuarto y se ha tumbado en la cama con los ojos hinchados, mirando a la pared como una amante despreciada y moribunda.

Ahora sé lo que debe hacer William. Cuando sale del armario el ñu malo y le desordena el cuarto, William debe tocar una trompeta y hacer que el ñu se detenga y pare. Debe plantarse y decir: ¡Basta de estas malditas tonterías, ñu estúpido! ¡Vamos a ordenar este cuarto! Estoy prácticamente segura de que los ñus atienden a las trompetas.

Se lo contaría a Elliott, pero el ñu salía en el tercer libro. Y ése lo terminé hace mucho tiempo.

No, debo pensar en otra cosa.

Ay, Dios, no debía irme de esta manera. Yo estaba como Jesús, tan firme como un gallo que canta, cabalgando el domingo de Ramos, erguida y sin miedo, como Barbra Streisand y, de repente, el jueves, aplastada contra los bordes más blandos de mi piel y hasta Jesús, mira, está llorando y gimoteando y suspirando de esa manera, Cristo, se mea en los pantalones, por favor, dios, digo Dios, que no me vaya de esta manera, deja que me quede en este jardín junto a los flamencos de plástico, permíteme cantar canciones tristes hasta enloquecer.

• • •

Elliott tiene la costumbre de aparecer justo antes de cenar y besarme como para una foto publicitaria.

¿Quién nos está esperando ahí entre bastidores, Elliott, la maldita Happy Rockefeller? ¿Las noticias del Canal 6? Eh, chato, que todavía no me he muerto; estoy escribiendo, tengo hambre: vamos a hacer el amor, chato, vamos a hacerlo en la terraza, alta y fresca, cielo, eh, ¿qué te parece hacerlo en la terraza, Elliott, muñeco, qué me dices?

Y si él no sale de la habitación enfadado, se queda, balbucea sin sinceridad, me hace llorar. No le coge el gusto a la necrofilia, y suspiro y ansío la blancura de sus hombros bajo mi barbilla, su aliento en mi cuello, su suavidad de melocotón en mis manos. Y todavía lo deseo, aquí, tendida en el negro azulado de esta soledad, con más sed de amor de la que había creído nunca que podría tener.

La ciudad gruñe de calor incluso a medianoche. Hace bastante tiempo que no llueve. Abajo, los ruidos del tráfico cabalgan el aire de la noche en ondas trigonométricas, el coseno de una sirena, la tangente de un suspiro, un sistema, un eje, una lógica del caos, sí.

Mañana es el Día de la toma de la Bastilla, Elliott, y quiero que se cambie lo que he escrito para el cuarto libro de William. Hasta ahora, William cree que se le ha olvidado el paraguas y lo busca por toda la ciudad mientras lo persiguen las desventuras como a un perro odioso, hasta que, después de que lo salpique un camión y casi lo atropelle un taxi, llega a su casa y se da cuenta de que no se le había olvidado el paraguas. Quiero que eso se cambie. Quiero que tenga todo tipo de aventuras maravillosas, picarescas, para que no importe siquiera si se le ha perdido o no el paraguas. ¿Lo podrás cambiar por mí? ¿Podrás pensar algunas aventuras maravillosas por mí? Quizá se encuentre con unos vaqueros y algunos indios y tengan una barbacoa con música y judías guisadas.

O conozca a una india joven y bonita y se case, propone Elliott, que a veces es un gilipollas, lo juro. Supongo que ni siquiera lo nota.

Me toca a mí: sí, y le corta la cabellera y se gana la medalla de héroe del día. Supongo que tendré que dejarlo todo en tus manos, Elliott.

No te preocupes, asegura él, y me acaricia con cuidado el pelo, que ahora me imagino como las últimas hebras de hilo alrededor de un carrete.

La verdad es que me gustaría terminarlo yo, pero mañana es el Día de la toma de la Bastilla.

Sí, dice Elliott.

Joanie, cielo, Joanie la de los pies de pato, ya sé que es tarde; no, no, no creas que debes venir, no, por favor, no lo creas, Elliott está aquí, está bien. Sólo quería decirte que te quiero y que no estés triste por mí, por favor... Me siento bastante bien, ¿sabes?, y estas pastillas, bueno, están aquí en un platito mirándome; escucha, ahora voy a dejarte para que te vuelvas a acostar y, bueno, ya sabes lo que he sentido siempre por ti, Joan, y si hay otra vida... Sí, bueno, puede ser que yo no vaya al cielo, vale... qué... ¿crees que soy tonta? Quiero decir que si no te asustas, quizá intente ponerte en contacto contigo, si no te importa, sí, y, por favor, atiende un poco a Blaine por mí, Joan, ¿quieres?, Dios, qué joven es, en primavera le expliqué lo de la menstruación y parecía muy

interesada, pero lo único que me preguntó después fue: ¿Así que eso significa que todos los mellizos se parecen?, de modo que querrá saber otras cosas, ¿sabes?, y te quiere, Joan, te quiere de verdad. Y sé buena con Olga de mi parte, he sido muy poco amable con ella, y recuérdale a tu marido que lo he inmortalizado, ja, sí... ¿No te parece increíble, querida alma rígida?, y, Joanie, cuídate y reza por mí y por Blaine y por Elliott, que esta mañana ha llorado de impotencia por primera vez, cómo lo quiero, Joan, a pesar de todo

todo lo que veo desde el ojo redondo de este plato vacío, formando vagamente un grupo de árboles secos y una hilera de ñus, uno a uno, como las ovejas del insomnio de un niño, tirando la toalla, formando un círculo, echándose en silencio al sol para descomponerse en contra de su voluntad, Dios, no hay música, aquí no hay trompeta y no hay sonido alguno, sólo este calor blanco de julio que sigue y sigue, irme de esta manera

Cómo hablar a tu madre(Notas)

1982 . Sin ella, hace años ya, murmurarás ante la nevera que se descongela, «¿Qué?», «¿Eh?», «Ahora calla», mientras cruje, se queja, gruñe, hasta que cae del techo del congelador el último bloque de hielo como algo vencido.

Sueña, y en tus sueños pasan flotando junto a las copas de los árboles niños recién nacidos con personalidad de sabuesos, gordos como los globos de los almacenes Macy's, flotando junto a las copas de los árboles.

Implantan el primer corazón permanente de poliuretano.

En el piso de arriba, alguien toca a la flauta dulce *Nunca irás solo* . Ahora toca *¡Oklahoma!* Deben de tener un libro de partituras de Rodgers y Hammerstein.

1981 . En los transportes públicos, las madres con serafines suaves, jabonosos, vestidos de pana, te miran con caras como dominós de compasión. Sus niños son pequeños y callados o cuentan inquietos los colores de los asientos del autobús: «azul-azul-azul, rojo-rojo-rojo, marillo-marillo-marillo». Las madres te ven mirar a sus hijos. Te sonríen con simpatía. Creen que las envidias. Piensan que no tienes hijos. Creen que saben por qué. Aparta la vista de prisa, más allá de las manchas de la ventanilla.

1980 . El bullicio, ajetreo, golpeteo de cosas en la cocina. Son los sonidos que te organizan la vida. El tintineo de los cubiertos en el cajón, amontonados como huesos en una fosa común. Tus comparaciones se vuelven siniestras, se cansan.

Eligen presidente a Reagan, aunque repartiste rosquillas y folletos a favor de Carter.

Sal con un italiano. Te frota el vientre y te dice: «Éstas son estrías de embarazo, ¿no? ¿Son estrías de embarazo?», y tú piensas en tu mente que te da vueltas: Estrías de Harpo, Ideas de Marx, Idus de marzo. Ten cuidado. Te planta besos en el plano inclinado del cuello y te quedas dormida a su lado, con las bragas bajadas y enrolladas en un muslo como una liga de novia.

1979 . Date paseos de vez en cuando por la noche, pasando por delante de la vieja casa sin vender donde te criaste, en esa encrucijada rural, embrujada, a dos horas de donde vives ahora. Es como en Halloween: el césped rastrillado, iluminado por la luna, los árboles gigantescos, hinchados; brazos y dedos levantados hacia la extensión sin estrellas del

cielo como arroyos, grietas, ríos del mapa. Sus sombras negras oscilan sobre el lado del porche del este. Son sombras de sueños, aquí hay otras vidas. Dobla despacio la esquina pero sigue mirando por la ventanilla del coche. Esta casa está engastada muy dentro de ti, aquí hay todavía algo que conoces, que crees conocer, una voz en lo alto de la escalera, quizá, una figura en el porche, un delantal suelto, enganchado en las ramas altas, en la brisa demasiado cálida para ser una noche de otoño, algo que no está bien, esa ventana de la torre que todavía ves desde aquí, desde fuera, pero que no se alcanza desde dentro. (El orgullo fantasmal de tu infancia: «Tenemos una habitación misteriosa. Se ve la ventana desde delante de la casa, pero no se puede entrar, no hay puerta. Hace años vivía allí un médico que hacía operaciones secretas, y ahora está tapiada».) La ventana se asienta en la torre como un ojo muerto.

Ves un fantasma, algo parecido a una estatua que da vueltas junto a un arbusto.

1978 . Entiérrala en el frío jardín lateral del lado sur de esa casa como de Halloween. Allí están tu hermano y sus hijos. Da abrazos. El pastor con un abrigo deportivo inglés, los campos sin vecinos, la encrucijada, son todos como una Kansas desnuda. Hay rezos y después alguien echa paladas de tierra. La gente va hacia los coches y vuelve a abrazarse. Entra en el tuyo con tu sobrina. Espera. Mira hacia arriba por el parabrisas. Una formación en cuña de reyezuelos viaja hacia el sur por el cielo de noviembre; las líneas de su formación, los lados y los vértices mismos están misteriosamente coreografiados, se mueven, fluyen, se cruzan como las piernas de un patinador. «Se posarán por instinto en un árbol, en alguna parte —dices—, pero antes recorrerán varios kilómetros». Los observas sorprendida, los miras hasta que, con lentitud de amebas, son puntadas oscuras, lejanas, en el horizonte. No pones en marcha el coche. La sobrina callada que está a tu lado habla por fin: «Tía Ginnie, ¿vamos al restaurante con los demás?». Obsérvala. Reconócela: nueve años, con anorak. Sonríe y pon el coche en marcha.

1977 . Envejece, se balancea en tu mecedora, silenciosa como el viento. Ante los ojos le cuelgan los mechones delanteros de pelo blanco, amarillos de haber fumado demasiados cigarrillos. Aun ahora sigue fumando, con la voz ronca de flemas. A veces, a la hora de cenar, en tu cocina minúscula, se limita a mirarte con los ojos legañosos y después tiene un ataque de tos que le sacude el cuerpecillo de viejo como una tormenta.

Deja de comer esa patata al horno. Pregúntale si está bien.

Ella graznará:

—¿Te acuerdas, Ginnie, de que tu padre decía que, con tantos pitillos, algún día volvería a «convertirme en una mocosa»?

Tras decir eso se ríe, se atraganta, vuelve a jadear.

Ponía de pie.

Apóyala en ti.

Dale palmaditas leves en el montículo curvo de la espalda.

Pídele que deje de fumar, hostia.

Ella sonreirá y te dirá:

—¿Hostia? ¿Es ésa manera de hablar a tu madre?

Por la noche, pasa a ver cómo se encuentra. Está tumbada, despierta, con los labios separados, abiertos mientras se secan. Llévale algo de zumo. Ella murmura: «Gracias, cielo». La boca le huele, se le hincha, como una tumba.

1976 . El bicentenario. En la lavandería automática esperas a que se agote el tiempo que duran las monedas que has echado. Ves saltar y caer las toallas y las sábanas endemoniadas por la escotilla de la secadora. La emisora de radio que suena en el techo pone música lenta, triste de Motown; te rodea de la desesperada esperanza de un muchacho en un baile y te hace llorar. Cuando llegues a tu apartamento, tíralo todo en la cama. Tu madre hace punto torcido: rojo, blanco y azul. Dale un beso de saludo. Di:

—Vaya si hacía calor en ese sitio.

Ella no dará muestras de haberte oído.

1975 . Asiste sola a lecturas de poesía en la biblioteca local. Descubre que en realidad no escuchas bien. Mírate fijamente los muslos cruzados. Piensa en tu madre. A veces la confundes con el primer hombre que amaste, aquel que hundía la cabeza en las pelotillas de tu jersey y decía cosas magníficas como «oh, Dios, oh, Dios», que te amaba sin condiciones, de una manera tremenda, como una madre.

El poeta se pone nervioso por un instante, se le sonroja el cuello y las orejas, pero recobra la compostura. Cuando termina, la gente aplaude. Hay vino y queso.

Márchate sola, vuelve a casa andando sola. Las calles del centro son como pasillos de luz que te sujetan, te sujetan, frente a la iglesia, frente al centro comunitario. Marcha como Stella Dallas, con la columna vertebral recta, a través del melodrama de farolas, cabinas de teléfono, hacia la casa verde que hay más allá de la avenida Borealis, hacia el apartamento de atrás, el del toldo y el calabacín en el fogón.

Tu horóscopo dice: Sé amable, sé breve.

Estás embarazada nuevamente. Decide qué debes hacer.

1974 . Tendrá arrebatos de cierta locura senil. Te llama al trabajo.

—¡Aquí no hay comida! ¡Socorro! ¡Me muero de hambre! —A pesar de que ayer mismo compraste cuarenta dólares de provisiones.

—¡Mamá, sí que hay comida!

Cuando llegas a casa, la nevera está casi vacía.

—Mamá, ¿dónde has metido toda la leche, el queso y lo demás?

Tu madre se queda mirándote desde su asiento delante del televisor. Le asoman lágrimas a los ojos.

—Aquí no hay comida, Ginnie.

En el lavaplatos suena un crujido, un chirrido. Lo abres y te devuelven la mirada los ojos brillantes de un pequeño roedor. Huye entre las ruedecitas de la nevera. Al parecer, tu madre ha metido toda la comida en el lavaplatos. La leche se ha derramado, un charco blanco sobre fondo azul, y las cosas como el queso, la mortadela y las manzanas están mordisqueadas.

1973 . En una fiesta en la que una mujer te dice dónde se ha comprado un par de zapatos maravillosos, dile que crees que ir de tiendas para comprar ropa es como masturbarse: todo el mundo lo hace, pero no es muy interesante y, por lo tanto, debe hacerse a solas, con vergüenza, y no debe servir de tema de conversación en las fiestas. La mujer fruncirá los labios y las cejas y dirá:

—Ah, supongo que tendrás algún tema de conversación más apasionante.

Ponte torpe e incómoda. Di «no» y ve directa a buscar un ginger-ale. Dile a la persona que está a tu lado que sientes como si las tripas se te hundieran y como si fueran de vinilo, igual que un retrete de Claes Oldenburg. La persona contestará «¿Ah, sí?», y te hará notar que el estampado de tu vestido es de volutas fecundando a otras volutas. Sírvete más ginger-ale.

1972 . Nixon gana por mayoría aplastante.

Tu madre te llama a veces por el nombre de su hermana. Dile:

—No, mamá, soy yo. Virginia.

Aprende a repetir las cosas. Aprende que tenéis una manera de reconocer la una a la otra que de algún modo se desborda y llega más allá de las maneras que tenéis de no reconocerlos.

Haz manzanas asadas por primera vez.

• • •

1971 . Sal a dar largos paseos para librarte de ella. Camina por zonas de bosque; allí hay una vida que has olvidado. Los olores y los sonidos parecen repentinos, inmutables, exactos, el crujido de papel de las hojas, el aroma mohoso del barro. Los árboles se inclinan como espaldas, los postes de las cercas están astillados, cerrados sólidamente como brazos confiados y precarios, los ásteres espigados, secos, blancos, aplastados (¡aplastadísimos!) por la helada. Encuentra una hermosa piedra rojiza y llévatela a casa para dársela a tu madre. Bésala. Dile:

—Es para ti.

Ella la coge y sonrío.

—Siempre fuiste una niña muy sensible —comenta.

Replica:

—Sí, ya lo sé.

1970 . Estás embarazada otra vez. Intenta decidir qué debes hacer.

Rápate, déjate el pelo corto como un chico.

1969 . La humanidad pisa la Luna.

En los supermercados se venden por primera vez pañales desechables.

Mantén relaciones de vez en cuando con hombres estúpidos, absurdos, que te dicen que te dejes el pelo hasta la cintura y que, cuando estás triste, te hacen cosquillas en las costillas para animarte. El claro de luna que entra por las persianas os pinta de rayas como si fueseis cebras. Os reís. No te casas nunca.

1968 . No estés resentida con ella. Piensa, por ejemplo, en la situación que se produce cuando sacas de la caja la última bolsa de basura: tienes que tirar la caja en esa misma bolsa de basura. Lo que antes envolvía debe ser envuelto. El envoltorio se convierte entonces en lo envuelto, en lo contenido, en lo guardado. Ve descubriendo cada vez más que te gusta reflexionar sobre cosas así.

1967 . Tu madre se encuentra enferma y se va a vivir contigo. No tiene a donde ir. Sientes diferentes tipos de vacío.

Realizan en Sudáfrica el primer trasplante de corazón con éxito.

1966 . Confundes a tus amantes, no recuerdas bien cuál tenía esa cicatriz, ese coche, esa madre.

1965 . Fuma marihuana. Intenta descubrir qué es lo que ha hecho que tu vida vaya mal. Es como intentar descubrir qué es lo que produce ese mal olor en la nevera. Podría ser cualquier cosa. La mayonesa sin tapa, el vino de miel del tío Ron que lleva cuatro años en el rincón de la izquierda. El brécol que amarillea, que florece aprisa. Todo son metáforas. Todo son problemas. Tu horóscopo dice: Habla con delicadeza a un ser querido.

1964 . Tu madre te llama y te pregunta si vas a ir a casa para Acción de Gracias, estarán tu hermano y el bebé. Da excusas.

—Cuando una madre se hace mayor, estas fiestas son cada vez más importantes —explica tu madre.

Di:

—Lo siento, mamá.

1963 . Despiértate una mañana con un hombre con quien habías creído que pasarías toda la vida y date cuenta, con una piedra en las tripas, de que ni siquiera te gusta. Pasa una tarde llorosa en su cuarto de baño, sin salir cuando llame a la puerta. Ya no puedes fiarte de tus afectos. Las personas y los sitios que crees que amas pueden ser personas y sitios que odias.

Matan a Kennedy.

Alguien inventa un corazón artificial temporal, para usarlo durante las operaciones.

1962 . Come comida china por primera vez, con un abogado de California. Te enseñará a sostener los palillos. Te dará palmaditas en la pierna. Ataca a su profesión. Pregúntale si le parece que la ley hace grandes radios de ruedas de carro con los palos cortos de los hombres.

1961 . Muere la abuela Moses, la pintora *naïf*.

Eres un zoo de inseguridades. Te acostumbras a echar coñac en el café de la mañana y a enamorarte con demasiada facilidad. Tienes un aborto.

1960 . Hay dinero del testamento de tu padre y de su seguro de vida. Te compras un coche y un vestido de terciopelo verde que no necesitas. Haces dos horas en coche para comer con tu madre los sábados. Ella te sugiere temas sobre los que puedes escribir, cosas que ha oído por la radio: una mujer con mellizos telépatas, una mujer que no tiene pies.

1959 . En el funeral, ella dice: «Tenía sus problemas, pero era un hombre generoso», a pesar de que tú sabes que era más agarrado que un nudo de boy scout, que no escuchaba a nadie, que la única vez que recuerdas haberlo querido fue aquella ocasión en que entendió de golpe uno de tus chistes antes que tu madre, levantó la vista de su revista científica, soltó una carcajada fuerte como de gigante y, los dos, durante una fracción de segundo, estuvisteis en comunión como ángeles en ese cuarto, en esa luz cálida, compartida, de la mente.

Di:

—No era malo.

—No tienes por qué estar amargada —te indica tu madre con voz cortante—. Os pagó los estudios universitarios a tu hermano y a ti. —Se abotona el abrigo—. Además, fue el primero que aisló un isótopo concreto de helio, no me acuerdo cómo se llama, pero deberían haberle dado el premio Nobel.

Se seca la nariz.

Asiente:

—Sí, mamá.

1958 . En la boda de tu hermano, se llevan a tu padre en ambulancia. Una primita susurra en voz alta a su madre: «¿Al tío Will le ha dado un *ataque* al corazón?». Pásate siete días seguidos diciendo a tu madre cosas como «Estoy segura de que se pondrá bien» y «yo me quedo aquí, vete tú a casa y duerme un poco».

1957 . Baila el calipso con chicos de otra facultad. Coge una trompa con borgoña del estado de Nueva York, pierde la virginidad y cómprate una de las primeras máquinas de escribir eléctricas y portátiles.

1956 . Habla a tu madre de todos los libros que lees en la facultad. Lo agradecerá.

1955 . Pinta un retrato de Elvis Presley con plantilla. Di a tu madre que estás enamorada de él. Ella sacudirá la cabeza.

1954 . Hurta en una tienda un jersey de cachemir.

• • •

1953 . Fúmate un cigarrillo con Hillary Swedelson. Decid qué chicos os gustan. Haceos hermanas de sangre.

1952 . Cuando tu madre te pregunta si hay chicos agradables en el instituto, pregúntale cómo te vas a enterar si tienes que llegar a casa todas las noches ¡a las nueve! Levantará las cejas como telones de teatro.

—Pobrecita —dirá.

Añade:

—Vaya si lo sé.

Y da un portazo.

1951 . Tu madre te habla de la menstruación. Al día siguiente, sin más retraso, menstrúas, tu cuerpo sólo estaba esperando un permiso, una señal. Te despiertas por la mañana y te sientes avergonzada.

1949 . Aprendes a hacer globos de chicle y a sumar números negativos.

1947 . Se descubren los manuscritos del Mar Muerto.

Has visto demasiados musicales de Hollywood. Has visto a demasiada gente cantar en sitios públicos y te figuras que también lo puedes hacer. Practica. Tu profesora te hace una pregunta. Le respondes cantando: «La respuesta a la pregunta número dos es doce». La mayoría de la clase se ríe de ti, aunque algunos se quedan mirándote con los ojos fijos como joyas, fascinados.

En casa, tu madre te pide que limpies el polvo de tu armario. Consigue un vibrato tan amplio que podría arrastrar a un camión. Canta: «¿Por qué tengo que hacerlo ahora?», y recorre el comedor bailando claqué. Tu madre te dice que te tranquilices y te vayas a echar una siesta. Grita: «¡No te importo! ¡No te importo en absoluto!».

1946 . Tu hermano se pasa todo el día poniendo *Shoofly Pie* en la gramola.

Pregunta a tu madre si puedes ir a cenar a casa de Ellen. Responderá «Ve a preguntárselo a tu padre» y, tirándote de los dedos, saldrás al cuarto de estar, te pondrás junto a su sillón y llorarás. Está leyendo. Dale un golpecito en el brazo. «¿Papá? ¿Papi? ¿Papá?». Sigue leyendo su revista científica. Tírate de los dedos con más fuerza y vuelve corriendo a la cocina a contárselo a tu madre, que irrumpe en el cuarto de estar y pregunta:

—¿Por qué no escuchas nunca a tus hijos cuando quieren hablarte?

Los oyes discutir. Hunde la cara en un paño de cocina, avergonzada, asustada por el zumbido del motor de la nevera, por el goteo en el fregadero.

1945 . Tu padre vuelve a casa de cumplir su misión en la guerra. Te lleva montada en su espalda alrededor de los rastrojos amarillos del jardín, mientras os vigila la ventana muerta de la torre, oscura como una herida. Te monta en el columpio y te empuja sin decir palabra.

Tu hermano tiene nuevos amigos, se comporta como un mayor y es más distante, incluso cuando esperáis juntos el autobús del colegio.

Pasas demasiado tiempo sola. Le dices a tu madre que cuando seas mayor llevarás a tus hijos a Australia para que vean los canguros.

Mueren cuarenta mil personas en Nagasaki.

1944 . Viste y acuna a una muñequita a la que has llamado «la Sue». Llévala a todas partes. Piérdete en el mercado de fruta de Wilson Creek y grita suavemente: «Mamá, ¿dónde estás?». Mira a unos niños que cogen uvas, pero no te atrevas a hacerlo. Tus ojos son gargantas pequeñas, oscuras, tu mano se aferra a la Sue.

1943 . Haz preguntas a tu madre acerca de los bebés. Haz que solamente te lea los cuentos que hablan de bebés. Pregúntale si va a tener un bebé. Pregúntale por el bebé que murió. Lloras apoyada en su brazo.

1940 . Coge su pelo con tu puño. Frótatelo contra la mejilla.

1939 . Como a través de una hélice, como a través de un oído, aquí estás más cerca de los destellos de los sueños, de las otras vidas.

Hay una carpa de piernas, un partirse en dos de los seres, mientras las dos jadeáis ciegamente intentando respirar. Entre la luz y el frío, cuando intentas hablarle, ella lo sabe, aunque es algo que no consigues comprender nunca del todo.

Alemania invade Polonia.

La canción del año es *Tres pececitos* , y alguien la está tocando en alguna parte.

Amahl y los visitantes nocturnos: Una guía para el tenor del amor

30/11 . Comprende que tu gata es una puta y no te puede ayudar. Recibe amor moviendo los bigotes como un buscador de oro. Es una nómada espléndida, una no amiga. Acuérdate de lo que hizo el mes pasado mismo, cuando te la dio Bob, el del piso de abajo, después de volverse alérgico de manera repentina: saltó a tu regazo y ronroneó, gutural como una cabaretera alemana, con confianza y llena de pelos como el moho. Y Bob, con el corazón claramente roto, que seguía en el cuarto, estornudaba y daba instrucciones, esperando una última caricia gatuna, se puso a cuatro patas y le agitó los dedos entre el pelo. La gata no hizo más que cerrar los ojos; pero a ti te sonrió, te echó una mirada furtiva como si oliera pescado y se quedó en su sitio.

—Bueno —dijo Bob, levantándose del suelo—. Ahora ya no soy más que parte de su pasado de minina.

Así es Bob. Le dice a la gata «ahora sé buena chica, cielo» y se encoge de hombros, se vuelve a su apartamento del piso de abajo, pone jazz sincopado, inquietante, bebe vino, mira la calva invernal de la montaña.

1/12 . Moss Watson, el hombre al que amas de verdad como a ningún otro, va a cantar el 23 de diciembre en *Amahl y los visitantes nocturnos*, montada por la Ópera de Owonta. Interpreta el papel de Gaspar, el rey mago que es un poco sordo. La sabiduría llega bajo todas las formas, dice Moss, y piensas: Sí, a veces en forma de rey y a veces en forma de llamada de teléfono titubeante que dice que el rey se quedará hasta tarde en los ensayos y que no lo esperes levantada, y después cuando lo llamas para decirle que tenga cuidado de que no se escape la gata cuando llegue a casa, te enteras de que allí ni siquiera hay un ensayo.

A las tres de la madrugada oyes su coche por el camino de entrada, el golpe de la puerta principal. Cuando entra en el dormitorio, ves por un instante su enorme talla enmarcada en la puerta, su pelo iluminado que brilla como el curry. Cuando se agacha para quitarse los zapatos es como si una pequeña parte de su espalda hubiera cedido y le permitiera inclinarse despacio de esa manera. Guarda silencio. Cuando se mete en la cama, te besa un hombro y después se sube las sábanas hasta la barbilla. Sabe que estás despierta.

—Estoy cansado —anuncia en voz baja para rechazarte cuando ruedas hacia él.

Di:

—No has dejado salir a la gata, ¿no?

Dice que no, pero que tal vez debería haberlo hecho.

—Te estás convirtiendo en una mamá gata. Los gatos, Trudy, son los peores sucedáneos que existen.

Dile que siempre quisiste escaparte de tu casa con un sucedáneo.

Dile que lo quieres.

Dile que sabes que no ha tenido ensayo.

—Decidimos ensayar en el colegio Montessori, ¿qué pasa, es que ahora eres mi madre?

Distingue en la oscuridad el gancho fino de su nariz. Apártale el pelo de la frente. Dile:

—Te quiero, Moss, ¿tienes una aventura con una oveja?

Una vez viste una película en la que un hombre tenía una aventura con una oveja, y cuando estaba con su novia estaba como Moss está ahora contigo: agotado.

Los ojos de Moss se cierran.

—Recuerda que no soy un pastor, soy un rey. Te estás comportando como mi ex mujer.

Su ex mujer es ahora presentadora de televisión en Missouri.

—¿Estás teniendo una aventura normal? ¿Con una persona?

—Trudy —suspira, y se aparta de ti, llevándose más manta de la que le toca—. Tienes que cortar esto.

Sé consciente de que te estás portando como una estúpida. En cualquier momento se volverá y se apoyará sobre ti, te tranquilizará a besos, te dirá cuánto te quiere.

—¿De dónde demonios iba a sacar yo tiempo para tener una aventura?
—es lo que responde por fin.

2/12 . Tu gata está creciendo, come un montón y con ganas, como un caballo de carreras. Bob la llamó *Novia de Polvo de Estrellas* , un nombre un poco excesivo incluso según Bob, de modo que Moss y tú pensáis otros nombres que le podéis poner: *Gordi, Gordinflona, Tripita, Cagona, Secretariado, Estefanía, Emilia* . Llámala por todos.

—Tiene que aprender a soportar la confusión —dice Moss—. Y tenemos que empezar a dejarla salir.

Di:

—No. Todavía es demasiado pequeña. Podría pasarle algo.

Cógela y apártala de Moss. Métela en el baño contigo. Levántala hasta el espejo. Di:

—¿Quién es ésa? ¿Quién es esa gatita bonita?

Pregúntate si podrías convertirte en Bob.

3/12 . Moss tiene que ensayar a veces en el cuarto de estar. El rey Gaspar tiene una caja de joyas negra y grande que mientras canta enseña al pequeño Amahl, que está cautivado. Debe abrir sus cajones y sacar cuentas, regaliz, piedras mágicas. Pero los cajones no hacen más que atascarse cuando no deben. Moss acaba por arrancarse la barba postiza y grita:

—¡No puedo hacer esto! No puedo cantar hablando de dinero y de chucherías. ¡Yo soy el tenor del amor!

El año anterior habían representado *La Bohème* , y Moss había hecho el papel de Rodolfo.

Éstas son las cosas para las que te necesita: para que lo ayudes con su caja. Enséñale que uno de los cajones está fuera de su ranura. Enséñale que sólo lo debe sacar hasta cierto punto. Sonríe y te da las gracias con su voz chiflada de rey Gaspar:

—¡Oh, gracias, gracias, gracias!

Empieza a cantar su aria otra vez:

—«Ésta es mi caja. Esta es mi caja. No viajo nunca sin mi caja».

Según dice Moss, todo canto es un aullido esculpido.

Di «adiós». Llévate el televisor rodando a la cocina. Mira a MacNeil-Lehrer. Preocúpate por el Congreso.

Escucha los graznidos de los trenes que pasan traqueteando junto a tu casa toda la noche.

4/12 . A veces suena el teléfono, pero la persona que llama cuelga.

5/12 . Ahora tu gata mete las zarpas en el cuenco de agua al beber y sale después de su breve chapoteo y se las lame, se lava la cara

repetidas veces, sobre las orejas y hacia abajo, como si le picara. Coge la costumbre de observarla. Las formas grises y rosadas de las almohadillas y el pelo de sus patas parecen pequeñas caras de babuino. Ve que la estás mirando, se queda paralizada, pestañea y después vuelve a lo suyo, mete la cara en el vientre, como una bailarina concentrada que lleva un maillot peludo. Pero está creciendo tan deprisa que está torpe. Va andando y de pronto se le descentra la cadera y se detiene y se la mira sin comprender. O tropieza con las patas, o le resulta difícil mover su nueva masa a lo largo de los muebles; su cuerpo se asoma al mundo antes de que esté preparada de verdad. Eso le recorta la confianza en sí misma. Te mira como preguntándote: «¿Qué me está pasando?». Se frota contra tus tobillos y suelta un quejido. La levantas, te la metes bajo la barbilla con los dientes apretados de amor, voz de arrullo, empalagosa de maternidad, dices cosas como:

—¿Cómo está mi naricita sucia, mi carita peluda, mi dulce cabecita?

—Jesús, Trudy —grita Moss desde el cuarto de al lado—. Hay que ver qué manera tienes de hablarle a esa gata.

6/12 . Aunque ya se ha abierto la temporada de compras de Navidad, a la tienda donde trabajas tú en el centro, Owonta Flair, no le va bien.

—Los centros comerciales —gruñe Morgan, tu jefe—. ¡Los centros comerciales, todas las Navidades! Estamos condenados. Estas zapatillas con dibujo de caramelos de Navidad. ¿Qué voy a hacer con ellas?

Dile que ponga una zapatilla de cada en el escaparate con un letrero gigantesco que diga LA PAREJA EN EL INTERIOR.

—La gente sólo ve el letrero. Thom McAn lo hizo una vez. Entraban en tropel.

—Estás deprimida —dice Morgan.

7/12 . Moss y tú invitáis a cenar una noche a los miembros principales del reparto, menos a Amahl, antes de un ensayo. Tú invitas también a Bob. Los tres reyes, la madre soltera de Amahl, Bob y tú: así, cuatro personas podrán contar anécdotas graciosas sobre el montaje y dos podrán escuchar.

—La verdad es que es una birria de ópera —dice Sonia, que interpreta el papel de la madre de Amahl—. Es sentimental a más no poder.

Sonia es todo lo que siempre has querido ser tú: inteligente, judía, amistosa, con un pelo tan espeso como un matorral. Habla con la boca llena de tu pastel de espinacas. Dice que le gusta. Cuando ha tragado, se le queda atrás un trozo de espinacas, envolviendo como una caries uno de sus dientes delanteros. Aparte de eso, es muy hermosa. Nadie le dice nada de la espinaca que tiene en el diente.

Dos habitaciones más allá, la gata juega con una canica en la bañera vacía. Es uno de sus juegos favoritos. Empuja la canica y ésta corre por la porcelana como un coche de carreras. El ruido es un repiqueteo continuo.

—¿Qué es ese ruido tan raro? —pregunta Sonia.

—Es la fiera —dice Moss—. Deberíamos sacarla a la calle, Trudy.

Sirve más vino a Sonia y ella murmura: «Gracias».

Levántate de un salto. Di:

—Voy a quitarle la canica.

Oyes a tu espalda a Bob:

—Antes era mía. Se llama *Novia de Polvo de Estrellas*. Me dio alergia.

Melchor te grita:

—Ay, deja en paz a la gata, Trudy. Deja que se divierta un poco.

Pero entras en el baño y le quitas la canica, a pesar de todo. Tu gata te mira desde la bañera con la cabeza echada hacia un lado, dulce y extrañada como una estrella de cine infantil. Después se vuelve y golpea las gotas del grifo con la pata. Ráscale la piel del cuello. Cierra la puerta al salir. Guárdate la canica en el bolsillo.

Oyes a Baltasar, que hace bromas sobre la ópera. La llama *Amilo y los Nitratos*.

—Menotti siempre me ha parecido soso —comenta Melchor cuando vuelves al comedor.

—Escrita para la NBC, qué se puede esperar —dice Sonia.

Al poco está divagando sobre *La Bohème* y otras óperas. Dice palabras como *verismo*, *messa di voce*, Montserrat Caballé. Sonríe.

—Una ópera debe ser como la anticoncepción: una cuestión de sexo, no de niños.

Empieza a recoger los platos. Pide a la gente que se quede el tenedor para el postre. Coméntales que, diga lo que diga quien sea, a ti te parece que *Amahl* es una ópera preciosa y que el final, cuando la madre deja que su hijo se vaya con los reyes, siempre te hace llorar. Moss te guiña un ojo. Cobra valor. Agita la cabeza. Añade:

—Papageno, Papagena... Para mí, *La Bohème* no es más que un montón de bufandas.

Bebéis algunos tragos de vino.

Bob es el único que te mira y sonrío.

—Espera. Te ayudo con los platos —dice.

Moss se pone de pie y hace un anuncio para cambiar de tema:

—Sonia, tienes un trozo de espinaca en el diente.

—Dios —dice ella, y la lengua le excava bajo el labio como un topo elegante.

8/12 . A Moss todavía le gusta de vez en cuando ducharse contigo a la luz de las velas. Soléis tener diez minutos antes de que se acabe el agua caliente. Enjabónale la espalda, los anchos montes de sus hombros te dominan como el hambre. Apriétate contra él. Susurra:

—La verdad es que sí que me gusta *La Bohème* , ¿sabes?

—No importa —dice Moss, todo perdón. Se gira y te coge de las nalgas.

—Lo único que pasa es que tus amigos me ponen nerviosa. Puede que sea por el trabajo, que Morgan, ese histérico de cuarenta vatios, me esté volviendo loca.

La verdad es que aprecias a Morgan.

Ponte a tararear una canción de Dionne Warwick, después avergüénzate y calla. A Moss no le gusta cantar en la ducha. Tiene sus óperas, sus encargos de iglesia, sus bodas y sus bares *mitzvahs* : en la ducha está estrictamente fuera de horas de trabajo. Di:

—Quiero decir que puede que sea Morgan.

Moss levanta la cabeza bajo la ducha, beatífico, ausente. El pelo se le pega hacia atrás como el de un niño de pecho o un gángster, oscuro con el agua, brillante como la cubierta de un disco.

—¿Te pone nerviosa Bob? —pregunta.

—¿Bob? Bob es un caso terminal de bondad. Lo aprecio.

—Yo también. Es un verdadero tesoro.

Di:

—Sí, es un amigo de verdad.

—He dicho tesoro, no amigo —dice Moss.

Las cosas quedan en silencio. Últimamente os habéis estado oyendo mal el uno al otro. Anoche mismo le dijiste en la cama: «Moss, no soy aficionada a hablar de las cosas privadas del sexo, pero...». Y te replicó: «A mí tampoco me gustan las cochinas del sexo». Y se quedó dormido, rascando la oscuridad con unos ronquidos como zombis.

Turnaos para aclararos. No le digas que está acaparando el agua. Pregúntale por fin:

—¿Crees que Bob es *gay* ?

—Claro que es *gay*.

—¿Cómo lo sabes?

—Ah, no sé. Suele estar en el Sammy's, en el centro comercial.

—¿Es un bar de *gays* ?

—Un poco de todo —responde Moss encogiéndose de hombros.

Piensa: Un poco de todo. Muy propio de los centros comerciales.

—¿Has estado allí alguna vez?

Frótate vigorosamente entre los pechos.

—Algunas veces —admite Moss mientras el agua se va enfriando.

Di:

—Ah.

Después, cierra el grifo, sal a la esterilla del baño. Pásale una toalla a Moss.

—Supongo que no voy mucho a esos sitios porque con mi trabajo intento revivir el pobre barrio del centro.

—Supongo que es eso —dice Moss mientras las sombras de luz de vela tiemblan en la cortina de la ducha.

9/12 . Hace dos años, cuando Moss se vino a vivir aquí, despertarte por la mañana tenía algo de emocionante. Podías levantarte, vestirte y, sabiendo que tu amante estaba dormido en la cama, salir en coche entre el tráfico de oficinistas y trabajadores de fábricas de primera hora de la

mañana, con la sensación de que lo poseías todo. Tu hombre, como en una canción de Patsy Cline, en casa bajo tus sábanas, bombeando sangre por todo tu día como un corazón.

Ahora sientes una fascinación morbosa por los telediarios. Te levantas, te vistes, enciendes el televisor, te sientas delante con un cuenco de cereales en el regazo, maldices por lo bajo a todos los gobiernos de todas partes, te subes a tu coche, vas al trabajo, te preguntas cómo es posible que el sol tenga el descaro de asomarse, te preguntas por qué parece que el mundo se acelera, hasta las viejecitas te adelantan por la carretera, por qué no tienes una sola fantasía erótica en la que no salga Moss, pregúntate si verdaderamente existen las vitaminas y si prefieres morirte de cáncer o en accidente de coche; el hombre al que amas, en casa, dormido, es como un corazón pesado, pesado, a lo largo de tu día.

—Malditas zapatillas —dice Morgan en el trabajo.

• • •

10/12 . Ahora a la gata le ha dado por subirse a la bañera y ponerse debajo del grifo que gotea para limpiarse. Deja que se le amontone el agua en la cara y después se frota quitándose limpiamente las legañas de los ojos.

—¿Verdad que es maravillosa? —le preguntas a Moss.

—Sí. Ven aquí, montoncito de pulgas —dice, y le da una palmada a la gata en las ancas como si fuera un perro.

—No es un perro, Moss. Es una gata.

—Es verdad. Es una gata. Recuérдалo, Trudy.

11/12 . El teléfono otra vez. Suena y cuelgan.

12/12 . Moss sigue llegando a casa muy tarde. Cumple su deber de acariciarte como una persona muy cansada que tiene que sacar la basura y echar el cerrojo por la noche.

Duerme con los brazos doblados tras la cabeza, con los codos levantados, traicioneros como dagas, como la cuadriga enemiga en *Ben-Hur*.

13/12 . Compra un árbol de Navidad, adornos, un soporte, y llévalos a rastras a casa para ponerlos para Moss. Enséñale tu sorpresa.

—¿Por qué están todas las luces amontonadas por detrás? —pregunta, cerrando la puerta de la calle después de entrar.

—Ya lo sé —responde—. ¿Verdad que son estupendas? Espera y verás cuando le ponga el espumillón.

Pon un puñado de carámbanos de plata, a manojos como brotes de alfalfa, en los extremos de todas las ramas.

—Muy mono —dice Moss, besándote y soltándote después.

Síguelo al baño. Pregúntale cómo han ido los ensayos. Señala la caja de arena de la gata y canta: «Ésta es mi caja. No viajo nunca sin mi caja».

Di:

—No estás bien, Moss.

Juguetea con las trabillas de su cinturón.

14/12 . A la gata le está creciendo el pelo del cuello, que parece una gola de la época de Jacobo I.

—Está en celo —dice Moss, como si de pronto entendiera de esas cosas—. ¿Cuándo vamos a dejarla salir?

—Algún día, cuando sea mayor.

La gata últimamente se planta en la ventana de delante como un hipocondríaco que se mete en la cama. Cuando está allí, más que tú le interesan los coches, los dedos nudosos de los árboles, alguna ardilla que pasa de vez en cuando, las vías del tren como largas escaleras de mano caídas. Llámala:

—Ven, puchi-cuchi-cielo.

Adúlala, sobórnala con comida.

• • •

15/12 . En la ciudad ponen películas: una sobre Brasil y otra sobre el abandono sexual en el ambiente rural del estado de Nueva York.

—¿Qué me dices, Moss? ¿Quieres que vayamos al cine este fin de semana?

—No puedo —dice Moss—. Ya sabes lo ocupado que estoy.

16/12 . Las noticias de la noche están llenas de muerte: chicos de la marina, madres jóvenes, niños pequeños. Comparada con ellos has vivido una eternidad. En una especie de cielo.

17/12 . Dale a tu gata una patata y deja que regatee con ella como si jugara al fútbol. Ya coordina más, representa pequeños dramas con la patata, finge que la ha conquistado, se pasea pisándola, después vuelve a empujarla. Ya no se tambalea ni choca con los cajones. Está aprendiendo movimientos. Ve la patata junto a la pata del tocador, la acecha y le salta encima. Cuando se aburre, se sube al alféizar y mira a la calle, moviendo la cola. Ya la han detectado otros gatos, vienen de noche. Aunque querrá salir, no la dejes pasar de la puerta de la calle.

18/12 . Suena el teléfono. Contestas «diga» y la persona que llama cuelga. Vuelve a sonar a los dos minutos, sólo que esta vez lo coge Moss en la habitación de al lado, habla en voz baja, de manera críptica, no con la voz telefónica campechana del Moss de antaño. Cuando cuelga, entra como quien no quiere la cosa y di con aire de estar de vuelta de todo:

—¿Y quién era?

—Basta —responde Moss—. Basta ya.

Pregúntale qué es eso tan importante, dile que era Sonia, ¿verdad?

—Basta —dice Moss—. Te estás portando como si fueras mi esposa. Todo se repite.

Di que nada se repite. Nada, nada, nada.

—Sonia, ¿verdad?

—Trudy, tienes que dejarlo de una vez. Has estado oyendo *Tosca* demasiado. Voy a salir a comprarme una hamburguesa. ¿Quieres algo?

No llores. Contesta con monosílabos. Di:

—No. Bien. Ve.

Di:

—Por favor, no dejes salir a la gata.

Di:

—Ponte un sombrero, hace frío.

19/12 . En realidad, lo que has estado escuchando ha sido *Los grandes éxitos* de Dionne Warwick: te sirve como cirugía cardíaca musical a corazón abierto. A veces coges a la gata en brazos y bailas el vals con ella, que ronronea intermitentemente, con interferencias, como un *walkie-talkie*.

Cuando suena *Sabes el camino de San José*, la dejas en el suelo, bailas un charlestón desafortunado mientras ella te ataca los pies con medias, como si fueran grandes roedores.

A veces te chocas con el árbol de Navidad.

A veces te dejas caer en una silla y te convences de que las cosas siguen bien.

Cuando Robert MacNeil habla de la inflación galopante, te lo imaginas entrando en un motel a galope sobre una muñeca hinchable. Así es como te diviertes tú sola de vez en cuando.

Cuando llega Moss, a las cuatro de la madrugada, susurra:

—En este mundo hay muchas personas, Moss, pero no puedes estar enamorado de todas.

—No lo estoy —dice—, no estoy enamorado de las modas.

20/12 . Las tiendas del centro comercial se quedan abiertas la última semana antes de Navidad. Se supone que Moss debe estar allí, «en el local de al lado del local de Santa Claus», para un espectáculo de promoción de *Amahl y los visitantes nocturnos* . Decide acudir en coche. Quizá puedas encontrar en las tiendas de ropa de hombre un jersey para Moss, tal vez incluso otro para Bob. La Navidad del año pasado fue mala: Moss y tú devolvisteis a la tienda los regalos que os hicisteis el uno al otro para que os devolvieran el dinero. Este año queréis hacerlo mejor. Quieres comprar jerséis.

A las siete de la tarde, el aparcamiento del centro comercial ya está lleno igual que una bolsa, como diría Moss, aunque consigues encontrar sitio.

La entrada del centro comercial huele por dentro a palomitas pasadas, a calor seco y a orina de vagabundos de tres días. Un borracho, derrumbado junto a la puerta, sonrío y te hace un brindis con nada.

Di:

—Salud.

Para hacer el recorrido hasta los locales del otro extremo del centro comercial, empieza por asomarte a las pequeñas tiendas que hay a lo largo del camino. Compara los precios con los de Owonta Flair: aquí todo es un poco más barato. Compra cosas, sobre todo para Moss y la gata.

En la tienda de comida para animales, la cajera te entrega tu compra en una bolsa, te sonrío y te dice:

—Feliz Navidad.

Responde:

—Igualmente.

En la tienda de jerséis de hombres, la cajera te entrega la compra en una bolsa, te sonrío y te dice:

—Feliz Navidad.

Contesta:

—Igualmente.

En la tienda de cinturones, la cajera te entrega tu compra en una bolsa, te sonrío y te dice:

—Vuelva a venir por aquí.

Di:

—Igualmente.

Siente calor. Entrecierra los ojos hasta dejarlos como semillas.

• • •

En el local que está junto al local de Santa Claus sólo hay un hombre mayor, vestido con un mono gris, que cierra sillas plegables.

Di:

—Perdone, ¿no están aquí los de *Amahl y los visitantes nocturnos* ?

El hombre se detiene un momento.

—Hay visitantes —dice, señalando hacia fuera y a su alrededor, a toda la gente que está de compras.

Gente de compras en anorak. Gente de compras que se mueve tan despacio como el invierno. Gente de compras que lleva horas enteras sin ver un paso de peatones ni una ventana.

—Me refiero al ensayo general de la ópera.

—¿Los cantantes? —Consulta su reloj—. Se han largado hace un rato.

Dale las gracias y ve hasta el Cine 1-2-3, a leer los carteles de las películas.

Cuando te vuelves para marcharte, ves a Moss y a Bob salir juntos del bar que está junto al cine. Parecen cansados.

Colócate los paquetes. Acércate. Di:

—Hola, me parece que me he perdido el espectáculo de promoción, y estaba pensando ver una película.

—Hemos terminado temprano —dice Moss—. Sonia no se sentía bien. Bob y yo hemos entrado en el Sammy's para tomarnos una copa.

Levanta la cabeza y lee el letrero que dice, claro está, SAMMY'S.

Bob sonrío y te saluda:

—Buenas tardes, Trudy.

Bob, al decir siempre «buenas tardes» y nunca «hola», suena siempre un poco como el señor Rogers.

A Moss se le ve un poco el maquillaje y las arrugas hechas con pegamento. Le asoma la barba postiza del bolsillo del abrigo. Sonríe. Di:

—Vaya, Moss. Yo que había creído hasta ahora que era Sonia, y resulta que es Bob.

Dale un golpecito en la barbilla. Mantén firme la sonrisa. Eres la única que sonrío. Ni siquiera Bob. Está claro que has dicho lo que no debes.

—No me jodas, Trudy —dice Moss finalmente, recogiendo con la palma de la mano el pelo de la frente.

Bob se revuelve inquieto dentro de su abrigo.

—Creo que se me ha olvidado una cosa —comenta—. Nos vemos luego.

Y toca a Moss en el brazo, se gira, vuelve a desaparecer de nuevo en el Sammy's.

—Dios santo, Trudy —resuena de pronto la voz de Moss por el centro comercial.

Ves que están cerrando algunas tiendas, salen hombres a echar los cierres metálicos. Santa Claus ha salido del local y se está comiendo un bollo relleno de huevo.

Moss se aparta de ti, se dirige a la salida a paso de carga, un gigante enfadado al que le asoma una barba postiza del bolsillo del abrigo. Corre tras él y cógelo de la manga, oblígale a detenerse. Di:

—Lo siento, Moss. ¿Qué estoy haciendo? Dime. ¿Qué he hecho mal?

Lo miras a la cara, con las líneas anaranjadas y marrones y las manchas de pegamento, y lo comprendes: no se da cuenta de que has planificado vuestra vida en común. De que has pensado incluso en vuestra muerte en común, que en realidad no es una muerte, sino más bien como un *pas de deux*. Como Gene Kelly y Leslie Caron en *Un americano en París*, sólo que más viejos.

—Es que no dejas en paz a nadie —dice Moss, escupiendo cada consonante como si fuera una espina de pescado.

Di:

—¿En paz a nadie? No lo entiendo. ¿Qué nos pasa, Moss?

Quieres ayudarlo, rescatarlo, construirle casas y rodearlas de prados magníficos.

—¿Nos?

Moss habla con voz sonora. Se pone los guantes. Te dice que eres una cría. Tiene que marcharse. Según él has conseguido reducir el amor, como el tiempo meteorológico, a un mapa y una muchacha, y tiene que alejarse de ti, vivir en otra parte una temporada y pensar.

La bolsa de la comida para gatos se te desliza y cae.

—La ópera es dentro de tres días, Moss. ¿Adónde te vas a ir?

—Ahora mismo voy a tomarme una hamburguesa —responde.

Y se dirige furioso a las puertas del centro comercial, las empuja una por una hasta que encuentra la que está abierta.

• • •

Quédate mirando el puesto de dulces del cine y murmura entre dientes. «Ricos y abundantes. No hay nada rico ni abundante». Se te cae el flequillo sobre los ojos. Oyes *Jingle Bells* una y otra vez.

En los cines de tu infancia, en el centro de la ciudad, todo estaba hecho de madera tallada; en el servicio de señoras había fotos enmarcadas de Elizabeth Taylor y Ava Gardner. Los cines tenían nombres: el Rialto, el Paramount. Había acomodadores y gente rica y abundante.

Acomodadores con linterna y corbata de pajarita. Eso es lo que ha cambiado. No hay acomodadores. Ahora tienes que apañártelas tú sola.

—Trudy —dice una voz detrás de ti—. ¿Te gustaría que te acompañasen al cine?

La construcción impersonal. Es la de Bob. Vuélvete a mirarlo, pero, como con los ricos y abundantes, no llegas a verlo, todo lo que te rodea es borroso y difuso como una mota en el ojo.

Contesta:

—Claro. Por qué no.

En el Cine 3, sentaos en asientos cerca del pasillo. Escucha el hilo musical. El aire huele como el de los aviones.

—Lo de Moss es extraño —dice Bob mirando al frente—. Está tan ocupado con la ópera que se siente presionado con ciertas cosas. Al final está inquieto y ahogado. Pero, Trudy, Moss es un hombre bueno. De verdad.

No respondas nada, y después pregunta:

—¿Qué Moss?

Quédate mirando fijamente el telón iluminado por las luces de color rosa. Intenta concentrarte en cuestiones más importantes, en cosas como la lluvia ácida.

Bob da golpecitos con los dedos en el brazo de metal del asiento. Di:

—Mira, Bob, no soy idiota. Nací en Nueva York. Viví allí hasta los cuatro años. Vamos. Cuéntame: ¿con quién se acuesta Moss?

—Que yo sepa —contesta Bob, tan serio y seguro como una hipótesis probada—, Moss no se acuesta con nadie.

Sigue mirando las luces de color rosa. Después, di con una voz fuerte de contralto:

—Se acuesta conmigo, Bob. Ya sabes con quién se acuesta.

Cuando se amortiguan las luces y se abre el telón, aparecen en la pantalla unos encendedores pequeños que te dicen que no fumes. Después, tráilers de las películas que pondrán próximamente. Bob se inclina hacia ti, dice:

—Estos tráilers son horribles.

Di:

—Sí. Próximamente nada bueno.

Hay tantos que se te olvida qué película has ido a ver. Cuando salen los créditos, te pillan por sorpresa. Las imágenes se funden entre sí como un dolor de cabeza. Parece que trata de una mujer cuyo amante ha perdido el interés por ella y ha empezado a comportarse de manera inexplicable: grita por el gato y monta escenas en los centros comerciales.

—¿De qué trata esta película?

—De Brasil —susurra Bob.

El público ha empezado a reírse de algo que hace alguien; estás tensa, exiliada de la alegría.

—Bob, me voy a marchar —susurra—. ¿Te quieres venir?

—Sí, la verdad es que sí —responde Bob.

Son las diez y media y hace frío. Las tiendas del centro comercial están ya cerradas. En el aparcamiento, los coches se marchan. Dile a Bob:

—Dios mío, Bob, mira cuánta gente viene aquí de compras.

De pronto, todo el mundo te parece como un barrio céntrico que se muere poco a poco.

Localiza tu coche y empieza a dirigirte hacia él. Bob te coge de la manga.

—Mi coche está hacia el otro lado. Escucha, Trudy. Sobre Moss: le pase lo que le pase, decida lo que decida, él te quiere. Sé que te quiere.

Suéltate con delicadeza. Da un paso hacia un lado, hacia tu vehículo. Faros, faros y ruedas que crujen por todas partes. Di:

—Bob, eres una buena persona. Pero sentimental a más no poder. —Gira sobre el talón de tu bota y ponte a andar.

En casa, la gata se niega a bailar contigo la música de Dionne Warwick. Se queda sentada en el alféizar de la ventana, con un ruido sordo en la garganta, la cola hecha un péndulo peludo. Sin duda, fuera tiene pretendientes que le suplican que no sea tan dura de corazón.

—¿Tienes amigos ahí fuera?

Cuando apagas el equipo de música, ella salta del alféizar y se enrosca amorosamente a tus tobillos. Dile algo que nunca creíste que llegarías a decir. Pregunta: «¿Quieres salir?». Te mira, toda esperanza y súplica, y te sigue hasta la puerta, observándote con atención la mano mientras la mueves hacia la manilla: quiere que la dejes salir, que la dejes salir y punto. Empieza despacio, gira, tira. Cede la resistencia de la puerta y del marco y la noche fría se insinúa como una especie de futuro. No se marcha inmediatamente. Pero se le electriza todo el cuerpo, oteando el jardín en busca de ojos y de crujidos, y los detecta de pronto un poco a la izquierda de la farola (cuatro, cinco brillos fosforescentes), y sin un solo titubeo, sin una sola mirada atrás, sale, salta del porche, se adentra después en algo dulce y desconocido, en algo desconocido y conocido, de alguna manera, en una religión nueva pero muy antigua.

21/12 . Toda adoración es tan temporal como la Navidad.

Moss se pasa a recoger unas cosas. Se va a alojar con Baltasar y, después, cuando termine la ópera, las Navidades y todo, se buscará un sitio cómodo en alguna parte.

Asiente con la cabeza.

—Cómico. Estupendo. Así es el infierno: cómodo.

Te dan ganas de preguntarle si todo esto es una ópera estúpida en la que él se marcha para que no tengas que sufrir su muerte trágica, azulada, de tisis.

—Es algo que tengo que hacer, nada más —explica.

Abre armarios en la cocina, armarios empotrados en el pasillo, baja cajas, tazas, botas. Lo hace despacio, sin rabia, te sientes agradecida.

—¿Qué has hecho esta noche? —pregunta sin mirar, pero con una voz tan apremiante como si te tocara.

—He estado viendo a MacNeil-Lehrer dos horas. Lo puedes ver en el canal siete y después, más tarde, en el canal cuatro.

—Es verdad —asiente Moss—. Ya lo sé.

Una pausa. Añade después:

—Anoche dejé salir a la gata. Por fin.

Moss te mira y sonrío.

Devuélvele la sonrisa y encógete de hombros como si el mundo fuera una comedia que sólo ahora empezáis a apreciar. Moss comienza a ponerte una mano en el hombro, pero después la retira.

—Felicidades, Trudy —murmura.

—Pero no ha vuelto todavía. No la veo desde anoche.

—Ya volverá —dice Moss—. Sólo ha pasado un día.

—Pero ha sido un día entero. Quizá deba poner anuncios.

—Sólo ha pasado un día. Volverá. Ya lo verás.

Apártate de él. Fuera, ante la farola, cae algo que parece nieve. Vuelve a pensar en MacNeil-Lehrer. Di con voz tranquila:

—¿Sabes? Hay personas que saben de estas cosas más que nosotros y que dicen que no hay manera de salvarnos de una guerra nuclear, que la habrá con toda seguridad, que es cuestión de tiempo. Y cuando llegue, disolverá todos nuestros sistemas de comunicaciones, fundirá los chips de silicio...

—Trudy, por favor.

Quiere que te calles. Reconoce ese matiz de tu voz, ese tono de MacNeil-Lehrer. El mundo entero que se te anuda en la lengua y se hunde.

—Y entonces, si te has ido a vivir a otra parte, en algún otro lugar cómodo, ¿cómo podré ponerte en contacto contigo? Estaré sola, Moss, con mis zapatillas rosas y atómicas, mientras todo el planeta explota a mi alrededor, no podré hablar contigo, decirte...

En quinto de primaria aprendiste las primeras palabras que se dijeron por teléfono: «Señor Watson, venga aquí, lo necesito». Y de pronto, cuando lo miras, sus mejillas gruesas como patatas, su pelo rubio como una escoba, caes en la cuenta como caería en la cuenta un niño: algún día, el hombre a quien amas como a nadie morirá. Por mucho que lo ames, no podrás salvarlo. No importa cuánto lo quieras: nada, nadie perdura.

—Moss, no estamos seguros.

Como si no hubiera temblor de paredes ni el suelo se agitase, unos zapatos se mueven sobre una alfombra deshilachada igual que el pánico, y parece que Moss se abre, flota hacia ti, sus rasgos empiezan a deslizarse en diagonales que bajan, parece que en su espalda se disuelve un chip y eso le permite inclinarse. Extiende los brazos para acercarte a su pecho. Los botones de su camisa se te clavan y su barbilla te rodea, se cierra alrededor de tu cuello. Cuando se haya marchado, el mundo será tan monótono como Marte.

—No pasa nada —susurra Moss, moviendo los labios contra tu pelo. Las cosas se difuminan como una mentira poco brillante—. No pasa nada — repite.

Cómo hacerse escritora

En primer lugar, intenta ser alguna otra cosa, lo que sea. Estrella de cine-astronauta. Estrella de cine-misionera. Estrella de cine-maestra de jardín de infancia. Presidenta del mundo. Fracasa estrepitosamente. Lo mejor es que fracases a edad temprana, a los catorce años, digamos. La desilusión temprana, grave, es necesaria para que a los quince años puedas escribir largas secuencias de hai-kus sobre el deseo frustrado. Es un estanque, una flor de cerezo, un viento que roza el ala de la alondra que vuela hacia la montaña. Cuenta las sílabas. Enséñaselo a tu madre. Ella es dura y práctica. Tiene un hijo en Vietnam y un marido que quizá tenga una aventura con otra. Es partidaria de vestir de marrón porque disimula las manchas de la piel. Echará una ojeada a lo que has escrito y después te volverá a mirar con cara tan inexpresiva como una rosquilla. Te dirá: «¿Y si vacías el lavaplatos?». Aparta la vista. Echa los tenedores al cajón de los tenedores. Rompe sin querer un vaso de los que regalan en las gasolineras. Ese es el dolor y el sufrimiento que se requiere. Y eso es sólo el comienzo.

En tu clase de Lengua y Literatura del instituto, mira la cara del señor Killian. Llega a la conclusión de que las caras son importantes. Escribe unos tercetos sobre los poros. Esfuérate. Escribe un soneto. Cuenta las sílabas: nueve, diez, once, trece. Decide experimentar con la ficción. En esto no hay que contar las sílabas. Escribe un cuento corto acerca de una pareja de ancianos que se matan el uno al otro de un tiro por accidente, a consecuencia de una avería inexplicable de una escopeta de caza que una noche aparece misteriosamente en su cuarto de estar. Dáselo al señor Killian como trabajo de fin de curso. Cuando te lo devuelve, ves que ha escrito: «Algunas de tus imágenes están muy bien, pero no tienes sentido del argumento». Cuando estés en casa, en la intimidad de tu dormitorio, escribe a lápiz con letras tenues bajo sus comentarios en tinta negra: «Los argumentos son para los muertos, cara de cráter».

Coge todos los trabajos de canguro que puedas. Los niños se te dan de maravilla. Te adoran. Les cuentas cuentos sobre viejos que se mueren de manera absurda. Les cantas canciones como *Las campanillas azules de Escocia*, su favorita. Y cuando están en pijama y han dejado de pellizcarse por fin, cuando están bien dormidos, lees todos los manuales sobre la vida sexual que hay en la casa y te preguntas cómo es posible que alguien pueda hacer esas cosas con alguien a quien ama de verdad. Quédate dormida en una butaca leyendo el *Playboy* del señor McMurphy. Cuando lleguen los McMurphy, te darán un golpecito en el hombro, mirarán la revista que tienes en las rodillas y sonreirán. Te darán ganas de morirte. Te preguntarán si Tracey se ha tomado su medicina como es debido. Explícales que sí, que se la ha tomado, que le

prometiste que le contarías un cuento si se la tomaba como una niña mayor y que al parecer ha dado muy buen resultado.

—¡Oh, maravilloso! —exclamarán.

Intenta sonreír con orgullo.

Matricúlate en la universidad para estudiar psicología infantil.

En los estudios de psicología infantil tienes varias optativas. Siempre te han gustado los pájaros. Apúntate a una cosa que se llama «Estudio ornitológico de campo». Se reúnen los martes y los jueves a las dos. Cuando el primer día de clase llegas al aula 134, todo el mundo está sentado alrededor de una mesa de seminario hablando de las metáforas. Has oído hablar de ellas. Después de un rato corto, insoportable, levanta la mano y pregunta con timidez:

—Perdón, ¿no es esto Ornitología Uno?

La clase se interrumpe y todos se vuelven a mirarte. Parece que todos tienen una única cara, gigante y vacía como un reloj destrozado. Alguien con barba dice con voz atronadora:

—No, esto es Creación Literaria.

Replica:

—Ah, bueno. —Como si quizá lo supieras desde el primer momento.

Mira tu horario de clases. Pregúntate cómo demonios has ido a parar allí. Por lo visto, el ordenador ha cometido un error. Empiezas a levantarte para irte pero no te vas. Esta semana hay unas colas inmensas en secretaría. Quizá deberías seguir adelante con este error. Quizá tu creación literaria no sea tan mala. Quizá sea el destino. Quizá fuera esto lo que quería decir tu padre cuando dijo:

—Estamos en la era de los ordenadores, Francie, estamos en la era de los ordenadores.

Llega a la conclusión de que te gusta la vida de la universidad. En la residencia conoces a mucha gente agradable. Algunos son más listos. Y observas que algunos son más tontos que tú. Por desgracia, seguirás viendo el mundo exactamente en estos términos durante el resto de tu vida.

La tarea de esta semana en Creación Literaria es narrar un suceso violento. Presenta un relato en el que cuentas un viaje en coche con tu tío Gordon y otro sobre dos ancianos que se electrocutan por accidente cuando intentan encender una lámpara de escritorio que tiene una conexión suelta. El profesor te las devolverá con comentarios: «Buena parte de lo que escribes posee soltura y energía. Pero tienes un concepto

absurdo de lo que es un argumento». Escribe otro relato sobre un hombre y una mujer que, ya en el primer párrafo, pierden accidentalmente la parte inferior del tronco por una explosión de dinamita. En el segundo párrafo se compran entre los dos un puesto de helados de yogur con el dinero del seguro. Hay seis párrafos más. Lo lees todo en voz alta en la clase. No le gusta a nadie. Dicen que tienes un sentido del argumento escandaloso e incompetente. Después de la clase, alguien te pregunta si estás loca.

Llega a la conclusión de que quizá debas dedicarte a las comedias. Empieza a salir con un chico divertido, con un chico de aquellos que, cuando estabas en el instituto, decía que tenían «un sentido del humor estupendo», y que ahora los de tu clase de Creación Literaria llaman «el autodesprecio que hace surgir las formas cómicas». Apúntate todos sus chistes, pero no se lo digas. Inventa anagramas del nombre de su antigua novia y pónselos como nombre a todos tus personajes con desajustes sociales. Dile que su antigua novia sale en todos tus cuentos y verás entonces lo divertido que puede ser, verás el gran sentido del humor que puede llegar a tener.

Tu tutor de psicología infantil te dice que estás descuidando las asignaturas de tu especialidad. Debes dedicar la mayor parte de tu tiempo a los estudios de tu especialidad. Di que sí, que lo entiendes.

En los seminarios de Creación Literaria de los dos años siguientes, todo el mundo sigue fumando cigarrillos y preguntando las mismas cosas: «Pero ¿funciona?». «¿Por qué debe importarnos este personaje?». «¿Te has ganado este cliché?». Parecen preguntas importantes.

Los días que te toca a ti, miras a los demás con esperanza mientras leen tus fotocopias en busca de un argumento. Después ellos te miran a ti, respiran hondo y te sonríen con amabilidad.

Pasas demasiado tiempo hundida y desmoralizada. Tu novio te recomienda que realices paseos en bicicleta. Tu compañera de habitación te recomienda que cambies de pareja. Te dicen que te estás automutilando y que pierdes peso, pero sigues escribiendo. La única felicidad que tienes es escribir algo nuevo, en plena noche, con las axilas húmedas, el corazón palpitante, algo que no ha visto nadie todavía. Sólo tienes esos momentos breves, frágiles, no probados, de regocijo en los que lo sabes: eres un genio. Comprende lo que debes hacer. Cambia de especialidad. Los niños de tus prácticas de guardería se llevarán una desilusión, pero tienes una vocación, un impulso, un engaño, un hábito desafortunado. Como diría tu madre, te has juntado con malas compañías.

¿Por qué escribir? ¿De dónde sale la escritura? Son cuestiones que te debes plantear. Como ¿de dónde sale el polvo?; o ¿por qué hay guerra?; o, si hay Dios, ¿por qué se ha quedado cojo mi hermano?

Son preguntas que te guardas en la cartera, como tarjetas de visita. Tu profesor de Creación Literaria dice que son preguntas que está bien que te plantees en tus diarios, pero rara vez en tus obras de ficción.

En este semestre de otoño, el catedrático de Creación Literaria hace hincapié en el poder de la imaginación. Lo cual significa que no quiere largos relatos descriptivos de tu acampada de julio pasado. Quiere que empieces en un contexto realista pero que lo cambies después. Como una nueva combinación del ADN. Quiere que dejes volar las velas de tu imaginación, que se hinchen al viento. Es una frase de Shakespeare.

Cuéntale a tu compañera de habitación tu gran idea, tu gran ejercicio de poder imaginativo: una adaptación de Melville a la vida contemporánea. Tratará de la monomanía y del mundo de los seguros de vida en Rochester, estado de Nueva York, donde el pez grande se come al chico. La primera frase será «Llamadme Pescael», y su protagonista será un marido menopáusico de un barrio residencial llamado Richard, que está siempre de un lado para otro y por esa razón Elaine, su mujer, ingeniosa, lo llama «Móvil Dick». Dile a tu compañera de habitación: «Móvil Dick, ¿lo pillas?». Tu compañera de habitación te mira con la cara tan inexpresiva como un kleenex. Se acerca a ti en plan amiga y te pasa un brazo por esos hombros en los que llevas tanta carga.

—Mira, Francie —dice, hablando tan despacio como en una sesión de fonoterapia—. Vamos a salir a tomarnos una buena cerveza.

• • •

Tampoco les resulta convincente a los del seminario. Sospechas que empiezan a tenerte lástima. Te dicen:

—Debes pensar en lo que pasa. ¿Qué se explica aquí?

En el semestre siguiente, el catedrático de Creación Literaria está obsesionado por la escritura a partir de vivencias personales. Debes escribir sobre lo que sabes, sobre lo que te ha pasado. Quiere muertes, quiere acampadas. Piensa en tus vivencias. En tres años te han ocurrido tres cosas: has perdido la virginidad, tus padres se han divorciado y tu hermano volvió de un bosque a dieciséis kilómetros de la frontera camboyana sólo con medio muslo y una mueca permanente alojada en un ángulo de la boca.

Sobre lo primero, escribes: «Creó un espacio nuevo, que dolía y gritaba en una voz que no era la mía, “Ya no soy la misma, pero estaré bien”».

Sobre lo segundo escribes un relato complicado acerca de un matrimonio de ancianos que se encuentran una mina desconocida en su cocina y explotan accidentalmente. Lo titulas: «En la salud o en la encimera».

Sobre lo último no escribes nada. Para eso no hay palabras. No encuentras palabras.

En los cócteles de estudiantes, la gente te dice: «Vaya, ¿escribes? ¿Sobre qué escribes?». Tu compañera de habitación, que ha tomado demasiado vino, demasiado poco queso y ninguna galleta salada, suelta:

—Ay, Dios mío, siempre escribes del tonto de su novio.

Más adelante, a lo largo de tu vida, aprenderás que los escritores no son más que textos abiertos, impotentes, que carecen de una verdadera comprensión de lo que han escrito, y que por lo tanto deben creerse en parte todo y cualquier cosa que digan de ellos. Pero aún no has llegado a esa etapa de crítica literaria. Te pones rígida y dices: «No es verdad», del mismo modo que lo dijiste cuando una compañera de cuarto de primaria te acusó de que ibas a clase de oboe porque te gustaba, y no porque te obligaban tus padres.

Insiste en que no te interesa mucho ningún tema único, que lo que te interesa es la música del lenguaje, que te interesan las... las... sílabas, porque son los átomos de la poesía, las células de la mente, el aliento del alma. Empieza a sentirte indispuesta. Mira fijamente el interior de tu vaso de plástico lleno de vino.

Oirás que alguien pregunta «¿las sílabas?» con una voz que se va perdiendo mientras se desliza despacio hacia el blanco tranquilizador de la salsa.

Empieza a preguntarte de qué escribes. O si tienes algo que decir. O si existe algo que decir. Limita esos pensamientos a diez minutos al día; te pueden hacer adelgazar, como los abdominales.

Leerás en alguna parte que todo lo que es escribir tiene que ver con los propios órganos genitales. No le des vueltas. Te pondrá nerviosa.

• • •

Vendrá a visitarte tu madre. Verá las ojeras que tienes y te entregará un libro marrón en cuya portada aparece un maletín también marrón. Se titula *Cómo hacerse ejecutivo*. También te ha traído el libro de *Nombres para niños y niñas* que le pediste; uno de tus personajes, el maestro-payaso viejo, necesita un nombre nuevo. Tu madre sacudirá la cabeza y dirá:

—Francie, Francie, ¿te acuerdas de cuando querías licenciarte en psicología infantil?

Di:

—Mamá, a mí me gusta escribir.

Ella dirá:

—Claro que te gusta escribir. Por supuesto. Claro que te gusta escribir.

Escribe un relato acerca de un estudiante de música confuso y titúlalo: *Schubert era el de gafas, ¿verdad?* No tiene mucho éxito, aunque a tu compañera de habitación le gusta la parte en que los dos violinistas explotan accidentalmente en una sala de conciertos.

—Una vez salí con un violinista —comenta, y haz estallar un globo de chicle.

Da gracias a Dios de que estás cursando otras asignaturas. Puedes encontrar refugio en las pegas ontológicas del siglo XIX y en los rituales de apareamiento de los invertebrados. Ciertos moluscos globulares practican lo que se llama «el sexo por el brazo». Por ejemplo, el pulpo macho pierde el extremo de un tentáculo al ponerlo dentro del cuerpo femenino durante el apareamiento. Los biólogos marinos lo llaman «el séptimo cielo». Alégrate de saber esas cosas. Alégrate de no ser simplemente escritora. Solicita el ingreso en la facultad de Derecho.

A partir de aquí pueden ocurrir muchas cosas. Pero la principal será ésta: al final decides no ir a la facultad de Derecho, y en su lugar pasar una parte importante, sustancial, de tu vida adulta contando a la gente por qué razón finalmente decidiste no ir a la facultad de Derecho. De alguna manera acabas escribiendo otra vez. Quizá hagas cursos de posgrado. Quizá trabajes aquí y allá y asistas a cursos nocturnos de Creación Literaria. Quizá trabajes en una novela y estés anotando todos los comentarios ingeniosos y las confesiones personales íntimas que oyes a lo largo del día. Quizá estés perdiendo a tus amigos, a tus conocidos, tu equilibrio.

Has roto con tu novio. Ahora sales con hombres que, en lugar de susurrarte «te quiero», te gritan «házmelo, nena». Eso es bueno para ti como escritora.

Antes o después tienes un manuscrito, más o menos terminado. La gente lo mira con una vaga inquietud y te dice:

—Estoy seguro de que siempre tuviste la fantasía de ser escritora, ¿verdad?

Los labios se te quedan secos como la sal. Di que, de todas las fantasías posibles que hay en el mundo, no te puedes imaginar que la de ser escritora esté siquiera entre las veinte más interesantes. Explícales que ibas a licenciarte en psicología infantil.

—Estoy seguro de que se te darían muy bien los niños —suspiran siempre.

Haz una mueca feroz. Di que eres un cardo andante.

Deja las clases. Deja los trabajos. Vende los antiguos bonos de ahorro. Ahora tienes tiempo en las manos, como si fueran verrugas. Copia despacio todas las direcciones de tus amigos en una agenda nueva.

Pasa la aspiradora. Mastica caramelos para la tos. Ten una carpeta llena de fragmentos.

Un párpado que se oscurece de lado.

El mundo como conspiración.

¿Posible argumento? Una mujer se sube a un autobús.

¿Y si organizases una relación amorosa y no se presentara nadie?

En casa bebe mucho café. En el restaurante Howard Johnson pide la ensalada de col. Piensa que se parece al confeti esponjoso de un mapa: los sitios donde has estado, adonde vas. «Usted está aquí», dice la estrella roja en el dorso del menú.

De vez en cuando, un hombre con quien sales, con la cara tan inexpresiva como una hoja de papel, te pregunta si los escritores se desaniman con frecuencia. Dile que unas veces sí y otras también. Dile que se parece mucho a tener la polio.

—Interesante —responde él sonriendo, y después se mira el vello de los brazos y comienza a alisárselo, todo, siempre, en la misma dirección.

Llenar

Los apetitos no tienen dignidad. La mirada pálida, patética, en los autoservicios de ensalada; las carreras por algún consumo inacabable: no soy ninguna excepción. Me crié con los catálogos de Ward; Dios, esos juguetes y pantalones cortos lo ponen todo, todo, de un turquesa maravilloso. Suspiraba por las grandes aceitunas negras de los restaurantes, por los aderezos de fantasía con trozos generosos. Me quedaba mirando como un sapo las máquinas de bolas de chicle. Y ahora que tengo treinta y cinco años he robado dinero sin más motivo que este impulso tiránico sin nombre. Me ha subido de la boca una erupción con ampollas, roja y resbaladiza, que le da a mi cara un aspecto vagamente genital, descontrolado. Tengo un tic reciente en un ojo, en el ángulo exterior, algo que tiembla, que intenta salir de estampida.

Mi madre se ha convencido a sí misma de que está enferma física y mentalmente y ha ingresado en el hospital de Santa Verónica, aunque los médicos no saben qué hacer con ella. Con el dinero robado le compro cosas, me las compro a mí. En las tiendas, delante de monjas, vergonzosamente, tengo contracciones nerviosas y sudo con una especie de jazz, con un ritmo improvisado, imprevisible, hambriento.

En los pasillos principales de Santa Verónica, siempre frescos, se abren y se cierran las puertas oscilantes, se mueven como válvulas. Soy gruesa, una rubia oscura natural con sobrepeso, con una erupción nerviosa, y creo que esto me servirá de alguna manera para que las monjas no me hostiguen; me dan un poco de miedo. En atención a ellas me he puesto sostén y no llevo sombra de ojos.

Cuando paso por delante de la hermana Mary Marian, en la recepción, la saludo con la cabeza y sonrío y entonces siento que se me contrae la cara: el hedor es peor que ayer, una mezcla acre de algo parecido al éter y al melón pasado, Dios santo, mamá, cómo puedes aguantar aquí.

Estoy decidida a sacarla. Le he traído un libro de cocina china nuevo y un wok, y los llevo envueltos en papel anaranjado en una caja inmensa delante de mí. Ayer le compré un traje de noche violeta oscuro. Tienes toda una vida por delante, le dije mientras lo levantaba y comenzaba a bailar, y ella me miró ácidamente desde su almohada, sin pestañear, masticando chicle en silencio.

Hoy vuelvo a encaminarme a las puertas oscilantes. Se abren y se cierran. Eso es lo que dirán los jefes de seguridad de las tiendas, Dios santo, tengo que dejar esto de verdad. Dispensen, les digo a una brigada de sillistas de ruedas que pasan rodando, inestables y pálidos con goteros móviles. Dispensen, ay, Dios, perdonen. Estoy incómoda en el

ascensor. Hay monjas por todas partes. No soy católica, pero he asistido a demasiadas fiestas benéficas baptistas.

Mi madre se incorpora vivamente, sin sonreír. ¿Ahora qué diablos es esto?, pregunta. Ha estado tumbada en su cama, recortando cupones del *Inquirer*, buena señal, visión práctica.

¿Cómo te encuentras hoy, mamá? Dejo el wok junto a su cama. Mi ojo empieza a jugar.

¿Ahora qué demonios es esto?, vuelve a preguntar. ¿Otro regalo?

Mamá, sólo quería que vieras...

No puedo guardar estas cosas aquí, Riva, me interrumpe de modo cortante. No puedo guardar estas cosas.

Bueno, pues llévatelas a casa, mamá. Vamos. La verdad es que ya no necesitas estar en este hospital. Todos los médicos están de acuerdo. Depende de ti.

Aparta la vista y después empieza a recortar otra vez los cupones ciñéndose más a la línea de puntos. Caen en sus sábanas hebras de papel de periódico. No dice nada.

Mira, añado, si no quieres volver a tu apartamento, puedes quedarte con Tom y conmigo unas cuantas semanas o algo así. Hago una pausa.

Ella deja de cortar, me echa una mirada de enfado y dice frunciendo el entrecejo: ¿Quién es ese tal Tom?

Tom, mi marido desde hace seis años, ha sido últimamente una víctima frecuente de su senilidad fingida. Mamá, contesto con calma. Tom es mi marido desde hace seis años y tú lo sabes, quiero que te dejes ya de estas historias.

Eso la pone especialmente tonta y agita las tijeras hacia mí como si cortara el aire.

No necesitas estar aquí, repito, sin estar convencida. Además, huele mal.

Las tijeras se quedan inmóviles de manera solemne, dramática, ante su cara.

Riva, ésa no es forma de hablar de un buen hospital católico. Vuelve a apartar la vista, histriónica. Me revienta, me revienta cuando hace eso.

¿Qué ha sido de ese tal Phillip con quien saliste tantos años?, vaya, suspira, estábamos seguros de que sentarías la cabeza y nos invitarías a comer *fondue* los jueves, ay de mí, era un chico agradable.

No puedo, no puedo pasar por esto otra vez. Hoy no. Cojo mi bolso y me encamino hacia la puerta. ¿Cuándo se ha convertido mi madre en una boba tan grande?

Aquí viene una receta estupenda de guisantes al ajo, le explico. Deberías echarle una ojeada. Una pelirroja de dientes plateados que comparte la habitación retira la cortina de su cama, sonrío y me envía un beso de despedida. Chochean. Aquí todos chochean. Mi madre me está gritando: Maldita sea, ¿quién es ese tal Tom? Llegan dos monjas, siempre, siempre en parejas, a calmarla.

Vuelvo en coche. Conduzco hasta casa y pienso en ti, Phil, lejano e invisible, hasta mi madre habla de ti, como habla de ti este dolor triste, pensamientos de ti, tú eres los pensamientos que surgen por todas partes. La palabra francesa que significa plato de comida también significa estado de ánimo, eso me escribiste en una postal que me enviaste desde Provenza. La guardo en una caja, en alguna parte. Ay, Riva, eres una mujer de antojos y anhelos, eso decías de mí, llamándome expansiva. Vives, decías, vives por los arrebatos de tus caderas.

He robado dinero. He robado dinero de los almacenes Leigenbaum, donde soy encargada de la sección de pañuelos y bolsos. Lo robo con las devoluciones. El inventario siempre se hace con descuido, de modo que puedo coger una devolución de un bolso o de una bufanda y duplicarla y, como hay recibos perforados para las dos, puedo quedarme la cantidad de la devolución y devolver también al cliente su dinero. El registro sale bien, los libros cuadran. Suelo quedarme hasta tarde, sola, para comprobarlo. Puedo ganar en una semana de doscientos a cuatrocientos dólares, en función de las devoluciones, en función de los arrebatos de mis caderas. Ya llevo así tres semanas. Desde el carnaval. No lo sabe nadie. Me pongo voraz. Me compro cosas.

Tom se dedica a los seguros. También le gusta comprarse pólizas de seguros. Tenemos muchas pólizas de seguros, muchas. Tengo tres de vida y dos de automóvil. Él tiene cuatro de vida, dos de automóvil, dos de incendio y robo, tres de hospital y accidentes y dos de miembros y/u órganos mutilados. Un ojo equivale a tres dedos más el pulgar de la mano derecha, dice la póliza. También tenemos una cosa amarilla con una cláusula sobre diamantes y abrigos de piel. Dormimos a gusto por la noche. A no ser que esté lloviendo o hayamos tenido una riña o que Jeffrey se encuentre enfermo: entonces damos saltos en la cama como dos botes de remos.

¿Por qué me estará mirando Tom de un modo raro esta noche, sospechará algo?

Pregunta: ¿Qué tal te ha ido el trabajo?

Respondo: Bien. ¿Y a ti?

Dice: Bien. Baker viene de Pittsburgh mañana a hablar de la reunión de la sección.

Añado: Bueno, eso estará bien. ¿Lo espero a cenar?

Él dice: No, tiene que volver a coger el avión enseguida. Ya comeremos algo en Center City.

Contesto: Bueno.

Pregunta: ¿Qué es lo que tiene inquieto a Jeffrey? ¿Es el jardín de infancia?

Respondo: Creo que son sus clases de baile. No tiene importancia. Se está quedando retrasado, o perdido, o algo así.

Pregunta: ¿Te ha dicho eso la profesora?

Contesto: No, lo comentó Jeffrey. Sin ningún motivo, añado: Es un niño bueno y sincero.

Él dice: Bueno, ¿cuál es el problema? ¿Ha faltado a clases o qué?

Le explico: Mira, sencillamente le causa un poco de frustración tener que acordarse de algunos de los pasos. Creo que no es más que eso, de verdad.

Él dice: Demonios, ¿por qué tiene que ir un niño de su edad a unas condenadas clases de baile para preescolar?

Y yo digo: Porque es una jodida ley internacional, ¿tú qué crees?

Y entonces es cuando Tom dice que soy hostil y que llevo varias semanas hablándole de mala manera y le digo, mira, es tu hijo, y si no le fomentas desde temprano alguna actividad estética significativa acabará en las calles matando llantas de coche y robando prostitutas y Tom sonrío un poco y dice ¿no lo has dicho al revés?, y le digo Tom, a veces no entiendes el sentido de la vida, a veces eres un hombre indeciblemente vacío, vacío, no sabes ni jota de lo que tiene importancia en este mundo, y entonces es cuando me mira consternado y me doy cuenta de que he hecho agua en alguna parte y mientras él me llama Riva, por favor, vuelve aquí, subo la escalera hasta el mirador y me escondo tras las cortinas nuevas, cincuenta por ciento de seda, que llegan hasta el suelo y que me compré la semana pasada con el dinero, el dinero, respirando en el refuerzo liso sin costuras, huelen a nuevas, a nuevas, porque en realidad yo misma no sé de qué estoy hablando, pero

debe de ser algo, esta punzada nerviosa, este hueco, este agujero debe de tener un nombre, me pregunto qué es, por cierto, ¿quién es este tal Tom?

Un sueño. Un sueño es como una iglesia, fresco, oscuro, madera y bronce, las ventanas de jarra de gelatina, un lugar donde me puedo meter huyendo de la calle la noche que soñé contigo, Phil. Estabas delante de mí y te desvestías, después te hundías en mí acariciándome con el hueso perfecto de tu barbilla, la O perfecta de tu boca, tarareando Bruckner o Mahler, yo no lo conocía, era un nombre que me hacía pensar en el Bronx, y tu cara debajo de mí, cerca y cerrada y viajando se abrió brevemente, sonriéndome, haciéndome temblar, enorme, y me susurró: Ah, qué grandeza.

Cómo nos amábamos el uno al otro con tenedores.

Creo que la mujer de la tienda de alimentos naturales está perdiendo el juicio poco a poco. Siempre que entro allí está hundida en el taburete de madera, detrás de la caja registradora, más aturdida, más triste que antes. Me reconoce menos. Hoy soy la única persona que está allí y cuando digo perdón, ¿me da un kilo de trigo integral hervido?, sigue mirando los champús de coco, con las piernas rígidas y cruzadas, la espalda un montículo curvo bajo el mismo jersey rosa-gris que se ciñe a los hombros como un capotillo. Por fin dice eh, pero no levanta la vista.

¿Me da trigo integral hervido?, digo con delicadeza. Grueso. Como la semana pasada.

Sí. Se tira del jersey, después hace una especie de rotación de la pelvis que inclina el taburete lo justo para hacerla caer y bajarse de él. Rodea el mostrador arrastrando los pies hasta llegar al trigo integral hervido, coge un cucharón de servir, una bolsa de papel, y se pone a sollozar. Intento pensar qué debo hacer. Cojo rápidamente tres champús de coco para ayudar un poco a su negocio y después me acerco a ella, la rodeo con el brazo y le cuento la aventura secreta que tuvo Tom el año pasado en Scranton, que lo visité allí por sorpresa, me enteré de todo, me emborraché, me pegué sellos de correos por todo el cuerpo e intenté enviarme a mí misma a casa por correo, eso siempre alegra a la gente cuando lo cuento en Pañuelos y Bolsos. Ella sonríe, se dirige a la caja registradora arrastrando los pies, me cobra cuatro champús de coco, no tres, y el trigo integral hervido.

Camino hacia el coche.

Un perro basset va haciendo carambolas por la acera delante de mí y se mea en todo.

Hoy me llevo a Jeffrey, alias Batman, a visitar a mi madre. Aunque oficialmente es demasiado pequeño para entrar de visita al hospital, se ha ganado el corazón de la hermana Mary Marian preguntándole si era su hada madrina, y ella, cautivada por la idea, ahora miente

incorregiblemente, le dice a todo el mundo que él está exento del reglamento, que puede pasar. Éstas son las monjas que me gustan a mí.

Mamá deja al pie de la cama sin interés la Última Cena de chocolate que me ha costado veinte dólares y tiende los brazos con júbilo a Jeffrey. Ven a ver a la abuelita, canta.

Hola, abuelita, gorjea él obediente, y se sube a su cama con su capa y su antifaz, buen chico que es. Aquí en tu casa hay muchas hadas raras, abuelita, sigue diciendo.

Mi madre mueve los pies bajo las sábanas, incómoda, y la Última Cena cae al suelo con un crujido.

Bueno, Jeffrey querido, ¿has estado bien?

La cabeza de Jeffrey hace dos sacudidas completas, sin expresión.

Mamá me echa una mirada que parece decir, por algún motivo: ¿Cómo os las habéis arreglado ese tal Tom y tú para tener un niño tan encantador?

Sigue diciendo: ¿Te gusta el jardín de infancia, Jeffrey?

Jeffrey la mira con interés repentino, con los ojos abiertos como huevos pasados por agua tras el antifaz. Hace una pausa y canturrea: Voy y vengo, voy y vengo.

Jeffrey, dile a la abuelita qué es esa ropa tan rara que llevas puesta hoy.

Soy Batman, dice Jeffrey.

¡¿Eres Batman?! , chilla mi madre, encantada.

Sí, dice él, pone la mano en forma de pistola y tira del gatillo, volándole la cara. Pum, dice.

Ella se sobresalta. Vamos, Jeffrey, querido, no lo harás en serio, dice con un arrullo nervioso, le coge la manita y la lleva delicada, tranquilamente otra vez al regazo de Jeffrey. La mano vuelve a saltar con una viveza feroz. Jeffrey la mira a la cara, a la cara con mal aliento, y no le sonrío. Pum, dice de nuevo desde detrás del antifaz, doblando el dedo despacio, con firmeza. Pum.

Se ama una vez, te dije. Aunque ames y vuelvas a amar, es la misma vez, el mismo amor. Me enviaste tus recetas (Pastel Ezra Pound, Solomillo Mallarmé) y escribiste: ¿Crees que si te comes un plato, todas las comidas que hagas después son la misma, sólo porque también son comidas? Y respondí que algunas eran la misma comida.

En la cafetería del hospital, Jeffrey me pregunta si le puedo comprar una carabina de aire comprimido. Se está comiendo la corteza de su sándwich de mortadela, sacando la lechuga y dejándola caer al suelo sin ninguna discreción.

Claro que no, digo yo. Quítate el antifaz mientras comes. Él obedece.

¿Para qué diantres quieres una carabina de aire comprimido?

Se encoge de hombros. No lo sé, responde, y oigo que hace oscilar las piernas bajo la mesa, que sus zapatillas deportivas golpean el aluminio, hacen vibrar la gelatina. Papá me la comprará.

No te la comprará, Jeffrey, y se acabó.

Se lo piensa un rato. ¿Puedo tomarme un helado, entonces?

No. Termínate el sándwich.

¿Puedo... —ahora piensa cualquier cosa— llevarme esto a casa? Enseña un tenedor de plástico.

Dios santo. Está bien.

Vale, dice.

El martes, en el trabajo, tengo que gritar a Amahara. Ha puesto mal los precios de todos los monederos italianos.

Y qué, culo-globo, murmura a su propio hombro derecho.

Otro comentario más como ése, Amahara, y has terminado.

No he dicho nada, protesta ella, y abre mucho los ojos con maldad.

Ándate con cuidado. Mi voz es áspera, fea, me desmoraliza. Salgo a los expositores y yo misma vuelvo a poner los precios en los monederos. Los monederos italianos tienen cierres de color bronce que sonrían burlonamente, y me veo reflejada en ellos, borrosa y de un color dorado enfermizo. De pronto me avergüenza estar poniendo los precios a una mercancía tan insignificante.

Me marcho temprano, sin comprobar siquiera las devoluciones de la tarde, recojo a Batman del jardín de infancia, vuelvo a casa en coche y, más tarde, acostada, le pregunto a Tom si cree que tengo el culo como un globo y me dice que no.

Mientras trabajo en los almacenes, Jeffrey está en el jardín de infancia del señor Fernández, en la calle Spruce. Lo conocí hace años: es un antiguo hippie entrado en años que mendigaba delante del museo de

arte en la época en que intentaba quedarme embarazada. Me tomó por Tricia Nixon y me exigió a voces un cuarto de dólar. Cuando no le eché nada en el tazón porque estaba mirando un folleto sobre *Los grandes bañistas*, de Cezanne, se puso a increparme.

¿Perdone?, le dije yo, y me detuve en la escalera para mirarlo. Estaba desorientada después de tanto postimpresionismo. Y entonces, mirándome desde abajo, comprendió que se había equivocado. Demasiado grande, dijo. Demasiado grande. Lo siento. La había tomado por Tricia Nixon. Y fue entonces cuando se levantó y caminó hasta mí; un hombre oscuro, bamboleante, y me dijo con un leve acento: Jo, señora, lo siento de verdad. Me tendió la mano derecha, se la estreché, me guardé el folleto y hablamos un poco: él sobre la cómoda Chippendale del siglo XVIII que había en el ala inglesa, y yo sobre él, le pregunté qué estaba haciendo con su vida, por qué estaba allí. Él no hizo más que sonreír tristemente, supongo que era la explicación más veraz que pudo acopiar, y dijo que lo que le gustaría hacer de verdad sería criar una familia, y cuánta envidia le daba yo, todavía joven y recién embarazada y...

Y repliqué: ¿Embarazada? ¿Por qué lo dice? (A veces soy sensible en lo que respecta a mi grosor.)

Y entonces adoptó un tono todavía más de disculpa y dijo que, bueno, eran cosas suyas, que era algo brujo, pero no brujo malo, y que sabía esas cosas, sin más.

Y, en efecto, Batman salió volando a los ocho meses y el señor Fernández, recién lavado y reformado, que acababa de recibir diez mil dólares en herencia de un primo suyo que había muerto en Ohio, además de algunos consejos de mi parte sobre el cuidado de las manos, se dio una buena ducha y me regaló una piñata con caballos amarillos que no debía abrirse nunca de un golpe, sino que debía colgarse en el cuarto de Jeffrey como una lección sobre la esperanza, la avaricia y la coexistencia pacífica, y lleva allí desde entonces. Y el señor Fernández ha inaugurado con éxito un jardín de infancia en la calle Spruce, llamado Preescolar Piñata, y sólo yo conozco su pasado en la escalinata del museo, ni siquiera Tom lo conoce, y he prometido no divulgarlo, y él me ha dado abrazos de agradecimiento en varias ocasiones y nos hemos hecho amigos bastante íntimos y la verdad es que los niños se le dan muy bien, muy bien.

• • •

Amahara y yo nos tomamos unas copas a la hora del almuerzo. Supongo que ahora ya nos hablamos. Fuimos a La Kommissary y ella me habló de un tipo con el que ha salido este fin de semana.

No le interesa lo que hay dentro, se queja Amahara. Yo quiero a un tipo que desee mi corazón, ¿sabes? Quiero que me busque el corazón.

Cuando te está tocando los pechos, ¿sabes?, digo a Amahara agitando las pestañas, te está buscando el corazón. Todos hacen eso.

En menuda bruja amargada me he convertido.

Amahara sonrío. Está metido en el ámbar.

Pero ¿qué quiere decir eso, que está metido en el ámbar?

Que está metido de verdad. Sonríe de una manera enigmática.

¿En el color?

Sí. Está metido de verdad.

Pero ¿qué quieres decir con eso? ¿Su coche? ¿Su pelo? ¿Tu pelo?

Su vida, dice ella con dramatismo. Está metido de verdad en él.

En él, repito tontamente, creyendo que estoy intentando comprender; qué me ocurre, creía que ya nos hablábamos, entonces cómo me hablo yo con nadie, ¿es que soy del espacio exterior, es que lo es ella?

No puedo creer que una persona esté tan metida en eso, digo con firmeza, esperando que se me pase.

Vaya que sí, dice Amahara.

Cojo el tíquet. Amahara va a sacar el monedero, pero digo no, pago yo, estoy metida en esto.

Intuye, dijiste , y apagaste la vela de un soplo. La intuición es la vida secreta de las células de grasa. Y después ahondaste en mí, susurrándome tus preguntas.

Me estoy deprimiendo enormemente. Como el año pasado. Hace solo un mes estaba mejor; lucía un desencanto más sencillo, más terso, una pulcra camiseta negra de tristeza. Me saltaban de la boca ironías elegantes, finas como ancas de rana. Ahora la oscuridad duerme y se despierta en mí cada día, como un carnívoro asiático en el zoo de Filadelfia.

En mi casita blanca me encuentro derrumbada. Miro a mi alrededor. Todas estas posesiones, todas estas cosas nuevas, son dientecitos, lápidas mortuorias; mi casa es un parque memorial pequeño y compacto, recuerdas cuando se los llamaba cementerios. Ahora, hasta las tumbas se llaman monumentos familiares, como todo esto, monumentos a la familia. Miro fijamente mis grifos de oro, mis butacas nuevas, mi palomitera y mi estantería descomunal para especias (hojas de tomillo, hojas de tomos) y me pregunto cómo he llegado a este grado

de desorden. Estas cosas, cosas, cosas, mi mente grita, y tiro electrodomésticos, pendientes, copas a la basura de la cocina y, dominada de golpe por un terror enérgico, de muchos nudillos, los vuelvo a sacar, aprisa, aprisa, uno a uno, los aclaro, los vuelvo a guardar, tras sus puertas, veo la televisión, respiro, veo la televisión.

• • •

La cara se me pone peor y también el ojo, pero parece que Tom no lo advierte. Parece, no obstante, que lo que le pregunté de mi culo le ha dado un poco de valor y propone, delicadamente, acostados juntos a oscuras, con gran delicadeza, que quizá debería perder algo (Dios bendito, Riva, por qué no pierdes algo) de peso.

Tiene otro viaje de negocios a Scranton el jueves, explica. No volverá hasta el sábado a última hora.

Scranton. La historia cuelga ante mí como un móvil terrible. No puedo mover los brazos. La frente se me abre como la puerta de un garaje. Debes de estar de broma, digo con voz entrecortada, aterrorizada.

No, ¿por qué?, murmura. No es tan malo.

Ay, vamos, Tom. Esos tópicos maritales de las zonas residenciales. Se nos han metido dentro como tenías. Te pones un azucarillo en la lengua, te endosas una lámpara en el culo y asoman la cabecita blanca para investigar, nos están comiendo, Tom, hay algo que se nos está comiendo.

Él suelta un bufido, se estira el pijama arrugado, cierra sus hermosos ojos. Dice que no entiende por qué siempre me vuelvo tan incomprensible a última hora de la noche.

Me vuelvo tan incomprensible.

Cada vez robo más dinero. Lo guardo en el cajón de arriba, bajo la ropa interior, junto con el diafragma, la barra de labios y la navaja automática, que son lo que una mujer necesita.

• • •

Eres el hombre que me quita las horquillas del pelo, el pelo se me despliega; el que entra tranquilamente callado, sonriendo, y después huyes llevándote todos mis pulsos, una y otra vez, con esos pasos largos, gráciles, hacia una ciudad, hacia un cuarto de baño, hacia una puerta. Duermo sola esta semana, mi marido se ha ido, caigo en mis propios brazos vacíos, ojalá fueran los tuyos, me duermo sobre ellos como para matarlos y, por la mañana, los tengo muertos como salamis hasta que les doy un masaje con la palma de la mano para que les baje otra vez la sangre. Dulce, dulce Riva, dijiste al punto blanco de detrás de mi oreja. Ven a vivir conmigo y a ser mi almuerzo.

Cuando he recogido a Jeffrey y hemos llegado a casa, estamos solos en la cocina y me enseña lo que ha aprendido en su clase de baile.

Suba plié, suba plié, canturrea agarrado al borde de formica de la encimera; se mueve y se agacha una y otra vez con su pantalón de pana. Siempre parece tan torpe que estoy segura de que está haciendo algo mal.

¿Qué es un suba?, le pregunto, tonta de mí.

Es esto, dice, haciendo Dios sabe qué con la pelvis. Después se hace una Carretera, explica, señalando el espacio recién creado entre sus pies abiertos, pero no se va en coche por ella, añade.

¿Quieres decir que sólo sirve para enseñarla?, le pregunto, incrédula. Mi sonrisa le produce frustración.

¡Escucha, mamá!, se queja. Haces los dedos de Gelatina, cuelgas, cuelgas, y después ¡liaparino! Y hace un *grand jeté*, o algo así, por encima del linóleo, suelta un aullido fuerte, llega deslizándose hasta el armario de las patatas. Después se vuelve a levantar, con los calcetines caídos hasta el empeine, y atraviesa el suelo aprisa a pasitos cortos, cantando ¡hu-la, hu-la, bré-col!

¿Cómo se ha podido alejar tanto de mí? En tan poco tiempo ya se ha marchado, ha creado su propia vida. Quiero acercarme a él por detrás, taparle la cabeza con mi delantal sucio, con olor a cebolla, volver a aspirarlo dentro de mi cuerpo; quiero conocer sus huesos otra vez, mantenerlo apartado del mundo.

¿Mamá?

Siento el cerebro atestado y lleno de gas, como si tuviera ensalada de col. Vives, leí una vez, vives si bailas al son de la voz que te enferma.

Se hace así, mamá.

Dejo de mirarlo fijamente. ¿Así? No soy ningún pasmarote. Me pongo rápidamente de puntillas, paso revoloteando ante la nevera, agitando los brazos como patos enfermos. Hu-la, hu-la, canto. Hu-la-la.

A veces me descubro a mí misma caminando por la calle o por Pañuelos y Bolsos sin pensar absolutamente en nada, mi mente se preocupa por su propio vacío. Pienso: Todo el mundo tiene pensamientos más amplios que los míos, todo el mundo tiene pensamientos. A veces me asusta este osario de mi cabeza, este cenicero limpio, reluciente.

Y cuando, al cabo de cien años, leo a Jeffrey, un príncipe se encontró a la Bella Durmiente en el bosque y la besó, ella se despertó sobresaltada

y dijo ¡Príncipe! ¿Por qué has tardado tanto? Porque llevaba dormida bastante tiempo y todos sus sueños eran reposiciones.

Jeffrey traga saliva y dice con toda seriedad: Como Starsky y Hutch.

Y entonces el príncipe cogió en brazos a la Bella Durmiente y dijo: Casémonos, bella dama, y viviremos felices para siempre o hasta los partidos de la AFC, lo que llegue antes.

Jeffrey suelta un quejido en dos tonos. ¡Ma-má! No es así.

Ah, perdona, me disculpo. Tienes razón. Dice: Casémonos, bella dormida. Y haré de ti mi princesa. Y la Bella Durmiente dice: Oh, hermoso príncipe. Cuánto te amo. Pero llevo dormida cien años y tengo edad suficiente para ser tu abuela.

Jeffrey suelta una risita.

El príncipe se lo pensó y estaba a punto de decir: Bueno, si es así, quizá será mejor que me largue, cuando bajó del cielo un pájaro mágico azul y lo hizo cien años más viejo, y entonces, vaya si se rió la Bella Durmiente.

¿Y vivieron felices para siempre?

Eh, cariño, ya sabes que no lo dice. ¿Tú qué crees?

Que sí, responde Jeffrey sin sonreír.

Toc, toc, dice el señor Fernández.

¿Quién es?, pregunto con una sonrisa, de vuelta a casa con Jeffrey. Estoy aparcada en doble fila en la calle Spruce.

Amnesia.

¿Quién es Amnesia?

La Luna está llena está serena, vaga, indolente y pálida como una vaca, una Luna-vaca que entra por mi ventana, me lleva a su pecho, arropa con sus pliegues de luz. Salgo con esta Luna, salgo flotando a la noche con ella, rompo como una ola y rodeo la Tierra, me muevo con un andar de la que no tiene marido, con una tranquilidad en los costados, con la inmensidad luminosa de leche en mis ojos, cambio, desaparezco poco a poco, viajo, mirando. ¿Dónde te has metido?

Debo. Debo tanto dinero a la tienda que no me lo puedo creer. Hoy dejo que Amahara se vaya temprano a casa y me meto después en la oficina del fondo, vuelvo a sacar los libros y calculo a cuánto asciende: es tanto que no lo puedo decir.

Al menos lo he hecho con orden. Tiene algo de tranquilizador la aritmética, los montoncitos, las columnitas de números que te obedecen.

El martes me paso por Wanamaker, cojo unas zapatillas de satén de color rubí para mi madre y salgo de la tienda sin pagarlas. Me dirijo después adonde el señor Fernández para recoger a Jeffrey. Recorremos juntos, rubia grande, rubio pequeño, las dieciséis manzanas que hay hasta el hospital de Santa Verónica; no hay necesidad de llegar a casa temprano: Tom sigue en Scranton.

La hermana Mary Marian está extasiada de ver otra vez a Jeffrey. Le planta un gran beso húmedo en la mejilla, suelta risitas y se pone roja. Me hace sentir incómoda.

En el ascensor me toco la cara, me toco los ojos para ver si se están portando bien, si están siendo, si se están comportando, o si se están portando mal; se portan, se comportan, son. Las palabras se combinan y me marean, tienen el sabor de los errores de mi vida, soy mal. Tengo mal. Jeffrey me tira del brazo como si quisiera decirme algo. Nos quedamos parados en el tercer piso mientras dos celadores meten rodando un carrito gigante de instrumental médico, vasos y ropa de cama. Me inclino para que Jeffrey me pueda susurrar lo que quiera decirme, y se pone a alisarme el pelo aplicadamente con las dos manos, a apartármelo. Pero cuando ya ha despejado bastante el espacio alrededor de mi oreja, no dice nada sino que se limita a apoyar la cara en mi cabeza.

Jeffrey, cielo, ¿qué hay? Las puertas se cierran y seguimos subiendo.

Nada, susurra él en voz alta.

¿Nada?, le pregunto, pensando que quizá esté asustado de algo. Sigo inclinada.

Sólo quería mirarte la oreja, me explica.

Entramos despacio, sin saber lo que nos vamos a encontrar. Nos quedamos con las gabardinas puestas.

Parece que mamá tiene un buen día, tiene el ánimo elevado; le vuela por la habitación de metales blancos y saluda al mundo como un anfitrión agradable. Y nosotros somos los parásitos que acabamos de patearnos dieciséis manzanas, somos la pareja de mamarrachos, los parricidas.

Riva, querida, y Jeffrey. Esperaba que vinieseis hoy. ¿Cómo está Tom?

Pero creo que ha dicho que quién es Tom y me quedo helada, muy cansada, sin querer volver a empezar con eso otra vez.

¿Te encuentras mejor, abuelita?, pregunta Jeffrey con un bostezo, subiéndose a los pies de la cama de metal, mirando como si tuviera algún interés el gráfico sin sentido que hay ahí.

La abuelita dice que sólo tiene que hablar con el médico para poder marcharse.

Me choca que mi madre hable de marcharse. ¿Ya no se considera loca? ¿Ni católica? Le observo la cara y la tiene sonriente, blanda como el helado.

Mamá, ¿lo dices en serio? ¿Quieres venir a casa con nosotros? Me siento ambigua y con los labios flácidos.

Ya veremos, dice, lo ha dicho siempre, como le digo a veces a Jeffrey. Aun así, parece más esperanzador, más seguro. Siento, no obstante, que por dentro me sube lentamente la ambivalencia: ¿cómo se comportará, se empeñará en volver a freír las chuletas de cerdo, roncará imperdonablemente desde la leonera?

Las señoras siempre dicen eso, anuncia el listo de mi hijo. Acaba de acercarse a la ventana y está de puntillas, apenas capaz de observar la entrada de Urgencias del ala del hospital que está justo enfrente de ésta. Guau, grita. Anpulacias. Mola.

Mamá, creo que sería estupendo que salieras de aquí, y como ya he dicho nos encantaría que estuvieras con nosotros. Me siento en la cama y le aprieto la mano, sin tener idea de lo que quiero de verdad que haga, atónita ante mi falta de sinceridad: ¿se limitaría a ver la televisión tranquila y calladita durante todo el día en el sofá?

Jeffrey sigue mirando cosas por la ventana, diciendo: Se llevan a la gente enferma a dar paseos, ¿verdad, abuelita?

No he sido capaz de dejar de comer. Amahara lo comenta cuando me meto en la boca tres caramelos Lifesaver a la vez: Chica, ¿no sabes que estamos en Cuaresma? Llevas varias semanas sin parar de comer. Silencio. ¿Verdad que sí?

Eso me recuerda una vez que compré un abrigo de hombre en una tienda de ropa usada, una tienda de ropa de muertos, me encontré en el bolsillo un caramelo Lifesaver viejo y me lo eché a la boca, un caramelo de muerto. Eres capaz de comerte cualquier cosa, ¿verdad?, dijo Tom.

Me enfado de pronto con Amahara. Salgo sin pronunciar palabra, irguiendo la espalda. Me pongo junto a la señora Rosebaum, nuestra mejor denta con cuenta, y le recomiendo los pañuelos florales coreanos mientras todas las células de mi cuerpo gruñen y chismorrear. Más tarde, hago una pequeña operación con los recibos de Ann Klein en la oficina. Me compraré un lavaplatos nuevo.

Me vuelvo a meter a hurtadillas en los sueños en los que sales tú, la cama deshecha como un enorme sándwich abierto. Me vuelvo a tumbar a tu lado, ajusto el hueco de tu brazo a mi cuello y a la curva de la base de mi cráneo, paso tu mano alrededor para que encuentre mi boca, te mordisqueo los dedos, uno a uno, como podría hacer un niño que te escuchara contar cuentos.

Érase una vez que yo estaba en una situación extraña respecto a las mujeres, empiezas a contar. Me veía a mí mismo, como dijo alguien en una ocasión de Mohammed Alí, como una especie de misionero de la pelvis.

Ah, murmuro. La postura del misionero de la pelvis.

Y tus callos me aprietan los labios y los dientes y tus dedos tañen mi sonrisa como un arpa soy tuya, tuya, a pesar de tus cuentos soy tuya.

Quiero hacer régimen. Quiero ser grácil. Quiero ser grácil, tener gracia y dar las gracias.

Batman me vuelve a dar lecciones de baile antes de la cena. Deslizarse, deslizarse, gum-ba, dice, mientras su cuerpo pequeño y ágil dibuja eses por el suelo. Mamá, suspira, fingiendo irritarse cuando intento hacer lo mismo con mis caderas oscilantes. Se pone arrogante, imita a su profesor, un francés frustrado con bursitis llamado Oleg. Mueve sólo los pies. Todo lo demás lo seguiré. ¡Gum-ba!

¿Me vuelvo grácil? Pienso en la zanahoria, el palo y el hielo y sigo a Jeffrey. Chasco los dedos, me agito, me doy golpes, hago como si triturara algo. Mamá, dice Jeffrey con una risita. Eso es demasiado raro.

Y más tarde, sola, la noche se pone negra de tinta, como mis pensamientos, mis pensamientos.

Me muero de ganas de comerme un caramelo.

• • •

Esta noche Tom vuelve a casa desde Scranton. Nos acurrucamos juntos en el sofá bajo una manta, susurramos te quiero, te he echado de menos, confundimos los tiempos verbales, creo. Jeffrey entra traqueteando en un cochecito de bomberos roto con tres ruedas.

Papá, mamá me dijo que te preguntase si me comprabas una carabina de aire comprimido.

Jeffrey, respondo, pasmada, lo que te dije fue que no te compraba una carabina de aire comprimido.

Tu madre tiene razón en esta jugada, dice Tom, suena extraño, en esta jugada, qué demonios es eso, parece un comentarista deportivo grasiento.

Jolín, murmura Jeffrey, maniobrando con el coche de bomberos para dar la vuelta y volver por el pasillo. Joder, maldita sea, dice. Me sobresalto.

Esa boca, jovencito, grita Tom.

Hoy me paso a la hora del almuerzo por el jardín de infancia del señor Fernández. Hay unos quince niños y todos parecen tranquilos y buenos y concentrados en hacer fuertes con piezas de construcción o en limpiarse los dedos de pintura. Jeffrey levanta la vista desde detrás de unos bloques de construcción, chilla hola mamá, y vuelve a dedicarse a algún precario proyecto arquitectónico, que probablemente se supone que es un fuerte. Busco un asiento cerca de él y lo observo. Jeffrey se pone de pie de pronto y se muestra inquieto, se sujeta la ingle con una mano. ¡Caray! ¡Tengo ganas!, grita, y sale corriendo del cuarto. Mientras está en el baño, le pregunto al señor Fernández por el vocabulario de Jeffrey, si ha notado algo, alguna obscenidad.

No, responde el señor Fernández, perplejo.

Jeffrey sale del retrete subiéndose los pantalones.

Amahara muerde un bolígrafo propiedad de la empresa y dice, ay, lo más fácil es que lo haya leído en las paredes de los retretes, eso es todo.

¿Joder, maldita sea? Sólo tiene cuatro años y medio.

Claro, dice ella, haciendo crujir distraídamente el plástico entre los dientes torcidos. Cosas como: No hay papel higiénico, joder, maldita sea. O: No a las armas nucleares, joder, maldita sea. O: No a las armas nucleares, contratos a los minusválidos. O: Tirad las armas nucleares a los minusválidos. O: Joded a los minusválidos, maldita sea.

Hago una mueca. Amahara, digo. Estás haciendo asociaciones gratuitas.

Lo mejor de la vida es gratuito, suspira.

Con Amahara, los tópicos adquieren dimensiones epifánicas.

Lo mejor de la vida es gratuito, repite con énfasis, se pone de pie, me dedica una mirada oscura y sale por la puerta, me deja preguntándome adónde quiere ir a parar.

Hoy encuentro junto a su cama un lápiz de colores mordido y una carta que ha escrito Jeffrey. Dice Queridos Jesús y Dios: Hola.

• • •

Domingo. Esta tarde fresca y despejada siento en el cuello, en la cabeza y en las caderas un impulso de escapar. Dejo a Jeffrey y a Tom en el cine viendo un festival de dibujos animados de Disney que me dijeron que querían ver y recorro unos cincuenta kilómetros en coche hasta el condado de Bucks, hacia un desfiladero y una cascada sobre los que leí el verano pasado en un artículo del *Inquirer* titulado «Rincones para el cocinero: grandes sitios para grandes comidas campestres».

Escucho durante todo el viaje la radio del coche en onda media, canciones con letras malas sobre el amor en los aparcamientos de camiones, el amor de gin-tonic, el amor de luces estroboscópicas de discoteca, el amor perdido y vuelto a encontrar, el amor perdido y vuelto a encontrar y perdido, el amor perdido y perdido y perdido... Había gente que no tenía nada de suerte. El pinchadiscos parece vivo y tierno, parece que se ha echado *after-shave*, comparado con él el mundo es un desastre.

Tengo que recorrer un kilómetro por un tramo estrecho de pista de tierra; reza, como decía mi padre, como una maldita mantis religiosa por que no aparezca nadie a toda marcha en sentido contrario. Aparco el coche junto a otro al final de la carretera y me adentro otros cuatrocientos metros. La pista está negra y llena de barro primaveral, y mientras voy chapoteando con unas zapatillas viejas oigo el rumor del agua que ya está cerca, por delante. La Ciudad del Fango, diría Batman si estuviera aquí. Chop, chop.

La pista que baja del bosque al desfiladero está surcada por grandes raíces nudosas y mientras me abro camino entre ellas, apoyándome estratégicamente de tronco en tronco, se me ocurre que debería estar pensando que soy demasiado mayor para esto, pero no lo soy y estoy maravillada, maravillada. La tierra desprende un olor húmedo y salado y algunas ramas tiernas apenas tienen brotes. Un mapache, con rayas elegantes y un antifaz como para ir a un baile de pequeños mamíferos, ha salido de entre los arbustos y se ha acercado al arroyo. Le hago ruiditos, ruiditos que me parece que pueden ser adecuados para un mapache: un parloteo con trinos y chasquidos. El mapache ladea la cabeza, curioso. Pruebo con el lenguaje humano (eh, señor Mapache), y entonces refunfuña enfadado, huye hecho una mancha peluda.

En el centro del arroyo hay losas largas y planas de pizarra; puedo saltar de roca en roca y aterrizar sin gran dificultad en el centro de la mayor y más soleada. Pocos metros más abajo, un viejo puente de piedra salva el desfiladero, resquebrajado pero terco, con las piedras melladas y astilladas; la argamasa rajada es como el arco pesado de una boca sabia, una sutura grande, de labios apretados, entre las laderas marrones y escarpadas. Me aparto de ahí, me vuelvo hacia el cabrilleo corriente arriba, el blanco brillante del agua, Dios, qué luz, al caer sobre las rocas y el borde escarpado de los musgos, por todas partes el zigzag de las piedras pizarrosas que se deshacen, con capas

como los pasteles antiguos. La luz, de la que no había dicho nada el artículo, que reluce en los brotes y en las ondas y en los rizos, todo alineado y medido por ella, en estos rápidos hundidos, su hielo vivo cegador me tira de espaldas, me quedo ahí tumbada como un lagarto sobre una roca y empiezo a sentir que el sol me calienta la piel incluso a través de la ropa y entonces me la quito: la chaqueta, las zapatillas, los calcetines, el jersey, los pantalones, las bragas. El sol me calienta los pelos de la piel de gallina, me empapa los hombros, el vasto continente incontinente que soy; el sol me cierra los ojos, este sol, mi sol. El arroyo ruga a mi alrededor, me despierta en este invierno, fuerte y renovada. Así tumbada, como una serpiente gruesa, tengo el impulso de chillar o gritar. Me levanto y meto el pie derecho en el arroyo. No hay nadie por aquí y salto de una roca plana a otra vociferando como una vaquera. Dios, so demonio, en momentos como éstos sí que creo que existís, que hay dioses que me sostienen y me aman para hacerme feliz, eso es lo que debe hacer un dios, sostenerte y amarte para hacerte feliz... Alguien me está robando la cartera.

Detrás de mí hay un hombre con la espalda desnuda, con vaqueros, que hurga en el bolsillo de mi chaqueta, a tres rocas de distancia.

Corro a esconderme detrás de un arbusto.

Ahora sube ladera arriba, cree que no lo he visto. No soy capaz de decir nada mientras desaparece entre los árboles. Me giro, escucho otra vez el agua. Siento frío de pronto. Vuelvo a mi roca y me tumbo; la tierra se mueve, se desgasta bajo la membrana azul del cielo como un lento rodamiento de bolas.

Me froto las espinillas y me visto.

Por suerte, todavía conservo las llaves. Mientras vuelvo a recoger a Jeffrey y a Tom del cine, en la radio ponen bandas sonoras de películas de Barbra Streisand. No me doy prisa. En la universidad me gustaron tres libros: *Walden*, *Agamenón* y *Esperando a Godot*. Eran operaciones que entendía. Tarareo con la radio. Suena un anuncio del Oso Smokey, que dice que sólo yo puedo evitar los incendios forestales, la sensación de responsabilidad me hace sudar, y después vuelve el pinchadiscos ligero, mentolado, anunciando que ahora volvemos con *Tal como éramos*. Conduzco despacio, como un viejo después de una guerra.

Siento llegar tarde, chillo por la ventanilla mientras cruje la gravilla del aparcamiento bajo los neumáticos. Sólo quedan dos personas en el cine, y están allí plantadas como dos plantas de maíz solitarias junto a la marquesina de la carretera, una grande y otra pequeña, con cazadoras azul marino. Extiendo el brazo para abrir la portezuela y los dos se suben al asiento delantero, con Jeffrey en el centro. Tom cierra de un portazo.

Siento llegar tarde, vuelvo a decir, y Jeffrey me pone una mano fría en la cara para intentar sobresaltarme mientras Tom se frota las palmas de

las manos bajo la guantera y pregunta: ¿No tienes puesta la calefacción?

Yo ya estoy demasiado caliente, pero subo la calefacción al máximo. Reacciona con un rugido y nos ponemos en marcha, como una secadora Mayfair sobre ruedas. ¿Qué tal la película?

Los rábanos son redondos, recuerda mi hijo. Los rábanos son rojos. Sobre todo cuando los coges y les muerdes la cabeza.

Eso lo decía el dragón Danny, explica mi marido.

No era el dragón Danny, replica Jeffrey. Lo decía el pato.

Tom, le riño, ¿es que no distingues un pato de un dragón? Un semáforo se pone ámbar y lo cruzo a toda velocidad.

Tom mira por la ventanilla a su derecha: Te digo que lo decía el dragón.

Jeffrey mira al frente. Los dragones no existen de verdad, ¿no, mamá?

Sobre su cabeza echo una rápida y discreta mirada a Tom, que tiene las aletas de la nariz dilatadas. Nos hemos parado en un semáforo en el bulevar Quaker. Eso es, cariño, creo que, esto, a la mayoría los mataron en guerras o algo así.

¿En la guerra de Vietnam?, pregunta, tan sincero, tan interesado.

En la guerra de las Rosas, suelta Tom con impaciencia, con las manos metidas bajo los brazos. También hubo muchas bajas de dragones en la Gloriosa Revolución.

Lo vas a confundir, canto entre dientes, pisando el acelerador a fondo cuando cambia el semáforo.

¡Ya está confundido!, grita Tom de pronto, da un golpe con furia en el salpicadero mientras Jeffrey esconde la cara en mi manga. ¡Te digo que no lo dijo el jodido pato!

He estado muy susceptible, murmura Tom en la cama mientras miramos el techo juntos a oscuras. Vuelvo la cabeza para mirarlo. Ha estado llorando. Tiene triángulos agudos de pelo pegados a la frente. Ayúdame, Riva, solloza, y la cara se le abre de nuevo, esta vez sin agua. Siento los jadeos de su tórax. El sube el brazo sobre la cara y se esconde en el ángulo que forma. Me muevo hacia él, por mi lado, me aprieto contra él, le acuno la cabeza, le suelto el brazo y le digo: Tom, dímelo. Es Scranton otra vez, ¿verdad? Empieza a negar con la cabeza y después lo deja. Asiente y lo ayuda de alguna manera a reducir los jadeos. Sus ojos me miran frenéticos, desesperados. Apoyo mi mano en su mejilla con delicadeza, pero no lo beso.

Estoy segura de que la señora de la tienda de alimentos naturales se está muriendo. Tiene los ojos hinchados y los labios secos, pegados. Si abriera la boca, sonaría como un velcro al abrirse. La puerta hace clac y tintinea después de entrar yo.

Hola, digo alegremente. Bueno, ¿sabe, a que no lo adivina?, Scranton vuelve a estar en el mapa, otra vez esa dama tan tenaz. ¿Qué se le va a hacer? El agua no es más densa que el agua, ¿entiende?

No tengo ni idea de lo que digo. Lo único que quiero es salvarle la vida.

Tom no es malo, prosigo. Lo que quiero decir es que todos tenemos malos hábitos. Yo, por ejemplo, como galletas Graham como una loca.

Su boca absorbe aire, un pez sonriente. Lo lamento, dice.

Pero yo no sé si se refiere a lo de Scranton o a lo de las galletas Graham, de modo que me limito a decir sí, bueno, estoy segura de que necesito vitaminas de alguna clase, y miro el estante con aflicción.

Amahara, ¿puedes venir aquí, por favor, y ocuparte de la cuenta de la señora Baker?

¿De la vejestoria?

Hago una mueca. La señora Baker está a menos de dos metros. Lo que quiero decir —corrige Amahara recuperándose de una manera impresionante, mientras coge un bolso de charol rebajado y le sonrío a la señora Baker— es que necesita usted un bolso nuevo, francamente.

Quizá debería dedicarme a alguna otra cosa. A la enseñanza o algo así, le explico a mi madre, que ha vuelto a caer en la senilidad, pero que me exige que le confíe secretos profesionales y domésticos. Se empeña en que no recuerda nada, en que vuelva a contarle mis problemas. Ya se le han olvidado sus intenciones de salir del hospital de Santa Verónica.

¿Ese tal Tom se ha echado una nueva amante?, pregunta con severidad, como si aquello explicara mi descontento con los almacenes Leigenbaum.

No, no. No es eso, me apresuro a decir, y cambio de tema y hablo del chicle que ella mastica, que huele a loción para tomar el sol.

De miel y coco, dice ella. Y tampoco tengo ningún problema con la dentadura postiza.

Hay un largo silencio.

Me miro las manos.

Cosa buena, reitera mi madre. De miel y coco. Fabricado por Beech-Nut.

¿Por qué me persigues? Tú, como un tatuaje en mi lengua, como la hoja de laurel en el fondo de la olla. Tú, que te tendías a mi lado y cantabas mi horóscopo con la música de una sinfonía de Schubert, decías algo de viajes y de dinero otra vez, y nos quedábamos allí echados, los dos con mal aliento, con los elásticos de la ropa interior deshilachados, y después te volvías hacia mí con unos ojos como dos cerillas, dejabas el horóscopo, seguías mis costillas enterradas con un dedo índice, te entretenías en mi clavícula, admirándola como se podría admirar un contrafuerte gótico, murmurabas: Bonita clavícula. Y yo, demasiado nueva en eso y asustada, sin saber qué decir, susurraba: Pues si vieras mi bicicleta de diez velocidades...

Jeffrey, entra aquí, chillo por la puerta de atrás. Está oscureciendo y la cena está preparada. Está jugando al Pinchahojas en el patio de atrás con su amiga Angela Dillersham. Llevan palos grandes.

Jeffrey, ¿me has oído?

Sí, dice él, y murmura hasta luego a Angela y viene después hacia el porche trasero arrastrando los pies. Joder, maldita sea, le oigo quejarse mientras sube las escaleras trabajosamente, y yo le doy una bofetada cuando entra por la puerta y lo mando a su cuarto llorando, sin sus espaguetis o su macedonia de frutas o su palo.

• • •

¿Dónde está Jeffrey?, pregunta Tom.

Está castigado, digo yo, enrollando espaguetis con ayuda de una cuchara.

Pero ya lo mandaste a la cama sin cenar hace dos noches, dice Tom, mientras toca con petulancia una uva arrugada. Joder, maldita sea, Riva, si sigues así se va a morir de hambre.

Vete a tu cuarto, Tom, digo yo.

Pero no se va. Se queda. Me mira, con los ojos muy abiertos y asombrado.

Estamos en el cuarto de Tom. Aquí están mis cortinas y mi ropa, pero el lugar ha ido adquiriendo cada vez más un tono verde descontento que es de Tom, una niebla brumosa como una pecera a la que le hace falta una limpieza. Tenemos que hablar de esto, dice él.

¿Qué es esto?, pregunto yo.

Lo de Scranton. Julia. Ya sabes. Está en la raíz de todo.

¿De todo?, pregunto, tirana de la precisión.

Sí, bueno, de este abismo gigante que hay entre nosotros, explica él.

Ah, sí. El abismo. Pienso en mi cartera robada. Había fotos. Y una tarjeta de donante de ojos. Y entonces pienso en el sol, en el sol de mi hijo.

Estoy seguro de que te resulta difícil de creer, prosigue él. Después de todo lo que te dije y te prometí el año pasado, y ahora todo esto... otra vez...

¿Todo esto?, pregunto, dominando cada vez mejor la técnica.

Julia.

Ah, claro. Scranton. Siempre me ha reventado su nombre.

Debes de sentirte como si estuvieras atrapada en un ciclo vicioso. Su voz es amable, comprensiva. Por lo menos yo me siento así, dice.

¿Ciclo? Siento que me sube el sarcasmo a la garganta, agudo e inexpresivo como un papagayo azul. ¿Ciclo vicioso?, vuelvo a gritar. Eh. Escucha. Pues si vieras mi bicicleta de diez velocidades...

Me vuelvo incomprensible.

Semana Santa. Intentamos no darle demasiada importancia. Jeffrey encuentra todas las judías, me guarda las moradas. El aire se está templando, es difícil dormir, y las orugas hacen un ruido parecido al viento mientras mastican las hojas hasta desnudar los árboles primaverales. Los días huelen como la jaula de un hámster, los paseos están cubiertos de trozos de hojas.

Te echo de menos, te echo de más, me echo en el techo por ti.

Jeffrey se come toda su cena esta noche. Ha sido bueno todo el día, me ha traído una reproducción impresa con una rodaja de patata de lo que él llama «la campana del pajarito cojo». Antes de irse a la cama le leo un cuento de un niño mexicano y una piñata, y Jeffrey dice: ¿Lo voy a hacer yo también, mamá? ¿Voy a romper mi piñata con caballos? Y le digo que esta piñata con caballos es diferente, que es un regalo del señor Fernández y es para que se quede aquí colgada sin romperla. El bostezo y vuelve a su mumúm y didí, sus palabras favoritas... ¿De dónde las habrá sacado?

¿Es Dios un gigante como Hércules?, pregunta Jeffrey poco antes de quedarse dormido. Y yo me siento en el borde de la cama y digo que Dios es un gigante como el sol o como el cielo, una manta inmensa en la que flotan todos los planetas.

¿Puede matar Hércules a un gorila?, pregunta Jeffrey.

Me unto una capa gruesa de maquillaje color melocotón sobre la erupción de la boca y voy a ver otra vez al señor Fernández a la hora del almuerzo. Insiste en que Jeffrey está bien, aunque sigo preocupada por su manera de hablar. Me siento junto al señor Fernández ante una mesa baja, hecha para niños, veo jugar a Jeffrey y a los demás.

Él observa que estoy triste y pone su mano en la mía, no dice nada.

Señor Fernández, le pregunto por fin. ¿Es usted feliz?

Se queda mirando al frente un rato.

Riva, dice por fin. No me está haciendo las preguntas adecuadas.

¿Qué es una pregunta adecuada?

Ah..., dice él con misterio.

¿Ah?, pregunto yo. Parecen unas anginas. Asiente con la cabeza, sonrío entre la barba.

Llega corriendo una niña con el pelo corto, claro como una cáscara de limón por dentro, y apoya la mejilla en la rodilla del señor Fernández. Tiene restos marrones de galletas en la comisura de la boca. ¿Puedo tomarme un zumo ahora, por favor?, pide, mientras sube y baja los dedos por las ranuras de la pana de su muslo. Se detiene y me mira con curiosidad. Se le cae de la boca un trocito de galleta. ¿Qué clase de zumo te gusta?, le pregunto, solícita, falsa amiga, ridícula.

Me mira, frunce el entrecejo, coge al señor Fernández de la mano y se aparta, lo lleva hacia la nevera del fondo de la habitación. El me mira y se encoge de hombros y le devuelvo el gesto. No hago las preguntas adecuadas.

Las cosas parecen tensas en el trabajo. Las personas son como leños, apenas amables, con los ojos como pepitas de frutas.

En la cama con Tom. Me abraza. Lo siento, dice. Te quiero. Quiero a Jeffrey, quiero a ese niño.

Yo también, digo con precaución.

Pasa un largo momento hasta que pregunta: ¿Qué hacemos? ¿Quieres el divorcio?

Eres mi marido, respondo con dificultad, como si tuviera una hemiplejía, con la lengua atascada en la garganta como un pañuelo o un bolso.

• • •

Estoy pensando en escribir un libro sobre hierbas medicinales, dice la mujer de la tienda de alimentos naturales. El pelo le cae en guedejas sin lavar sobre los hombros del jersey rosa-gris y sobre el declive rosa-gris de su cara.

Es bueno tener un proyecto, digo yo, intentando parecer alegre, darle ánimos. Algo por lo que vivir, algo a lo que se puede volver siempre.

Algo que quieres, dice, y levanta un tallo verde de algo, me mira, sonrío débilmente.

Hoy he hecho mil dólares.

Las cosas. A veces hay que hacerlas, nada más.

¿Qué quieres ser de mayor, Jeffrey?, le pregunto, mientras pico calabacines y aplasto chuletas.

Conductor.

¿Conductor?

Sí, conducir coches, dice, y se pone a corretear por la cocina, haciendo maniobras para sortear los armarios.

Jeffrey, ven aquí y revuélveme esta masa para bizcochos de chocolate.

Vale, dice él, obediente, y nos sentamos el uno al lado del otro en taburetes, ante la encimera. Está agitado, inquieto. Le retiro el pelo de la cara con la mano que tengo limpia. Me parece que puedo rodearle toda la cabeza con ella.

¿Qué quieres tú que sea de mayor?, me pregunta, revolviendo la masa, chupándose la punta de un dedo.

Quiero que seas bueno.

Soy bueno haciendo sellos con rodajas de patata, dice, mi principito sincero de la patata.

No, no quiero decir bueno en algo. Quiero decir bueno sin más. Que seas bueno sin más.

Soy bueno, dice él.

Eres bueno, sonrío, le levanto el pelo y se lo vuelvo a alisar.

Levanta la mano, juega con mi pendiente. Me gusta cuando te arreglas, mamá, dice.

Salgo del baño sin nada puesto.

Bueno, Tom, sargento, nenitonene. ¿Me pongo boca abajo? ¿En posición provolone? Me meto pesadamente en la cama como un queso gigante.

Tom mete el brazo por debajo de las sábanas y me coge la mano. Riva, estoy preocupado por ti. Lo tomas todo a broma. Siempre estás jugando con las palabras, sólo escuchas el borde de las cosas. Es como si estuvieras siempre en el borde, constantemente.

La vida es un juego de palabras, digo. Es algo que suena de una manera pero que también suena de otra, que incluso significa otra cosa.

Riva, lo que acabas de decir. Está vacío. No significa nada. Dice esto con una especie de renuncia tierna, como si fuera lo que menos quisiera decir del mundo.

¿No?, pregunto, avergonzada de pronto, confusa, pensando que en el mundo de los seguros hay mucha cordura. Me deslizo en la cama, apoyo la cara en sus costillas, en sus costillas fuertes, pienso que la señora de la tienda de alimentos naturales debería tener estas costillas sobre sus labios de velero por una noche, sólo por una noche, y entonces se me ocurre que puede que ya las tenga.

He traído a mi madre rosas y una trilogía de Tolkien. Sonríe débilmente y las deja a un lado. Bueno, ¿cómo dices que se llama ése?, me pregunta, echando agua con hielo en un vaso.

En el tocador de empleadas de los almacenes Leigenbaum alguien ha escrito: Soy virgen, ¿qué me pasa? Debajo, otras personas han escrito una serie de grafitos feministas para tranquilizarla y, debajo de éstos, alguien más ha escrito con enormes letras rojas: No me importa si soy un pez, sigo queriendo una bicicleta.

Junto a los pañuelos, una mujer me pregunta con escepticismo por los nombres de los diseñadores. Le suelto mi rollo sobre las diferencias entre los tejidos franceses e italianos, y le hablo también de que hay que apoyar a los artistas vivos que trabajan.

¿Le parece que realmente importa que le echen a una un polvo con un pañuelo de Pucci o de cualquier otro diseñador?, me pregunta.

Le miro la nariz, dura como una raíz. ¿Le echan polvos con el pañuelo puesto?, le pregunto por fin.

Hay problemas con estos recibos, dice el encargado de distrito, que ha venido de visita oficial por un día.

Amahara está sentada a su lado, sin mirarme, con la cara tan inexpresiva como una persiana. Acaban de llamarme a la oficina.

No entiendo bien lo que quiere decir, contesto.

Creo que sí que lo entiende. Podríamos acusarla de negligencia grave o de franca conducta delictiva. Pero el resultado sería el mismo. No sé a qué tensiones ha estado sometida, Riva, pero está despedida. Sin indemnización. Puede recoger sus cosas y marcharse esta tarde.

¿Perdone?, pregunto; no es en absoluto la pregunta adecuada, pues se levanta y se marcha sin responder, seguido de cerca por Amahara.

Un olor a humo de pan caliente en la ciudad del amor fraterno y lloroso. Una mujer con mermelada en el brazo de plástico atrae a las abejas en la plaza Rittenhouse. El vapor mueve las tapas de las alcantarillas; el tráfico las vuelve a dejar en su sitio, planas, paf, un golpe metálico regular. Sube el calor ardiente, polvoriento del metro por las bocas de hormigón, y un buhonero con vestigios de sarna al borde del pelo grita catorce quilates, cuesta veinte en Bonwit, se lo dejamos por diez. Se aproxima una música fuerte; después se va perdiendo y desaparece, una invasión circunstancial, deja su huella precipitada y huye, como el rastro de una bala. Vago por las calles desastrada e hinchada, un W. C. Fields travestido, el rímel untado alrededor de los ojos como carbón, me cuesta trabajo reconocerme en los escaparates. Entro en los sitios y miro los expositores, me marchó después sin ver demasiado en realidad, la gente pasa por las puertas, zumba a mi lado. Han bebido demasiado café. Las orugas se arrastran por el bordillo de las aceras como cromosomas. Rondo despacio buscando comida.

En el Charly's me detengo a leer ciegamente el menú y el cartel del circo y veo de pronto a Tom, que come en el interior. Está con una mujer delgada de pelo oscuro y con Jeffrey, a quien no debía recoger de la guardería del señor Fernández hasta las seis. El payaso de circo sonrío.

Abro la puerta de un tirón, entro. Está bastante vacío. En el centro hay un generoso autoservicio de ensaladas con protectores antiestornudos. Debe de haber tres clases distintas de ensalada de pasta.

Tom levanta la vista y al verme se queda un poco cortado. Riva, dice con poca imaginación. Creí que hoy te ibas a quedar a trabajar hasta tarde.

Hola, mamá, gorjea Jeffrey, con la boca llena de maíz dulce y remolacha en vinagreta. Mira lo que me ha dado Julia. Se señala la camiseta azul de la Universidad de Kentucky que lleva puesta.

Qué bonita, digo.

Hice allí un curso de posgrado, explica la morena con una sonrisa.

Ah, las presentaciones, dice Tom, un poco frenético. Riva, te presento a Julia. Julia es poetisa, añade con ilusión. Es profesora en Scranton.

Sí, algo había oído, digo, el ojo en tercera, el sarpullido floreciente, formándoseme bultos bajo la piel, cerca de la boca, listos para el lanzamiento. ¿Cómo estás? Parece la respuesta adecuada. Añado: No había conocido nunca a una poetisa flacucha.

Tom me mira de una manera rara, vagamente amarillo. Julia me echa una sonrisa tan dulce como una tarta.

Tom, ¿puedo hablar contigo un momento?, pregunto, todavía de pie, y responde que claro, y volvemos juntos hacia la entrada, donde está la caja sin empleado y un teléfono y menús de sobra y cajitas de cerillas en las que dice *¿Qué carne quiere?*, y dejo el bolso encima de los caramelos de menta para después de la comida, extendiendo la mano despacio para coger un cuchillo de trinchar la carne de una mesa vacía y cuando me pregunta qué haces, qué pasa, le miro las entradas del pelo que retroceden como la marea y le digo eres mi marido, joder, y le clavo con fuerza el cuchillo entre las costillas.

No parece ir muy lejos, es como clavar algo en un radiador, pero lo suelto y se queda allí clavado un rato largo, después cae en la moqueta como un murciélago pequeño, mudo, sin alas. La cara de Tom es un horrible orgasmo con ojos. Cae hacia el teléfono, levanta el auricular, empieza a marcar despacio el 911 mientras le brota sangre en la camisa blanca como cardenales entre la nieve o monjas morenas del sol, he perdido la cabeza, me doy cuenta de que hay una conmoción, ciertos gritos en el local, han salido de la cocina camareros con corbata de pajarita, y Julia sonrojada y murmurando como una poetisa muy auténtica santo joder maldita sea viene tambaleándose, y el pequeño Universidad de Kentucky está helado en su silla agarrando un tenedor con maíz dulce, su cara un malvavisco aterrorizado, ay, Dios mío, ay, Dios mío, susurro en mis manos.

No volverás a ver a Jeffrey nunca, murmura Tom, puedes contar con ello, el dolor en la cara de Tom, en su pecho, enorme y triste, y después da información a la operadora y pronto suenan sirenas.

Tengo mi propia habitación. Alguien me ha enviado flores. ¿Eres tú, Phil, quién podría pensar en mí?

El señor Fernández se pasa a verme en el hospital de Santa Verónica durante las horas de visita.

¿Te das cuenta de que hay una bomba nuclear colgada sobre todos y cada uno de nosotros como una piñata monstruosa?, me dice.

Empiezo a comprender sus metáforas.

Y tú vas y haces esto, añade. ¿Quién demonios te has creído que eres?

Pienso que ésa debe de ser una pregunta adecuada, de las que hay que preguntar.

El orgullo llega antes de la caída, digo, perdida, mientras me hundo. A veces en mayo.

Se inclina y me besa. Riva, dice. Hoy he visto a tu marido. Está bien, pero dice que Jeffrey y él no vendrán a verte.

Miro por la ventana, los edificios grises, grises, y digo mierda, y después me echo a llorar. Estoy llorando, no lo puedo evitar.

Te he traído un regalo, dice el señor Fernández, sosteniéndome con un brazo y entregándome un quesito danés envuelto en papel celofán.

Me sueno la nariz, desenvuelvo el quesito danés, parto un pedazo y me lo meto en la boca. Estoy majareta, ¿verdad?, pregunto con la boca llena.

Eres infeliz, dice el señor Fernández. Puede ser lo mismo. Eres infeliz porque crees que existe una cosa que se llama ser feliz.

Dejo de comer. Siento asco. No me puedo terminar este queso danés, no sé ni lo que es, digo, un poco de humor escandinavo, y doy golpecitos con la mano a las sábanas para quitar las migas.

Ya te dejo. Me he pasado sólo un momento.

Miro su barba mágica de Jesús y me siento aterrorizada. No te vayas, por favor.

Me pasaré mañana, dice con delicadeza.

Gracias, digo, sin haberme sentido tan agradecida en toda mi vida.

Los celadores me pasan los días por delante como carritos.

El señor Fernández viene a visitarme, pero sólo él. Mi marido y mi hijo están en alguna parte, paseando e intentando no llorar.

Las flores secas, las margaritas, al morir, parecen viejas que se hacen ilusiones, con caras alegres y sin sombrero, el pelo lacio, consumido. Cuando los tulipanes se marchitan se convierten en jaulas de pájaros con seis estambres negros, todos ellos secos y convertidos en un tenue gorjeo.

Los edificios grises llenan de sal mis ventanas, mi jerigonza. ¿Quién eras tú? Una apoplejía para llenar mis días, para llenar mi insomnio con tu

insomnio, mi bardo de nardo, mi marido de antiguo, a veces creo que te he inventado y otras veces que vives cerca, en esta ciudad, en mi casa, enterrado en el sótano o en los papeleos y en los viajes de negocios, levantándote por la noche como un pasado repasado al que puedo desear la muerte: Muérete, por favor.

Mi madre está dos pisos por encima de mí. Sería cómico, pero no lo es. Por fin nos permiten reunimos en bata en la cafetería de abajo.

Bueno, digo, citando una frase de Humphrey Bogart a Ingrid Bergman en una mesa del café de Rick: Supongo que ninguna de nuestras historias es muy divertida.

Riva, dice ella. Tu padre era un loco. Daba puñetazos a los coches y amenazaba con tragarse cosas. Puede que hayas heredado sus genes.

A mí tragarme cosas me gusta, respondo.

Es viernes. Las monjas están más amistosas, los ojos no me parpadean; mi piel, mi cuerpo, más brillante, más delgado. Me echo una siesta por la tarde y tengo un sueño agridulce en el que todos los amigos que he tenido se presentan aquí para ver cómo estoy.

Estoy desorientada por mi sueño, me arreglo el pelo rápidamente y digo, como en las películas, ya puede hacerlo pasar, hermana. Me vuelvo para mirar por la ventana: los edificios grises de mi vida, los edificios grises.

Y el que aparece en la puerta es Jeffrey. Se queda ahí, pequeño y solo. ¿Mamá?, dice con voz aguda, y después se acerca a la cama. Lleva una camiseta demasiado grande de la Universidad de Pensilvania, que retuerce y arruga por debajo con una mano. Hola, mamá, dice.

Me duelen las caderas. Me arden los ojos de felicidad, tristeza, felicidad. Qué camiseta tan bonita llevas, Batman, digo.

Tira de ella. Papá dice que tú estudiaste aquí, dice, demasiado lejos de mí para que le toque el brazo.

¿Cómo te ha ido, Jeffrey?, le pregunto.

He roto la piñata, dice. La rompí y nada más, dice encogiéndose de hombros, traga saliva, un traguito pequeño, mira el techo. Y no había nada dentro, añade. Pero pronto va a venir un circo. Va a haber un circo.

Se queda ahí plantado, lejos de mí, asustado, cogiéndose los dedos. Soy una extraña para él. Puede que piense que me he convertido en la abuelita.

Mamá, ¿eres amiga mía?, me pregunta, apenas perceptible, con la cara pálida y desvalida.

Le digo que sí con la cabeza.

¿Eres mi madre?

Vuelvo a decirle que sí con la cabeza, sonriendo, y él lo piensa y después se acerca a mí, me tiende los brazos y se sube a mi regazo, se acurruca entre mis pechos, se agarra a mi bata, se echa a llorar con la cara arrugada contra mí. Quiero ver el circo y ver a los de los caballos, llora, mojado y rojo, y yo lo abrazo con fuerza, con calor, entre mis brazos, en esta habitación, y le digo que iremos.

